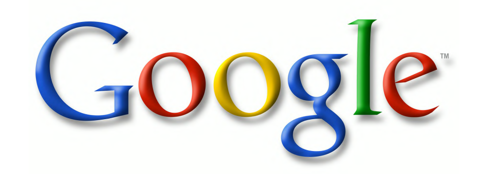


This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.

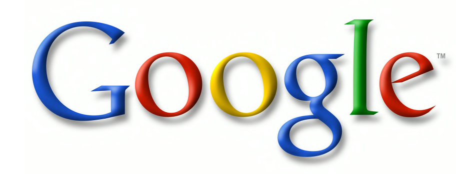
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.

+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.

+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at http://books.google.com/



Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

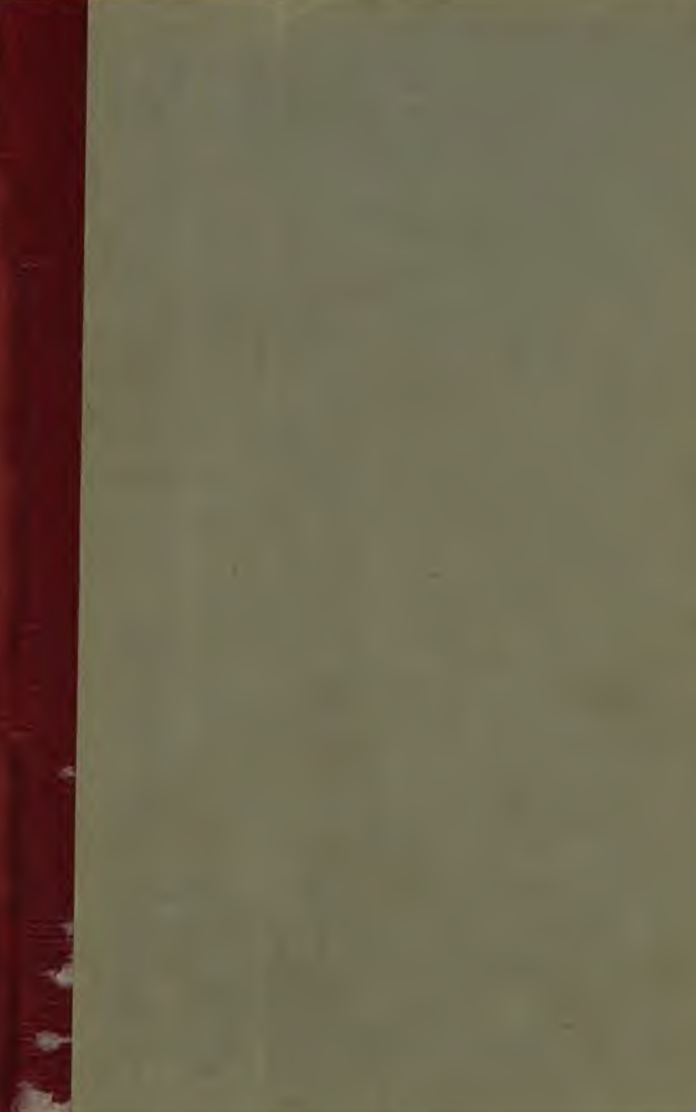
+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

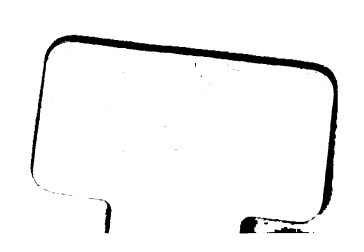
El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`



201034870b

G868.8 ES189R LAC

THE LIBRARY
THE UNIVERSITY
OF TEXAS
G868.8
Es189r



This Book Is Due on the Latest Date Stamped

FF-10

MANUEL ESCUDER

RATOS DE OCIO

[illegible]



MANUEL ESCUDER

Ratos de Ocio

(POESÍA Y PROSA)

BUENOS AIRES

IMP. JOSÉ TRAGANT, BOLIVAR 319.

1904

ES PROPIEDAD DEL AUTOR,
QUIEN LOS DERECHOS DE
TAL SE RESERVA.

THE LIBRARY
THE UNIVERSITY
OF TEXAS

BOUND Jun 15 1953

AL LECTOR

Desde tiempo inmemorial, ha venido estableciéndose como ley sancionada por el uso, la práctica de presentar por un tercero al público, al autor que da á la publicidad un libro. Hoy, cábeme la más alta satisfacción en presentar á los lectores de esta obrita al autor de ella, reputado literato don Manuel Escuder; posee título universitario de Contador Público, el Consejo de enseñanza Secundaria y Superior de Montevideo, le conferió en 24 de Marzo de 1900, el nombramiento honorífico de Catedrático sustituto del Aula de Contabilidad.

Los lectores de esta localidad (1) ya han tenido ocasión de apreciar en lo mucho que valen sus inspiradas composiciones de galano lenguaje, que hacen proverbiales todos sus artículos literarios publicados en diversos periódicos de esta y reproducidos

TxU

(1) Salto Oriental.

FEB 11 1938

431114

muchos de ellos en algunos de la capital.

Al colaborar Escuder en la hoja ilustrada del semanario «La Prensa», el competente periodista don Luis A. Thévenet, reconociendo los méritos de mi presentado, dedicóle en la edición del 8 de Junio de 1902, las siguientes notas encomiásticas:

« El egregio literato don Manuel Escu-
» der, cuya nombradía se expande hoy en
» el infinito de una fama sin fronteras, nos
» promete un estudio psicológico sobre el
» Amor, que tendremos el gusto de ofrecer
» á nuestros lectores en uno de los núme-
» ros del corriente mes. Escuder, avezado
» en las lides amorosas, tutelado de cerca
» por Cupido, vigente en más de un alma
» delicada de niña, nos hablará con pro-
» piedad de lo que es y lo que el amor
» hace, desbordándose en refinadas expan-
» siones de su carácter ingenuo, y con-
» quistará su pluma tan fecunda como feliz,
» su pluma de oro, nuevos florones para
» su corona de gloria.

« Su modestia se sentirá seguramente he-
» rida con este desparramo insólito de ala-
» banzas, pero nosotros no podemos por
» menos que hacer un homenaje de reco-
» nocimiento al talento privilejiado de este
» ilustre cultor de las bellas letras, y com-
» pletaremos ese homenaje, insertando en

» estas páginas la efigie de su interesante
» y popular personalidad».

Quien observe los rasgos fisonómicos del retrato del escritor don Manuel Escuder, fácilmente notará que su espaciosa frente es como corresponde á un talento esclarecido; y que las líneas de su rostro, reflejan la nobleza de su alma; nobleza que se revela en sus escritos y en su conducta moral.

El estilo castizo de mi presentado, tiene analogías con el del autor del famoso «Don Quijote de la Mancha».

II

La literatura tiene sus épocas evolutivas, como las tiene la propia naturaleza. Hoy se siente un recrudecimiento en favor de obras un tanto poética-sentimentalistas como la presente colección. «Dios es romántico», dice el inolvidable Tamayo; y el romanticismo—de acuerdo con Melchor Palau—no puede desaparecer largo tiempo de la escena literaria, aunque en ella figure cada vez con variada forma, como es lógico y probado en todo lo que redivive; sintièndose hoy verdadero entusiasmo— sobre todo en el bello sexo—por obras amenas como las de Bergerac y todas las ro-

mantescas del moderno escritor D'Annunzio. Empezando ya á sentirse un hastío por obras naturalistas al modo de Zola que rebaja el arte que sublemiza el buen decir, y en vez de lo bello y de lo interesante, sólo se halla en el Zolacismo la desvergonzada inmundicia humana con toda la hediondez del estercolero. Chateaubriand, dice en su obra «Atala-René»: «Pintemos la naturaleza, pero la naturaleza bella, puesto que el arte no debe ocuparse en reproducir monstruosidades.»

En esta colección, falta buen número de producciones en prosa y verso que el autor, no dándole importancia debido á su modestia, no ha coleccionado dejándolas extraviar de su poder.

En las dos novelitas hasta antes de ahora inéditas, que Escuder adiciona en la presente, ha tomado con fidelidad los tipos que en cada una de ellas figuran, de la vida práctica, describiéndolos admirablemente con exuberante caudal literario; el argumento de cada novelita, se hace interesante desde el principio hasta el fin, en medio de complicaciones agradables. Escuder ha sabido trazar con mano maestra, cual pinceladas de un Murillo, el cuadro de la vida social que intervienen en ellas, dándole el colorido necesario á las diferentes faces de la ve-

leidosa fortuna, que tan pronto dispensa sus favores, como á lo mejor los retira. El estilo, luce las galas de su fantástica imaginación creadora, hermanada con la sensibilidad de su alma fogosa. En medio de imágenes bellas, encantadoras, aparece el autor revelando el conocimiento que posee del corazón humano, haciéndolo pasar por distintas situaciones; y con mente de poeta y mano de prosista, hace sentir las sensaciones de placer y dolor que cree menester, según el personaje que describe presentándolo en escena.

La presente colección, que el afamado literato don Manuel Escuder, ofrece á la crítica sensata, constituye un precioso estuche, guardador de poéticas hojas, como esencias condensadas de innumerables flores.

AGUSTIN J. BRAGUE.

Salto Oriental, Marzo de 1904.

Á MONTEVIDEO

Era una tarde cuando de tu puerto
partí, bajo el azul de un cielo hermoso
surcó la nave tus espumas níveas,
dejando estelas en el mar undoso.

Las leves brisas que tus aguas mecen,
de grato olor poblaban el ambiente;
y yo con pesadumbre me alejaba
de tu ribera plácida y sonriente.

Desde el navío, yo te enviaba besos,
besos de amor, de angustia, de ternura;
besos ardientes que emitía el alma
viendo desvanecerse mi ventura.

Cuna de mis delicias fugitivas,
vergel donde nacieron mis amores,
ramo gentil de espléndidas mujeres,
jardín ameno de encantadas flores.

Pensil de mis ensueños juveniles,
donde se deslizó mi tierna infancia,
corriendo tras las vagas mariposas
que liban á las flores la fragancia.

Tu mágico recuerdo no me deja,
doquier yo veo tu presencia hermosa,
y la nostalgia, sin cesar, me abruma,
y el desconsuelo sin piedad me acosa.

¡Oh, cuántas veces al caer la tarde,
oí los ruidos que tus olas mandan,
como canciones de sirenas bellas
que enamoradas por las playas andan!

¡Oh, cuántas veces de mujer el nombre
sobre tu arena yo he trazado amante,
nombre que la ola en su vaivén borraba;
signo de lo caduco y lo inconstante.

Allí encontré la plácida sonrisa
trocada en una lágrima importuna,
que hizo verter el desengaño impío
en los embates de la cruel fortuna.

Hoy, lejos de tus playas placenteras,
lejos de tus halagos seductores,
¡triste es mi vida como noche oscura,
triste mis días cual jardín sin flores!

Salto, Dbre. 1900.

SALTO ORIENTAL

A mi amigo el Dr. D. Juan
Loriente de Melilla—Montevideo.

POBLACIÓN

La ciudad está ubicada sobre la costa del rio Uruguay y al SO. del departamento, extendiéndose hacia el Este.

La calle más importante, es la que lleva el nombre de Uruguay, y aunque algo angosta, es bien adoquinada; presentando el aspecto de una calle de Montevideo. Va de Oeste á Este, y en una extensión de veinte cuadras, se ve edificación continua. Un trayecto de nueve cuadras, ofrece una sucesión no interrumpida de almacenes, tiendas, ferreterias, zapaterias, mueblerias, farmacias, etc., formando la parte más comercial de la ciudad.

De Norte á Sur, hay cerca de siete cuadras de edificación. Y más allá del Norte, en un cerrito, extiéndese un núcleo de ca-

sas, que recibe el nombre de Pueblo Nuevo.

Las principales plazas, son dos: «Treinta y Tres» y «18 de Julio», las que no ofrecen atractivo alguno, por encontrarse completamente abandonadas.

La población tiene al rededor de 25.000 habitantes y otros tantos la campaña. Los principales edificios son: Ateneo, Teatro, Jefatura Política, Junta E. Administrativa, Casino Comercial Uruguayo, Instituto Politécnico, Establecimiento Harriague y la Iglesia, que lleva el nombre de «Nuestra Señora del Carmen».

La posición topográfica, es montañosa; el clima, bastante caluroso y sano. Las calles son limpias y alumbradas con luz eléctrica; un tranvia tirado por tracción á sangre, cruza la ciudad por vias férreas. Valiosos y modernos edificios de refinado gusto arquitectónico, constituyen la ornamentación.

ATENEO

Hacia afuera, un verjado de hierro representa la portada. Subiendo tres escalones de pulido mármol, se llega á un vestíbulo, de donde á derecha se encuentra la secretaría: á izquierda, una amplia y alta escalera marmórea conduce al salón de

THE LIBRARY
THE UNIVERSITY
OF TEXAS

lectura y biblioteca que se halla repleta de libros, y á los costados, estatuas de personajes griegos y romanos.

Entre derecha è izquierda de la planta baja, está el gran salón de fiestas, que es destinado á Conferencias y á Conciertos literario-musical. Este salón tiene semejanza con el del «Instituto Verdi», de Montevideo.

TEATRO

Espléndido edificio que hace honor al Salto, y es como corresponde á la segunda ciudad de la república; tieno analogía al teatro San Felipe de la capital: platea espaciosa; cazuela cómoda, donde en noches de función, se congregan hermosas niñas exhalando sus juveniles perfumes cual aroma de lozanas flores, y con su presencia y la de sus vistosos atavíos, contribuyen poderosamente á dar realce y esplendor al coliseo.

Es de advertir que los palcos, á pesar de sus módicos precios, muy rara vez se ven favorecidos por las bellezas salteñas. Ignoro si las mujeres pudientes en este pueblo, van á cazuela por economía ó por modestia.

En noches de función, cuando la compa-

A 9 1 1 1 /3

ñía teatral es buena, se ven: platea, cazuela y paraiso, llenos; tertulias y palcos, vacíos.

En los entreactos, suelen verse en los corredores y pasillos de cazuela, grupos de mujeres que no satisfechas con ser espectadoras, toman parte de comediantas intrigando con chismes al prójimo; también algunos hombres, hacen uso de esta habilidad propia de la incultura y concordante con el adagio: «Pueblo chico, infierno grande».

JUNTA ECONÓMICO-ADMINISTRATIVA

Encuéntrase situada en la parte Oeste de la plaza Treinta y Tres. Es un moderno edificio que forma un cuadrilongo de veinte metros de frente por cuarenta y cinco de fondo. En su exterior, hállanse cuatro espaciosos balcones y una gran portada en el centro, construída de macizo cedro esculturado; en la parte superior de ésta, un artístico escudo uruguayo indica la nacionalidad á que pertenece.

Entrando y subiendo una escalinata de límpido mármol, se llega á un corredor que conduce á galerías sostenidas por columnas de labrado hierro imitando cobre antiguo. A los costados, cómodas reparticiones para

salón de sesiones y recepción, con su respectivo cortinaje y tapizado; oficinas para despacho administrativo, secretaría, tesorería, contaduría, inspección municipal y archivo.

El patio entoldado en verano, presta su apacible sombra y relativo fresco. En el interior, hacia el fondo, un pequeño jardín sombreado por un parral, contribuye á engalanar el edificio.

CASINO COMERCIAL URUGUAYO

Una vasta escalera de blanco mármol con su caminero, conduce á los altos del edificio, en donde se ven amplios salones alfombrados, espejos de lucientes lunas con marcos dorados, arañas con centenares de bujías de luz eléctrica, artísticos cuadros de afamados pintores, bustos escultóricos y butacas de valiosos tapices.

A un costado de la derecha, un salón con billares, mesas de aljedrez y el confort necesario de confitería; á la izquierda, otro destinado á biblioteca y lectura.

Este importante Centro, constituye el aristocrático Club Salteño. En las noches de baile, reúnese aquí lo más selecto de la sociedad, haciendo derroche de ostentación de lujo, formando un torbellino arrebatador de encantos femeniles.

Los miembros de la Directiva, han mostrádose siempre afectuosos con el que suscribe, invitándolo á las fiestas sin ser socio de dicho Centro; esta actitud digna de elogio, la observan también con otros forasteros.

INSTITUTO POLITÉCNICO

A un costado norte de la ciudad, un edificio que se levanta ocupando media manzana de terreno, indica el importante Centro de enseñanza secundaria denominado «Instituto Politécnico», cuya dirección está á cargo de los dignos y competentes profesores don Gervasio Osimani y don Miguel Llerena.

Subiendo cinco gradas de blanquecino mármol, se llega á un atrio; de donde á derecha se halla la dirección y una valiosa biblioteca atestada de libros; á izquierda, un costoso gabinete con todos los necesarios útiles modernos de física y química, y un museo de historia natural; entrando hacia el centro, un espacioso patio con naranjos; á los costados, salones para aulas de las diversas asignaturas del bachillerato; más allá, un amplio comedor; á otro lado, un dormitorio con aseadas camas de los pupilos; bajando una pequeña

escalera, un jardin, que con los perfumes, lozania y matices de la floresta, ameniza las horas de recreo.

IGLESIA PARROQUIAL DEL CARMEN

Tiene aspecto solemne con sus dos elevadas torres, en cuyas cúspides, las chispas diamantinas colocadas en ellas, desafían á los rigores eléctricos de la atmósfera. El reloj público instalado en una de ellas, toca los cuartos, las medias y repite las horas; esto es, da la hora, y dos minutos después, vuelve á tocar la misma hora.

Subiendo una escalinata de mármol, se llega á un pórtico, y del pórtico á una gran portada que da acceso al interior de la iglesia; donde se hallan tres espaciosas naves, siendo las de los costados, guarnecidas de preciosos y artísticos altares; y la del centro, tiene su buen altar mayor.

Es digno de un párrafo á parte el altar de «Nuestra Sra. de Lourdes», que llama la atención por formar una cavernosa gruta construída de piedras abrillantadas; de cuya bóveda, penden frágiles estalactitas como chorritos de agua cristalizada. Al pié de la entrada del cavernoso antro, hállase la inocente pastora arrodillada con unción ferviente, y hacia la parte superior del

fondo, aparece la virgen de la leyenda católica. En noches de función de iglesia, el tornasolado movible de las pedrerías combinado con las luces, ofrece un golpe de vista encantador.

PRODUCCIONES AGRÍCOLAS

Naranjas, uvas, maní y frutillas se cosechan en grande escala, exportándose sorprendentes cantidades para el interior y exterior de la república; y en menor cuantía, el durazno, maíz, trigo, poroto, moniato blanco, papa y cebolla.

De la uva se hace aquí el acreditado vino Harriague, que compite ventajosamente con los de Francia y España. Debe el Salto al fundador de la vitícola al norte de la república, don Pascual Harriague, la introdución y plantación de la vid. La extensión plantada en viña, es de 200 hectáreas en la granja que lleva el nombre antedicho.

CONTORNOS

En los alrededores, se ven extensas y deliciosas campiñas. Al despuntar la incierta claridad de la mañana hasta que el sol

se ostenta en la plenitud de su oriente, se eleva el espíritu al oir los harmoniosos trinos con que las avecillas saludan al astro rey del día, que tiende su dorado manto á la naturaleza.

En el crepúsculo vespertino, se aspira, en las silvestres y amenas praderas, el ambiente impregnado de los mil perfumes que exhalan las bien matizadas flores al rendir su tributo á la augusta Flora. Las horas de solaz y abandono que se viven en compañía de los bosques y sus sombras, de los arroyos y valles, alivian al alma el peso de las preocupaciones y disipan las densas tinieblas de amarguras. Ante las visiones fantásticas de la naturaleza, caen los pensamientos de las pasiones mezquinas de la vida; arrebatando nuestros sentimientos hacia lo Alto las emanaciones divinas convertidas en un himno silencioso de éxtasis y amor.

Hay en el campo una poesía suave y embelesadora, llena de quietud, querida del corazón como del ruiseñor la paz de la selva y del arroyuelo las praderías de esmeraldas; se encuentran en él palabras encantadoras que se escuchan con arrobamiento.

Profundo dolor sería si alguna vez no descansáramos sobre esa esmeraldina alfombra, en medio del admirable concierto

de la naturaleza formado por el cántico de los sabiás, alondras y calandrias, y la gran orquesta selvática constituida de los céfiros y rumorosas aguas de un arroyuelo que se desliza llevando secretos de ausentes amantes.

Agradable es dejar correr el pensamiento de contemplación en embeleso, asociando nuestras reflexiones y esperanzas con toda la sutileza del idealismo á las melodías inefables de los prados; y sentir allí, en medio de la soledad, que encierra un mundo de ideas que se enlazan con nuestro espíritu y se convierte en una resonancia inteligente y prolongada.

Cuando nos hallamos apenados, pedimos al verdor de las campiñas lo que las ciudades nos niegan, y sólo las inumerables vegetaciones y el aire siempre puro y libre, puede darnos tan deleitoso y tierno consuelo. La Providencia, celosa de su grande obra nos hizo conocer por el peregrino de los mares, los anchurosos edenes del continente que habitamos; y que puede considerarse á una segunda creación magnífica y virginal, llena de lozania, perfumes y riquezas.

Los que sentimos una inclinación hacia lo bello, lo ideal, los que tenemos un alma que se mezcla con nuestro ser, los que den-

tro del pecho nos palpita un corazón que sufre y que tiene sed de nuevas impresiones y necesidad de regocijos, saludamos al Salto, como saluda el salmista al Dios de la creación.

1900.

Antes y despues del baile

En una de esas noches estivales del mes de las flores, la aristocrática sociedad del Casino obsequiaba á sus asociados é invitados con una sencilla y á la vez regia tertulia familiar.

Un bello conjunto de señoritas, que constituyen la orquesta del Liceo, pulsaban los bien templados instrumentos; arrancando á las estiradas cuerdas musicales, un raudal de harmonías encantadoras.

El pianista, desprendió del marfilado teclado, una ola melodiosa, que precedia á los acordes que convidan al baile.

Yo, que por carácter, permanecia triste y pensativo en aquel seductor concierto de música sublime y de bellezas salteñas, no sabia que hacer ni á donde dirijirme. Miré á todos lados de la amplia sala, perdiéndose mi vista en el torbellino de luces y parejas que ofrecian un cuadro harto

halagüeño para otro que no estuviera sumido en el indiferentismo, que era toda mi nota caracteristica.

Hubo un momento en que para mi desapareció la insensibilidad, substituida por el ideal mas poético. En ese instante fui presentado á varias gentiles y amables señoritas, de cuyo trato alegre y entusiasta, conservo indelebles recuerdos.

La sola presencia de una niña hermosa, encantadora, bastó para operar la amenidad del corazón. Y ¿quién permanece indiferente al chocar con una mirada de fuego, leyendo en las radiantes pupilas un misterioso secreto? Quién no se extasia al admirar unos piececitos de elevado empeine, cuando se baila la cómica polka militar? Quién no idealiza al contemplar un talle escultural, al ver moverse los rojos labios en pos de los cuales aparecen doble hilera de nacarados dientes, y al aspirar de cerca el perfume del abundante cabello de una verdadera ninfa?....

Di un paso decisivo, aproximándome á la huri, que habia transformado—para mi—el caos en edén, solicité el número siguiente que por fortuna no lo tenia comprometido la qué en aquellos vertiginosos minutos, enlazó su brazo con el que estas lineas escribe, como paradisiaca hada.

Al hablar con la atrayente joven, mi embeleso no tuvo límites al oir las cadencias de su rítmica palabra, escuchada con fe y unción. Entré sus francas insinuaciones de los sentimientos que me embargaban y... ella oyóme con benevolencia, haciéndome concebir la esperanza de llegar al fin anhelado.

Supe que llevaba el nombre que sirve en entomología para clasificar cierta familia de mariposas, y que el nombre de la calle de la casa en que habita, es el mismo de uno de los principales ríos de nuestra república.

Ignoro como transcurrieron las horas, ni me doy cuenta exacta de la conversación sostenida con la afable y noble criatura, á cuyo lado la fantasía abarcó dilatados y puros horizontes, perdiéndose la imaginación en la inmensidad de las pasiones.

1900.

AGUARELA

En la hora del crepúsculo vespertino, una hermosa niña se asoma á contemplar los diáfanos destellos de la luz que muere en la inmensidad del horizonte.

En esa niña, se lee la traducción fiel del amor candoroso y virginal de la compañera inseparable del novelesco Romeo ó la castidad de la Susana de la leyenda bíblica.

Su cabellera obscura, espesa y fina se asemeja al enlutado manto que tiende la noche sobre la naturaleza; el cabello ondeado y suavísimo, si lo dejase flotar al viento, podría envolverse en sus espirales como en túnica de finísima seda. En su frente aporcelanada, luce los bucles rizados de su perfumado cabello.

Los ojos grandes y negros con aire de gacela, sintetiza la nobleza personificada; en ellos, se encuentra el sentimiento tierno de la expresión vehemente que nace,

pronunciando un silencioso himno de éxtasis y amor. Acercarse á esos ojos, es un peligro; se sueña al verlos, con los de aquellas mujeres egipcias que atraían en pos de sí una corte de admiradores.

Las pupilas de las grandes hechiceras, han sido así; las que dieron motivo á las bendiciones de amores de que hablan las leyendas, debieron ser de idéntica manera de mirar. ¡Feliz el que, cuando le suene la hora, logre posesionarse de ellos!

En sus mejillas, se halla el color de la flor de granado confundiéndose con el color natural y vigoroso de la edad lozana. El artístico jarrón veneciano, pertenece á esa delicada camelia.

Sus labios frescos, son un clavel de terciopelo encarnado que se abre al choque del beso del rocío.

Cuando sonríe, con su risa expontánea, deja entrever sus bien alineados y nacarinos dientes. Su voz, es arpegio y trino, cual la encantadora harmonía de avecillas que se oye en la vaguedad del naciente crepúsculo hasta que el astro Febo se ostenta en la plenitud de su carrera.

Su forma gallarda y el sublime donaire de su faz, produce la gracia admiradora de su proporcionado cuerpo.

El busto, es como corresponde por ley

de estética á un cuerpo escultural y á su andar cadencioso. Su talle, es una palma que cimbra bajo el sutil céfiro matutino, la palma de los bosques donde la luciérnaga duerme sobre la esmeraldina hoja.

Sus piececitos, son una maravilla; los dos son arqueados y diminutos. Cuando la niña pasa asomando sus lindos pies bajo el borde flotante de su vestido, causa embeleso.

El conjunto es el vivo reflejo de su carácter alegre, gentil, perspicaz.

Contemplándola, se idealiza con el crujido de la seda que se agita en las vertiginosas vueltas de un wals de Gounod. Y también se forja en la imaginación, el diván, donde se ve á la niña que sonríe ruboroso el semblante y abandona sus límpidas y níveas manos á los besos de un apuesto galán como si estuviera cerquita arrodillado sobre la afelpada alfombra, mientras en un costado permanece muda el arpa de las alegrías, esperando á su cariñosa tañidora para que la haga confidente de sus intimidades.

Queréis conocerla? Reunid los rasgos descriptos y formaréis su retrato. Su domicilio? Buscadlo en esta coqueta ciudad y lo encontraréis.

Salto, 1901.

JESUCRISTO

Jesús de Nazaret, cambió la faz de la tierra con una doctrina sencilla y admirada por los más grandes filósofos de todas las épocas. El ocupa en la historia, el más célebre de los nombres.

Sabemos todos que nació en un pesebre de Belén, pequeña población de la Judea, de padres que ganaban el sustento corporal con el rudo trabajo cotidiano. Pasó treinta años en Nazaret, ignorado como hijo predilecto de la Divinidad, auxiliando á su padre adoptivo en el oficio de carpintero. Predicó durante tres años en Galilea y muy rara vez en Jerusalén. Fué condenado por los inicuos jefes de su nación á un suplicio, cumpliendo sin protestar, el destino más alto que le estaba reservado.

«El Cristo, dice Isaías, se elevará delante del Señor como el vástago de una tierra seca, no tiene ni hermosura ni brillo, le hemos

visto: no tenia nada que cautivase las miradas y le hemos despreciado».

El pueblo judio, guardador de las profesias, desconoció, rechazado y escarnecido al Mesias. Los judios no valoraban más triunfos que los conquistados por las armas, ni más poder que el de la fuerza, ni más felicidad que la de la fortuna; el Mesias que se habia forjado, era según sus deseos y no según la profecia; esperaban un conquistador de la indole de Alejandro y no un humilde y manso de corazón. He aqui porque desconocieron á Cristo.

El castigo manifiesto que pesa sobre los judios, es prueba evidente que en su pasado hay algún crimen abominable.

La vida de Jesucristo, escrita sin giros retóricos, opera en todo el ideal más perfecto que ha sido dable. Encontramos en todos los hombres al lado de cualidades excepcionales, defectos que nos hieren: al lado del saber y la riqueza, el orgullo y la soberbia; al costado de la fuerza, la dureza y el despotismo.

En la antigüedad, algunos hombres poseian grandezas, pero ninguno tenia los sentimientos afables y nobles que el cristianismo ha hecho nacer entre nosotros: eran déspotas, despiadados, de corazones empedernidos. Jesús en medio de un foco de

maldad y de corrupción, tiene una fuente inagotable de sabiduría, benevolencia y misericordia. En esa sociedad donde fomentaban todas las pasiones, en donde predominaba la filosofía del placer lascivo, en donde se tributaba homenaje á los espectáculos licenciosos coronando á la impúdica diosa Venus, no podían recibir con agrado preceptos como estos: «Sed castos, sed pacíficos, sed humildes, sed caritativos, amad á vuestros semejantes, haz bien al más pequeño como si fuese vuestro hermano, perdonad á vuestros enemigos, amaos los unos á los otros».

Es de admirar el heroismo que se necesitaba en hacerse cristiano, siendo ese título un tormento para reprimir las pasiones y una sentencia de muerte dictada por los emperadores de entonces. Jesús dió prueba heróica á fin de que los demás siguieran su ejemplo, padeciendo las más crueles afrentas y dolores. Muriendo en una cruz, enseñó á sufrir, y ofreciéndose bajo la forma de un cordero que se inmola, predicó la abnegación sin límites.

¿Qué legado dejó Jesucristo á todos los hombres sin distinción de clases?

Hizo desaparecer la diversidad de dioses paganos, colocando todo el poder, grandeza y magnificencia en un solo Dios que nos

dió por nuestro *Padre,* haciendo nacer los sentimientos de temor, respeto y amor hacia El. Enseñó á llamarse entre sí *hermanos*; restableció la familia humana que el pecado había dividido, y ocupó el último puesto para que no se pudiera maltratar á ningún hombre sin maltratar á El mismo. La caridad, sentimiento desarrollado en todos los corazones cristianos y que tan benéficos productos ha reportado á la humanidad, fué el signo con que quiso que fuesen reconocidos sus discípulos, y para que no hubiera excepción en esta ley, mandó que se amasen á los enemigos rogando por ellos.

Después de veinte siglos, queda imperecedero el inmortal recuerdo de Jesús, que en demostración de duelo y homenaje, las naciones y sus ejércitos al conmemorar la fausta y dolorosa pasión, tributan honores fúnebres al Rey del Universo, (Rey fué declarado en la sentencia pronunciada por el injusto y temeroso Poncio Pilatos, al mandar se colocara en la ignominiosa cruz la inscripción INRI) las oficinas públicas y privadas se cierran; las cátedras de estudios, enmudecen; los legisladores no legislan; los templos se cubren de luto y no dan espacio para contener la enorme concurrencia; los oradores sagrados, hacen uso de su fogosa erudicción y elocuencia.

Todo hombre que sabe comparar, coloca á Jesucristo en el puesto más eminente. Rousseau termina un parangón entre Jesús y Sócrates, en esta forma: «Si la vida y muerte de Sócrates son la de un sabio, la vida y muerte de Jesús son la de un Dios».

1901

NOTAS DE VÍSPERAS

Pocas horas habían de transcurrir para la bendición de las nupcias de Laura con Fidias.

La casa de la novia, era la destinada á rendir el tributo á los jóvenes desposados.

La espaciosa escalera de límpido y alabastrino mármol que conduce al salón, hallábase circundada de artísticas orlas de matizadas flores, cuyos efluvios embelesan el espíritu con tan delicados y naturales perfumes. En el vestíbulo, grandes jarrones japoneses contenían valiosas plantas indígenas de anchas hojas aterciopeladas, que en la penumbra del crepúsculo al confunfundirse con el ocaso, sueñan con los ardientes reflejos del sol de la China. En las puertas, cortinajes de amarillentas puntillas valencianas combinadas con tapices de subido mérito. Adentro, arañas de bien tallados cristales sostenían centenares de bujías, cuyo torbellino de luces reverberaban

en los espejos de lunas de Venecia. En un costado, un piano abierto de marfiladas teclas, aguardaba la cariñosa mano para que arrancara harmoniosas ondas sonoras.

Allí todo reflejaba tintes de alegría, y en ese ambiente de seductores encantos, aparece Laura cruzando el amplio salón y dirijiéndose á su aposento.

¡Qué bella estaba! Debía al Uruguay el donaire exquisito reservado por este suelo á la mujer nativa, que mece su cuna las sidentes brisas de mi patria.

¡Cuántos destellos de felicidad su mente hospedaba!

Su cabello sedoso, abundante y negro como los negruzcos nubarrones que obscurecen el zenit, hallábase en flotantes perfumadas ondulaciones. En su nacarada y ancha frente, traducíase la dignidad de una princesa de la India. La sonrisa de sus purpurinos labios que saluda al ideal que se acerca, dejaba entrever doble hilera de bien engarzadas perlas sobre coral. Su delgado talle, flexible como las palmeras, proyectaba la sombra de su cuerpo escultural venusiano.

En su habitación, seguía con mirada incierta todas las imágenes que se le presentaban en tumultuoso desorden. ¡Cada ofrenda de amor que su nivea mano sacaba de

una finísima caja bordada, traía á su mente memorias de gratas delicias; cada flor mustia, contenía para ella recuerdos de coloquios dulces, arrobadores! Su mirada retrospectiva todo lo veía como en aquellas horas de sus alagos, de sus conquistas, de sus triunfos!

Acudían á su cerebro las rítmicas melodías de homenaje de amor de otro tiempo no distante, los compromisos de baile que su nutrido «carnet» registraba con galantes y apuestos caballeros; los obsequios persistentes de cortejadores de oficio; protestas de amor; rostros taciturnos de jóvenes decepcionados; celos fomentados en galanteadores inexpertos; iras de unos, esperanzas de otros; odios de egoísmo de sus llamadas amigas; siluetas danzando en un salón; nada escapaba de su mente juvenil!

Vestida ya del color de las espumas que las olas del mar producen á su choque, presentábase cual Venus de Milo. ¡Qué encantadora! Al mirarse en el espejo, tuvo envidia de sí misma.

Su corona de mirto y azahares, símbolo de amor y pureza, ceñía su hermosa frente.

Ansiaba que llegase el momento de percibir las múltiples felicitaciones que se tributan en estos solemnes instantes.

La hora se aproxima. ¡Adiós recuerdos

queridos de otros tiempos no lejanos, ya no tornaréis; habréis desaparecido como las arenas arremolinadas por los vientos huracanados de la Siberia! Adiós queridos amigos, vuestra sacerdotisa pisa ya el dintel de las Aras del Himeneo! Mañana ya no será la señorita Laura la que se presentará en los salones, sino la dama seria y circunspecta que hará el bienestar del que ha elejido por esposo, jurando amor y fidelidad ante el ministro de Dios y el representante de la Ley.

Aquel corazón palpitante de ritmos isócronos, se deleitaba con la imaginación de los gratos placeres cercanos, y tan pronto reía como vertía lágrimas de amor por los lazos que iban á unirla indisolublemente con Fidias; y de vez en cuando, dejaba caer gotas de dolor por la misteriosa felicidad cuyos arcanos su espíritu impotente no podía descifrar.

Da su tañido la hora anunciada. Llegan en vehículo de briosos corceles, el novio y los padrinos. La novia acompañada de los autores de sus días, desciende la escalera y sube en la carroza; el tronquista castiga con la fusta á los caballos, y Laura desaparece de la vida de soltera.

1901

En una postal de año nuevo

Entre el fulgor del verano,
Nace el año sonriente,
Y tu recuerdo á mi mente
Viene sonriente también;
Sin duda, Pepita hermosa,
Sueño una dicha contigo,
Y en Amor está el abrigo
Que me reserva tu bien.

Felicidad, te deseo;
A la vez que mi esperanza
En tu radiante bonanza
Se acerca suave hacia tí;
Espero, Pepita amada,
Que nazca de tus amores
Como fragancia de flores
El consuelo para mí.

Sé feliz, y de esa esencia
Dame el perfume precioso
Que entre en mi pecho amoroso
Como bálsamo de amor;
Que pulso mi lira amante
Por tí, arrancando un sonido
Al laud dejado en olvido,
Cual de campana el clamor.

Enero 1901.

Desencanto

Aristes, es un joven de rostro trigueño, de cabello obscuro cual espesas tinieblas que impiden ver el porvenir; de ojos negros que encierran una misteriosa ternura, y de contorneada nariz aguileña guarnecida de un nutrido bigote y barba terminada en punta.

Muy joven, se arrojó á la corriente mundanal, persiguiendo los ideales que viera en lontananza.

Hoy, en su faz, se ven las huellas que han surcado los múltiples desengaños de este mundo cruel. No contento con sus acerbas decepciones, volvió á galantear como nunca, á una hermosa niña que lo trató con diplomática perfidia, sembrando la duda en él; dejando traslucir una correspondencia que ella no sentía por el cumplido galán.

Cuando Celestina, que así era su nombre, le dirijía una de esas miradas que vulgarmente dicen que van influídas de pasión, sentía Aristes una corriente de simpatía tan halagüeña como difícil en describir. En esas miradas, creyó haber leído lo que para él no estaba escrito. Pudo convencerse de ello, en el baile dado en casa del señor de la Equis; que al acercarse Aristes, pálido y tembloroso, á solicitar de Celestina, una pieza ó un intermedio, ella lo miró con severidad glacial, y como castigo, surgió de sus labios de púrpura, una frase breve: *¡las tengo comprometidas!* Tuvo él la debilidad de insistir, interrogándola con cariño *¿todas?* Y ella, inexorable, replicó *¡todas!* dejando caer la palabra, fría, rápida, acompañándola de una mirada altanera.

Aristes contempló á Celestina deslizarse suave como las caricias de ondas sonoras por el vasto salón, con su actitud de princesa, laureada de sus perfumados negros cabellos ondulantes, resplandeciendo su amplia frente nacarada; la vió alejarse con su andar tranquilo y lento, más hermosa que nunca. Su arrogante talle, aprisionado en crujiente seda, esfumada su encantadora silueta. Ella, la niña inteligente de espíritu fino y delicado, no añadió una sola palabra, ni volvió su rostro.

No encontrando lenitivo á sus dolores, se retira del baile. Llega á su habitación de soltero y se deja caer en el mullido diván.

¡Pensativo hállase Aristes! Su semblante está macilento, cual mustia rosa; sus pies descansan en fina y sedosa alfombra; sus labios absorven el humo de un habano, surgiendo de sus fosas nasales sutiles nubecillas que envuelven la sombra de la mujer que tanto amó.

Las horas pasadas, las gratas delicias que en otro tiempo disfrutaba en coloquios silenciosos de éxtasis, no vuelven, no; huyeron como fugaces mariposas ó cual destello de lumbre que desaparece.

Acuden á su mente las últimas palabras de Celestina: « las tengo comprometidas », «todas». ¡El desengaño es categórico, no encierra ni siquiera una esperanza! Intenta buscar algo que alivie su atribulado espíritu y nada encuentra; para él, todo ha concluido.

¡Adiós ensueños de encantados hechizos, adiós visiones vaporosas que cruzan cual nubes impelidas por el viento! Cuán rápidas son las horas de alegrías, cuán pocos son los júbilos y cuán numerosas las penas!.. ¡Tras de una sonrisa, un pesar; tras de un placer, un dolor profundo!...

El dorado espejo de luna veneciana,

refleja, cual tenaz compañero, su estado taciturno, melancólico, apesadumbrado.

Abatido por la meditación, lanza un suspiro de suprema angustia y cae tendido sobre la afelpada alfombra, como si una misteriosa convulsión lo hubiera fulminado.

1902.

AMOR

Una gentil lectora de este ilustrado semanario,(1) me pide un estudio sobre el «amor».

El tema es bastante árduo y de suyo difícil para tratar con acierto un tópico tan delicado. Sin embargo, accediendo al pedido diré lo poco que sé á este respecto.

Permítame mi querida lectora, dar á este asunto una introducción psicológica.

El amor, hace su entrada en escena en el momento de la pubertad, produciendo una evolución completa en el carácter psíquico del individuo (varón ó mujer) haciéndolo susceptible de impresiones á las que hasta entonces era indiferente; una mirada, una conversación, un perfume cualquiera, despiertan sensaciones sumamente nuevas para él, llenándose su men-

(1) Suplemento semanal del diario *La Prensa* del Salto.

te de tumultuosas ideas que se corresponden sin saber cómo y de dónde vienen. Torbellinos de sentimientos extraños, impulsiones sin objeto definido, demuestran la conmoción de la impetuosidad que ejerce la nueva función en la vida humana. Hay un despertar de emociones amorosas que adquieren en el cerebro formas de imágenes creadas por el ensueño. Uno de los más notables ejemplos del desarrollo del amor, no cabe duda que es el de la pubertad; cuando los órganos inactivos hasta entonces, entran en actividad ejerciendo su influencia fisiológica sobre el cérebro, ocasionando una agitación frecuentemente molesta. Este es el instante en que el amor anuncia su nacimiento, cual los nacientes destellos del sol que empiezan por un albor y luego se difunden aumentando en fuerza en la plenitud de su carrera.

El deseo amoroso sufre un desarrollo uniforme en el espíritu, y su violencia se refina al pasar por los centros cerebrales de la ideación, originando todos los sentimientos cariñosos, afables y fantásticos del amor; sentimientos que constituyen el tesoro de los poetas y que tan grande papel desempeñan en la felicidad terrestre y en las penas de los séres humanos.

De todas las pasiones, el amor á distinto

sexo es la que trastorna más la razón, haciendo cometer las mayores locuras, triunfando el puñal y el veneno en los Romeos y Julietas.

Aunque el amor irrita á los centros especiales provocando algunas veces un desequilibrio mental, no deja por eso de proporcionar los más gratos placeres que se disfrutan en este mundo de amarguras. Es una emanación celeste del Empíreo que va labrando en el corazón humano con más fuerza que las aguas de un torrente en su cauce. Nos fatigaremos de pensar ó de obrar, pero nunca de amar.

El destino especial de la mujer—dice Dubois—es agradar al varón; y aunque éste debe hacerse agradar por ella, no es una necesidad tan directa.

La mujer debe inspirar amor en vez de incitar, y con la modestia y pudor de que la favoreció la Providencia, triunfará del sexo feo, llamado fuerte. La habilidad de la mujer consiste en buscar disculpas y derechos para que, siendo fuerte como en realidad lo es, aparezca débil cuando le conviene. Ella con su recato y virtud, posee un dominio sobre el hombre; con una mirada, palabra ó seña, le enviará al fin del mundo, á la lid, á la gloria ó al sacrificio.

La mujer y el varón están creados el uno para el otro; pero no es igual su mutua dependencia. De la unión de hombre y mujer, resulta una entidad moral, cuyos ojos son ella y cuyos brazos son él.

Byron, entiende que hay tanta clase de amor como corazones humanos. Yo no pienso así. Entiendo que el amor es uno, absoluto, inmutable cuando se ama de verdad. Lo que puede haber, es distintas maneras de amar, como diversos senderos que conducen á un mismo punto.

«Se puede simpatizar sin amar», dice el psicólogo Jacques. Esta máxima encierra una verdad; pues, las simpatías no son más que una relación del sistema nervioso con la vida social, éstas pasan cual estelas luminosas; y el amor sobrevive á todas las decepciones y á todas las penas, como el espíritu en nuestro cuerpo. Puede una persona ser simpática á otra, sin despertar amor; se puede rendir merecido tributo á las bellas cualidades morales de una niña, sin sentir el sacrificio conyugal; se puede admirar á una jóven hermosa recreando la vista en el encuentro de su mirada y no sentir amor, como quien contempla una escultura bien cincelada. Pero si las células cerebrales llegan á estimularse con intensidad, entonces los centros nerviosos

manifestarán una impulsión dirijida al exterior, una tendencia á «amar».

El amor es una actividad febril excitada por el deseo. La poesía concibe que basta un amor para sobrellevar una vida por una senda de ásperos abrojos llena de martirios y sacrificios, obedeciendo su unión á la atracción de dos cuerpos, como la aguja imantada obedece al polo magnético.

Algunos preguntan porqué un jóven puede querer á una niña fea; en esto contestaré con la definición del filósofo Rousseau: «el amor carece de razón y vá á donde es dirijido». Agregaré que no hay niña completamente fea, y si bien es verdad que algunas carecen de belleza física, en cambio tienen la belleza de la gracia, de la virtud, galantería y afabilidad. Al desear una cosa, deducimos que es buena por el solo hecho de quererla y la consideramos así en tanto tenemos deseos de ella.

El amor es tímido y el que ama con nobleza, balbucea al depositar su declaración de amor en los oidos de la joven de quien ignora la respuesta; dicha timidez, es originada por el temor de percibir una negativa más ó menos dolorosa. Hay quienes se emocionan tanto, que no aciertan á dar forma á su pensamiento para expresar

la pasión que sienten. El que no ama con sinceridad, es audaz, porque no produciéndole impresión un desengaño, se presenta haciendo creer sentimientos que no siente y, por lo regular, suele salir bien.

La ausencia debilita las pasiones pequeñas y acrecienta las grandes, como el céfiro apaga las bujías y el viento enciende las hogueras; pero si el distanciamiento es demasiado prolongado, el amor se extinguirá como el fuego sin combustible.

Con todo lo dicho, no puedo creer ni por un solo momento, haber definido el amor, no; el amor es indefinible y no obedece ni á máximas ni á razonamientos; y para terminar, diré con Jorge Sand:

«Amad, que es la única cosa buena que nos ofrece la vida».

1902.

VALOR DEL SER HUMANO

A mi muy apreciable compatriota D. Aurelio D. Noboa, en homenaje á sus altas virtudes.—Salto.

Quisiera hacer el inventario general de los dintintos valores que tienen mis semejantes; pero mi pluma no refleja sinó pálidamente la sombra de las cosas y no delinéa sinó el contorno, dando un color muy débil al pensamiento.

Los procederes del hombre (varón ó mujer) que emplea para llevar á un fin determinado una idea ó un propósito, son lecciones vivas que debieran tenerse presente para darle á cada una de ellas su valor. Distingo dos valores: el moral y el intelectual.

El primero de los valores humanos, es indudablemente el *valor moral* que tanto dignifica á las personas elevándolas al mayor grado de honorabilidad; valor poderoso

que reprime nuestros instintos y conduce nuestros actos sociales en el cumplimiento de nuestros deberes y obligaciones.

El esfuerzo que hacemos para sostener en el grado conveniente la manifestación de cada uno de nuestros afectos, constituye el dominio de sí mismo, fuente de todos los valores estimables.

La moral, dice Jacques, es la ley sagrada del respeto que debe guardar una persona á otra y á sí mismo.

Los deberes y derechos que toda persona trae consigo y que le impone su propia conciencia, no se deben vituperar. El hombre que persiga un fin en el que tenga que rebajarse servilmente para conseguir su propósito ó atraerse un favor, perderá su *valor moral.*

Como hombres y ciudadanos, todos somos iguales: esta equidad ha pasado á nuestras leyes; y es únicamente á derechos y obligaciones, que no impide á que existan desigualdades en virtudes, inteligencias, jerarquías y todo lo que sobresale. Todo lo que es superior al vulgo, tiene un valor distinto.

El segundo valor, es el intelectual. Todos nacemos con inteligencia, pues fácilmente distinguimos lo bueno de lo malo; y con la educación, la aumentamos hacién-

dola más activa. Pero para el *valor intelectual*, es necesario - como acertadamente afirma Maudsley — que el cerebro tenga una capacidad innata para percibir las impresiones, conservarlas y elaborarlas á fin de que evoquen los resultados latentes de un trabajo de estímulo.

La débil inteligencia que heredamos al nacer, es de necesidad cultivarla para que produzca; lo mismo que la semilla que el agricultor deposita en el surco de la tierra, y con su trabajo constante y el agente misterioso de la vegetabilidad, hace que la simiente germine dando raíz y un ligero verde tallo y del tallo las aéreas hojas que más tarde tomando fuerzas, dan la flor concluida y después su sazonados frutos.

Creer que un hombre dotado de talento pueda dar una extraordinaria productividad, sin un trabajo de estudio y asimilación de ideas, es como creer que el vegetal pueda producir estando privado del aire. de la luz y del agua.

El valor intelectual, está en razón directa con la actividad creadora; y por tanto, el que más produzca, más vale, siempre que la productibilidad salga de lo común.

En igualdad de fuerzas, el valor intelectual crece con el conocimiento que adicionamos al cerebro. Toda ciencia ó arte

que aprendemos, es un sendero que nos conduce á nuevas regiones. Pero, no hay que llenar el cerebro de cosas que no se puedan digerir ni asimilar. Esto, trae á mi mente la fábula de la mujer de Esopo, que creía que dando doble ración á sus gallinas, tendría de cada una de ellas dos huevos al día, y sucedió que engordaron demasiado y cesaron de poner.

La superioridad intelectual, como dice Spinoza, consiste en poder asimilar los materiales esparcidos y desenvolverlos gradualmente, manifestando la excelencia de una imaginación creadora, bien sea en ciencias ó artes.

Una larga y continua paciencia en el estudio productivo, según Buffón, es lo que constituye el valor intelectual. Netwon, interrogado acerca de cómo había encontrado las leyes de la gravitación, respondió simplemente: «Pensando sin cesar en ellas».

Del valor intelectual, se desprende como complemento el *conocer á los hombres*. Conocimiento importante y magno que si me preguntaran cual es la primera condición para lograr éxito en los negocios, cual es la cualidad para ser hombre de Estado, un perfecto juez ó un maestro ilustre, contestaría con Mantegazza: *conocer á los hombres*. Ahora, si me interrogaran que es

necesario para conocer á los hombres, responderia con Maudsley: «aprende á conocerte entre los hombres y conocerás á los hombres en ti mismo»; esta máxima descansa sobre la muy célebre inscripta en el frontis del templo de Apolo: «conócete á ti mismo.»

Algunos hombres que han poseído la virtud de conocer á nuestros semejantes, han llegado á hacer inscribir sus nombres sobre bronce ó mármol. Si Napoleón Bonaparte dominó durante muchos años á casi toda la Europa, no fué solamente por su genio militar, sino que es debido en mucho al conocimiento que él tenía de los hombres. Y sin ir tan lejos, si buscamos en nuestro país el porqué nuestro gobernante (1) se sostiene en el Poder luchando contra vientos intempestuosos, no cabe duda que es porque *conoce á los hombres* que lo rodean.

Un hábil observador que se dedique á un estudio filosófico y experimental, persistente y atento de las costumbres de un gran número de hombres de diferentes clases sociales, de su expresión, de su gesto y de sus acciones, descubriría la clave de sus caracteres y podría con la mayor facilidad leer sus sentimientos y afecciones.

(1) D. Juan L. Cuestas.

Antes de conocer con juicio recto á una persona, hay que profundizar mucho acerca de ella: es menester estudiarla cuando esté contenta radiante de alegría y cuando la tristeza la haya apesadumbrado; entonces, juzgándola con discreta filosofía, se podrá leer algunas frases en el complicado libro que lleva por nombre «el carácter», siendo necesario confrontarlo con otros hombres completamente conocidos, ya sean vivos ó muertos, con aquellos séres que por sus diversos valores han dejado recuerdos sobre láminas imperecederas.

Hay quienes sostienen que el único valor del hombre, es el dinero; haciendo prevalecer la máxima sofística: *tanto tienes, tanto vales*. Si esta máxima se hiciera efectiva, resultaría que la honorabilidad y el saber de los hombres, caería en el vacío como las aguas en el Océano, predominando la maldad y la corrupción como consecuencia inevitable de la sed de oro para valer entre los hombres. El dinero, no debe despreciarse ni tampoco codiciarlo como única aspiración á la vida.

Concluyendo: la medida del valer del hombre, debe buscarse en la conducta moral y en la inteligencia, que son las verdaderas é infalibles medidas del valor humano.

1902

EL SOLTERO EN LA SENECTUD

Nace el hombre sin ver si en el mañana
Deparará infortunios ó alegría
En la falaz continua correría
Que forma parte en la batalla humana.

Y sigue navegando sin sosiego
Por el tortuoso mar de la existencia,
Andando por la senda sin dolencia
Que fué trazada por destino ciego.

La vida osténtale oropel brillante
En su lozana edad de amor febril,
De ilusiones é imágenes pueril
Envuélvenlo en sus lazos cada instante.

Entre placeres álgidos, su gloria
Forma, y llegada la decrepitud,
Imágenes recuerdan en memoria
Su incansable pasada juventud.

De su edad licenciosa, no se olvida
Que pasó cual destello incandescente,
Vagando visiones en su mente
De amores y conquista desmedida.

De dolor surcos su cerebro abriga,
Que le hiere y le muestra su impotencia,
Desespera y lucha con su conciencia
Sin encontrar una fiel mano amiga.

La madre aquella que tanto le amaba,
Ocultóse cual ave que se aleja;
Y solo por el orbe da su queja
De la triste misión que no soñaba.

Fué del amor su gloria apetecida,
Entre dicha y fulgor formó su alianza;
Y en sus hermosas horas de bonanza
No se cuidó de su alma divertida.

Para él, no vuelven gratos los placeres,
Ni aquellos tiempos de su adolescencia
Que en festines pasó su preferencia
Burlando y disfrutando de mujeres.

La hermosura, para él, no tiene halago;
Poesía, no le presta sus favores,
Y las amenas matizadas flores
No tienen seductor aroma mago!

Gastado su vigor y envejecido,
Memoria acerba hospeda en su mente;
Su corazón suspira amargamente
El hogar que dejó inconstitüído.

Y aún sus mustios y secos labios quieren
Beber del cáliz el licor florido;
Pero el vigor, para él, se ha extinguido,
Y de la senictud los brazos le hieren!

Triste es vivir recordando el pasado
En bacanales y orgías mecido,
Triste es de los placeres el olvido
Y de las níveas canas el peinado.

Veloz viene el hastío con los años,
Llora el tiempo que en ellos ha perdido,
Maldiciendo del mundo los engaños;
Y lo temporal, para él, ha concluido!

1901.

Brindis de Salas

Los grandes artistas no aparecen sino á grandes intervalos, y cuando se presenta uno, bien sea arropado con túnica roja, blanca ó negra, es un deber de hidalguía rendirle merecido tributo.

Por breve tiempo, se halla entre nosotros, (1) un talento musical, creador de nuevas formas rítmicas, que de un elegante arqueo en su delicado violin,—cual varita mágica del hada de la leyenda, que arranca del abismo tesoros ocultos—desprende chispas harmónicas, que vagan errantes por el ambiente, ora suaves como perfumadas brisas entre el ramaje del verjel; ora ruidosas como bramidos de enfurecidas olas marinas al estrellarse en los peñazcos y cuyo fragor se acrecienta con los estridentes retumbos del trueno y la descarga eléctrica del rayo; ora alegre co-

(1) Salto.

mo trinos de alondras y cánticos de risueños serafines; ora tristes como perdidas esperanzas de solteronas.

Nuestros sentimientos se asocian á todas las manifestaciones de placer y pena; y por tanto, si asistimos á una reunión donde la alegría radie de contenta, nuestro espíritu sentirá una sensación de júbilo; y si presenciamos una escena de dolor, sufriremos una emoción triste. Lo mismo sucede con la música, que es el sublime lenguaje que habla directamente al alma. El magistral artista, precedido de renombre, con su instrumento de cuerdas, sabe producir en los oyentes una impresión física, haciendo deleitar ó sollozar, según le convenga; estas sensaciones, son causas de la actividad á que somete e. sistema nervioso del auditorio por medio de la vibración sonora, y si bien carece de lenguaje hablado, es más ideal que la palabra.

El violín en manos de Brindis de Salas, es la delicadeza del arte, es la riqueza de sentimientos con fecundidad de encantos fantásticos, haciendo soñar con las doradas arpo-liras y sonatas olímpicas.

Quien contemple atentamente la fisonomía del Chev. Brindis de Salas, fácilmente notará que apesar de su tez azabachada por los ardientes soles de Cuba, hay en su

frente espaciosa y en su mirada sagaz é inquieta, el símbolo del talento.

En él se halla exceso de sensibilidad, producción de sensaciones y creaciones que son caracteres distintivos de la productibilidad que es la expresión más elevada de la inspiración.

Como violinista eximio, brilla cual estrella refulgente en el cielo del arte musical. Sus ideales, parecen ser la realización de la palabra con la nota, de la frase cantada en su violín, amante de la realidad y capaz de exprimir la idea para dejarla ver. La altura de sus concepciones musicales, forman la riqueza expresiva del arte, lo sublime entre lo inmaterial.

1902.

MONTEVIDEO

A don Agustín J. Brague, en galardón de gratitud y amistad.
Salto.

DESCRIPCIONES

Solicitadas por el diario *La Prensa* del Salto, según se desprende del suelto transcripto á continuación:

« Manaña se ausentará por vapor «Tritón»
» con destino á la capital, el conocido es-
» critor don Manuel Escuder, que se propo-
» ne dar una tregua á sus tareas de em-
» pleado municipal. El señor Escuder ha de
» tomar algunas anotaciones de la vida en
» las aristocráticas playas, para escribir sus
» impresiones—que tendremos el gusto de
» ofrecer á nuestros lectores—con ese cau-
» dal de observación y fioriture de estilo,
» que son proverbiales en su producción li-
» teraria. »—Diciembre 1902.

GRAN BALNEARIO

Este regio establecimiento, no ha muchos años, era el constantemente favorecido por la selecta clase de Montevideo y Buenos Aires. Tuvo, como tienen las sobresalientes obras, su época de esplendor; lo mismo que los seres humanos distinguidos. tienen su «época de moda». Hoy, ya no se halla favorecido con la frecuencia que lo era en su apogeo del pretérito Reus. Y no es porque carezca de ostentación artística, no; sino por la inconstancia de los tiempos y caprichos modernistas.

La entrada es lujosa: á la derecha, un salón espacioso con servicio de confitería; á izquierda, otro salón amplio destinado á recreo, guarnecido con tapices de subido precio, dando el tinte del boato de un palacio olvidado; á un rincón de éste, un piano de concierto que en tiempo no distante, amenizaba el tedio con audiciones bien armonizadas con músicos y cantantes de reputación; hoy, no tiene la misma suerte de antes, pues el piano que tan buenos ratos de solaz proporcionaba á la concurrencia, permanece mudo y triste, como quejándose del indiferentismo humano. En distintos

costados, anchos y límpidos espejos, ornadando sus marcos verdes orlas de hiedra circundada en forma espiral, como el adorno caracoleado del místico cirio de altar.

Del techo, penden arabescos, cual glicinas colgantes. En el centro del salón, mesas para lectura y juegos recreativos, sillas, butacas bien distribuidas y demás comodidades.

Yendo hacia dentro, dos departamentos, uno para señoras y el otro para varones. Cada uno de ellos con 200 casillas, 24 bañeras para baños tibios de agua dulce ó salada; sección de duchas, peluquería: una gran pileta formando un cuadrilongo de 70 metros de largo por 15 de ancho, con capacidad de 1100 toneladas de agua que se renueva continuamente. Hacia el fondo del baño para hombres, una artística y cavernosa gruta, de donden penden frágiles estalacticas como agua cristalizada, no teniendo nada que envidiar á las favorecidas por la pródiga naturaleza; la imitación es bastante real.

Por encima de la gruta, caen gruesos chorros de agua salada que es extraída del mar por un poderoso motor; el murmurio que produce el choque del agua al descender á la pileta, formando hervidero de blanquísimos copos, recuerda á la cas-

cada del Salto Grande, con diferencia de altura.

PLAYA RAMIREZ

En los espaciosos puentes de los baños de esta playa, al atardecer llegan en tropel tranvías repletos de pasajeros, por distintas ramificaciones de vías férreas que atraviesan la ciudad, entre espaciosas calles ornadas con doble hilera de coposos plátanos, cuyos ramajes se entrelazan á manera de contarse secretas intimidades.

La concurrencia desciende de los tranvías: una parte de ella, dirijese á las casillas de baños; y la otra, se pasea por los amplios puentes de la playa, haciendo comentarios ó murmurando, mientras las cintas multicolores de las hermosas niñas se flamean, cual airosa bandera desplegada al viento.

Sobre el puente, (á lo qué impropiamente dan el nombre de terraza) se apoyan pilares de labrada madera en forma de columnas sosteniendo una techumbre, también de madera, con zinc en la parte superior y caprichosas formas cónicas. En el centro del puente, un kiosko donde tiene asiento una selecta banda de músicos que con sus audiciones, deleitan los

oídos, regocijando al alma de las múltiples preocupaciones de la humana existencia. En un extremo, otro kiosko, para el expendio de bebidas frescas, que servidas son en mesitas colocadas en el mismo puente.

Un nuevo puente de forma elipsoidal, embellece y permite el regreso de los tranvías sin desprender los caballos.

Al rededor de cuatro mil personas, se ven todas las tardes en esta playa paseando y ensanchando los pulmones con aire fresco; mientras á un costado, un buen número de bañistas, toman reconstituyentes baños como parte indispensable de la vida. Es de advertir, que no todos los que llegan hacen uso del baño; pues muchos al llegar, ya no sienten calor.

En los costados del puente central, se ven cómodos asientos, donde se hallan angelicales niñas, cual inmensas guirnaldas de aterciopeladas camelias rojas matizadas con nacarados jazmines y agitadas por las cantoras auras playeras que se columpian en el espacio.

Debajo del puente y sobre la plateada movediza arena, centenares de niños y niñas (y otras que no lo son) juegan con toda la intuición de la infancia, permitiéndoles á sus sueltos cabellos que jugueteen

ondulándose con el céfiro leve. Muy cerca, se quiebran mansamente las olas, serpenteando níveos copos de rizada espuma como gasas de tul de novia.

Un entrepuente, da acceso á un Parque denominado «Urbano», que contribuye á engalanar la playa con el verde frondaje de su floresta.

La playa Ramírez, hállase de noche iluminada con esplendorosos arcos voltáicos; y á pesar de sus atrayentes ornatos y comodidades, no concurre el número de personas que durante la tarde, vienen á saludar al suave y cariñoso céfiro marino.

PLAYA DE POCITOS

El gran paseo nocturno de moda tiene lugar en la retirada playa de Pocitos; donde llegan en tumultuoso torbellino, tranvías directos y lujosos carruajes con briosos corceles, lacayo y cochero de librea. Viéndose en este lugar, unas siete mil personas que pasean por el anchuroso puente mientras otras permanecen sentadas en cómodos bancos.

El alumbrado, aquí también, es de arcos voltáicos en profusión, dando la transparencia de un sol de Oriente.

El hotel del establecimiento balneario, aun-

que construído de madera, tiene cierta mixtura de órdenes arquitectónicos. En el interior, luce el esplendor del boato: en los costados, lucientes espejos de lunas semejantes á las Parisién, artísticos cuadros de afamados pintores, esculturas bien cinceladas y demás ornatos con todo el necesario confort; en un extremo, un piano de sala, y cuando una festiva persona toma asiento frente de él acariciando sus marfiladas teclas y desprendiendo raudales de alegres ondas sonoras, varios jóvenes se acercan á las hermosas y siempre encantadoras sirenas terrenales, solicitando el tributo para Tersípcore, y el baile queda organizado en el amplio salón. Un nuevo saloncito, está destinado á comedor de sirvientas, que en determinadas ocasiones no es propio que formen parte con las familias. Otro salón se halla dedicado á gabinete de lectura para los amantes de las bellas letras.

La concurrencia en esta playa, es constituida por la clase más selecta de la sociedad bonaerense y montevideana.

El golpe de vista que ofrecen los diversos colores de los vestidos, los sombreros de formas caprichosas y las flores colocadas en los pechos de las bellas paseantes, es sorprendente, encantador! Aquí, se ven niñas hermosas, como delicadas flores de

exótico jardín encantado, y risueñas cual jadeantes brisas uruguayas que purifican y coloran; y en ese florido verjel humano, surgen talles esbeltos como airosas palmeras, de donde penden miradas fúlgidas cual estrellas detenidas en el ramaje.

Una banda de buenos profesores, ejecuta seleccionadas piezas de música sentimental y romántica, ofreciendo raptos de éxtasis á los que tienen alma sensible para la contemplación de lo bello y lo ideal. Los momentos de solaz que se disfrutan en el indescriptible conjunto de bellezas femeninas, cadencias harmónicas y suavidades de frescas brisas, proporcionan al espíritu el olvido de sí mismo con transportes á un fantástico pensil del Edén.

EL PRADO

El camino que conduce al Prado, está formado por varias espaciosas y rectas calles, de donde se elevan palacetes mostrando su corona unos tras otros; y de sus bóvedas, surgen pararrayos colocados en las cúspides, cuyas chispas diamantinas al desafiar á las descargas eléctricas de la atmósfera, parece que inscribieran en los aires: «progreso», «bienestar.» Y entre innumerables quintas con regios chalets seme-

jando fortalezas feudales, hállase el suntuoso recreo público denominado «El Prado».

Una entrada de añosos eucaliptus, conduce á un espacioso puente, de donde parten calles con magestuosas curvas circundando amenos jardines. Sobre el puente de piso de maderamen con buen barandaje, descansan columnas artísticas sosteniendo arcos voltàicos. Debajo del puente, cruza un arroyo que murmura sigilosamente, yendo sus aguas á secretearse bajo la fronda umbría de las selvas.

Los caminos principales, son tres: uno destinado á paseos á pie; y los otros dos, para carruajes sin volver por donde fueron. Siguiendo uno de éstos y subiendo después una amplia escalinata de límpido mármol se llega á un parque, donde se encuentra un cómodo hotel que mira á una fuente de mosáico imitando rústicas piedras; de las grietas de éstas, surgen aterciopeladas plantas acuáticas que dan sombra á pececillos multicolores que con sus tornasolados matices, juguetean con las cristalinas aguas que arrojan los surtidores.

Más allá, espesas campiñas que impiden el paso á los rayos solares; penetrando la luz, tan sólo, como arreboles muribundos; los follajes se entrelazan comunicándose sus congojas y sus alegrías. Aquí, en me-

dio de la quietud de las florestas, solamente se oye la voz tranquila de la inmensidad de la naturaleza, con gorjeos y arpegios de las aves que revolotean queriendo posarse en cada rama que encuentran á su alcance. Varias encrucijadas, conducen á un laberinto de bosques, parques, jardines con inefables harmonías selváticas y aromas embriagadores; cuyos efluvios que emana la diosa Flora, cicatrizan las heridas de las vicisitudes mundanas, dejando caer en el vacío las múltiples decepciones, recobrando el fatigado espíritu sus energías. En medio de este paraíso, el alma se regocija ante la contemplación de tan sublime espectáculo: idealizando involuntariamente castas visiones de amor en esos instantes de transitoria felicidad.

Acullá, un lago, donde se sumerje el blanco cisne, haciendo soñar con el mitológico de la ninfa que acariciaba infantilmente el cuello del airoso animalito; y donde la góndola se desliza suavemente por el espejo de Venus ribeteado de esmeraldas.

En otro lado, almácigos, viveros, invernáculos con millares de diversas plantas y gustos refinados.

Los paseos, constituyen el reposo más saludable aconsejado por la Higiene. El aire que purifica el ambiente, es el primer

dios de la Tierra. Las mitologías saludaban al Aire como á un espíritu creador invisible que rige la naturaleza toda. Y en efecto, el aire es la manifestación más elevada de la vida, así como la más eterna de las leyes que organiza el Cosmos.

Aunque el Prado, es uno de los paseos más poéticos y admirables que encierra la hermosa ciudad de Montevideo, no es muy concurrido en la estación veraniega; pues este paseo, parece estar tácitamente reservado á los días grises y nebulosos del blanco-pálido invierno. Y no es porque falte fresco, nó; aquí, el aire es siempre puro, mixturado de gratos perfumes, y tan pronto el céfiro canta entre el follaje del verjel, como el cierzo despeina la cabellera de los eucalitos, haciendo columpiar el ramaje de las araucarias y cocoteros.

CEMENTERIO CENTRAL

En un costado de la ciudad, uno de los edificios más sorprendentes, es la necrópolis central.

La entrada en esta mansión de los muertos, quita el aspecto lóbrego de cementerio; pues, no es más que un continuado jardin, con espléndidos monumentos de artísticas esculturas. Entrando, se pasa por

un caminero central, abovedado de claraboyas que conduce á calles silenciosas, dejando ver amenos verjeles, circundados por verjas de hierro pintado del color del césped. Avanzando, se llega á una encrucijada, de donde parten otras calles y otros jardines.

Por doquiera, bancos de hierro que convidan á descansar un momento y meditar sobre nuestra misión en la tierra. Y entre elevados y melancólicos cipreses, semejando egnimáticas pirámides del Egipto, al lado de la débil siempreviva y del lirio pálido, contrastando con la soberbia rosa, levántanse suntuosos sepulcros á la memoria de séres queridos, que han dejado de existir en la superficie terrestre, pasando sus almas á formar legiones de espíritus en un mundo ignoto.

Por todas partes, multitud de plantas con flores de distintos matices y diversidad de perfumes; posando en los delicados y transparentes pétalos, la fatigada mariposa, que al depositar su polvillo de oro en la corola del lirio místico, le da un hálito de alegría á esta pálida flor.

En estos jardines, solo se oye el trinar de tiernos pajarillos, como si elevaran plegarias al cielo por el eterno descanso de los caídos bajo el rudo golpe de la eterna guadaña destructora.

De cada jardín, surgen estatuas, mausoleos, tumbas magníficas de mármol sobrecargadas de esculturas, en cuya parte superior se levantan ángeles, ora alzando sus blanquecinos brazos cual si pidieran piedad al cielo; ora con la larga trompeta como anunciando la brevedad de la vida.

Aquí, se escucha la voz del silencio, dejando oir la naturaleza enseñanzas divinas. Las armonías pendientes del ramaje de las florestas, turbadas á veces por impetuoso viento, recobrando pronto su gallardía y vigor, nos revela las contrariedades del tiempo en el espacio. Entre el herbaje que oculta las grietas del sepulcro, se repliega en sí misma la amorotada violeta dando un ejemplo de extremada humildad; y el ave que cruza velozmente el espacio, nos enseña á utilizar el tiempo.

En este recinto, yacen seres que en vida no les hubiera bastado gobernar todo el Universo para saciar la sed de sus ambiciones, y después de haber oprimido á nuestra república, hoy son oprimidos por una pequeña capa de tierra. ¡Inexorable justicia!

Los mártires de mi patria, tienen dedicados á sus gloriosas memorias, grandes y soberbios monumentos con inscripciones honrosísimas.

El comenterio se subdivide en tres cuerpos. La rotunda, está ubicada en el centro del primero: en sus paredes, se ostentan en cuadros de escultura de madera pintada, todos los actores de la dolorosa muerte de Jesucristo, soldados, verdugos, espectadores, cada uno con la ocupación de dar suplicio: los de aquí, azotando; los de allá, hiriendo; los de acullá, escarneciendo sin piedad; las mujeres, arrodilladas; Jesús, enclavado en la ignominiosa Cruz y espirando entre dos ladrones. También en la pared, se ven nichos de sepultura. En medio de la capilla y en un altar de mármol de Carrara, la dolorosa madre, sostiene en sus blanquísimos brazos al fruto de sus entrañas, descendido de la redentora cruz, alzando su compasiva mirada al cielo como pidiendo misericordia para los verdugos de su querido hijo.

Uno de los mausoleos que siempre me ha llamado más la atención, es el de propiedad de la familia Juan M. Martínez, construído todo de blanco mármol, compuesto del sepulcro para los restos mortales y al lado una gran cruz imitando tosco leño y en ella clavado un Cristo con toda la naturalidad viviente, cual si tuviera suspenso en sus cárdenos labios, la célebre frase sagrada: *In manus tuas, Dómine,*

commendo Spiritum meum (En manos tuyas, Señor, encomiendo mi Espíritu). A izquierda del crucifijo, un ángel tutelar con largas alas y una espada á la diestra, dirijiendo una escrutadora mirada á todos los que por allí pasan. A derecha, el meditabundo anciano de rostro desencajado blandiendo la acerada guadaña, y en la otra mano apoya su cabeza como buscando en su mente el nombre del primero que ha de envolver la parca ciega. El arte escultórico desarrollado en este impresionante monumento, es admirable, sorprendente! El escultor supo dar morbidez á estos personajes, haciendo palpitar la marmórea inerte materia.

Hay otros panteones que también conmueven con su arte escultórico, y aunque son desiguales en sus configuraciones, nos enseña lo que somos y lo que hemos de ser: *pulvis es, et in pulveren reverteris.* (Polvo eres, y en polvo te convertirás).

ESBOZO

Empezaba á crepuscular: los lívidos destellos de lumbre, palidecían al esconderse en Occidente, tapizado de púrpura el undoso manto. El sol dejaba al hundirse en los nebulosos confines del mar, lampos de oro

y nubes turquíes. Allá, en la penumbra del horizonte, presentábanse nubes semejando, unas, idilio amoroso en bosque de Hadas, y otras, leones arrastrando el carro triunfal del Amor. El cielo iba perdiendo sus matices, tornándose sombrío: sobre la elevada cumbre del altivo Cerro, medio embozado, vagaban sutiles nubecillas, cual fugitivos suspiros de enamoradas esparcidos por cariñoso aliento.

Entre interminables saludos de los que van á bordo á despedirse, lanza el vapor estridente silbato anunciando su salida, y emprende la marcha rompiendo la ondulante túnica. Las ruedas del navío, agitan las ondas levantando fosforescencias, dejando en pos de su popa, una prolongada estela luminosa que se disipa lentamente como una ráfaga de luz.

Fuimos al comedor y después subí al puente de la nave. .La luna, asomábase temblorosa entre un lecho de nubes formadas de aluminio, distribuyendo sus celajes; luego, las estrellas aparecían como semilleros de tornasolados diamantes.

En la hora nocturna, quedan los bullicios del día perdidos en Ocaso y la noche con su solemne silencio, enmudece á la naturaleza. En estos momentos de paz parece oirse el tierno trino de algún ave

que eleva su melodiosa plegaria, como himno religioso que resuena en la soledad. La quietud, convida á las expansiones íntimas del idealismo; el caudaloso rio parece trasformarse en fantástico lago, excitando el ensueño y el olvido de las maldades mundanas, remontándose el espíritu á una región ilusoria bajo la techumbre incrustrada de resplandecientes estrellas.

El navio hace, como es de práctica, escalas en los puertos. Muy cerca de Paysandú, empieza el amanecer; la naturaleza se agita, todo se mueve, el dia alborea, el sol baña de luz á las crestas de salientes picos, coloreando de grana la admirable perspectiva de una frondosidad encantadora. Las aves dirijen al astro rey, sus saludos matinales con arpegios y gorjeos tan puros como pura es la aurora al despuntar con sus claridades cada vez más crecientes, y el árabe saluda, también, al radiante Chems imagen del grande Alá. El sol al salir, semeja á un soberano saliendo de su dorado castillo con su manto glorioso, rodeado de una corte de nubes que le rinden tributo.

Despiertan las soñolientas islas de pintorescas selvas, que surgen como baluartes formados por las aguas, en donde vagan

seductoras fantasías, turbadas á veces por el chillido de algunas aves do rapiña que aletean huyendo como aterrorizadas del monstruo fluvial que surca la senda undosa.

En los espesos bosques que guarnecen las riberas, surgen tallos semejando columnas de bronce antiguo; y del ramaje de los sauces, cuelgan verdosos penachos acariciados por la brisa, que juguetean con las sombras que se reflejan en las aguas del rumoroso río.

Más allá, altos y flexibles álamos, donde descansa la fatigada golondrina, mensajera de furtivas dichas.

Esplendoroso panorama que mi débil pluma se revela impotente para describirlo.

Salto, 1903.

¡ LIBERTAD !

A don Modesto Llantada, en testimonio de sincero aprecio.—Salto.

Del nuevo día entre la vaga lumbre
brillan tenues fulgores
que alborean en plácidos colores,
matizando de púrpura la cumbre
de los espesos álamos gigantes;
y de las verdes islas circunstantes,
se despierta el saludo de las aves
que alegres trinan al llegar las naves,
cual visión redentora
entre los arreboles de la aurora.
Y entre el susurro de las brisas suaves
surge en la selva mística, la eterna
oración de sagrado patriotismo,
cual de poeta magnífico lirismo.
Y de los sauces donde los boyeros
gorgean placenteros,

se desprenden errantes fantasías
como himnos de sublimes harmonías,
como un saludo á la legión guerrera
que pisa de la patria la ribera.

Descienden de las débiles barquillas
Treinta y Tres hombres de almas uruguayas:
con reverencia inclinan sus rodillas
en las queridas playas;
y llenos de patriótico embeleso,
sellan la arena con ardiente beso,
como Colón que con amor profundo
besó la tierra al descubrir su mundo.

El Jefe de los Treinta y Tres cruzados,
yergue con brazo fuerte
el pabellón que espléndido flamea;
y ante su imagen, juran denodados
Treinta y Tres hombres ¡libertad ó muerte!
Y con ademán fiero
empuña Lavalleja el corvo acero:
y con arrojo helénico se lanza
contra el intruso déspota extranjero,
clamando: patria, libertad, venganza!

Las aves libres con alegre trino,
cantan trovas de loor á los patriotas,
cual si anunciaran las cadenas rotas
que arrojara la esclava al torbellino;
qué de amos viles, soportó la afrenta

y cansada de ser sierva paciente,
lanza el grito fatal de guerra cruenta
alzando su bronceada augusta frente.
Los clarines de cóncavo sonido,
claman ¡venganza, redención y guerra!
y ese grito imponente
al opresor aterra
que huye despavorido
dejando libre á la uruguaya tierra.

¡Sarandí! de inmortal sacra memoria
que con amor mi corazón venera!
¡Falange velerosa de Gigantes
que recuerda la historia
en sus hojas brillantes!
Entre tropeles de héroes, confundidos
en hórrida balumba
se oyen descargas, ayes y alaridos,
cual tempestad aterrorizadora
que con truenos horrísonos retumba,
y en ruína atronadora
el imperial castillo se derrumba.

Dianas de indescriptible melodía
entonan el cantar de las victorias,
sonatas puras, de radiantes glorias,
que conquistar supieron ese día.
¡Día feliz! Aurora esplendorosa
cuyos destellos diáfanos de lumbre,
reflejan en la cumbre

de la patria oriental, libre, grandiosa;
que al sacudir su yugo,
derribó los baluartes del verdugo,
y con valor sañudo, firme y fuerte,
arrancó de los brazos de la muerte
Trofeos de sangre y lauros de corona.

¡Independencia! luz del infinito,
estrella matutina del Oriente,
ideal peremne ardiente
del alma del proscrito.
Jamás flameó con mayor pompa y brillo
la tricolor bandera,
como ese dia de gloria verdadera
en que la patria quebrantó sus ligas.
¡Salve, pendón sagrado que tremolas
cual galardón de libertada enseña
de la patria de Artigas,
que al destrozar sus ominosos lazos,
con poderosa mano
arrojó los pedazos
en la execrable frente del tirano!

1903.

Crítica y Críticos

Todo asunto literario, es susceptible de crítica; pues por crítica se supone análisis.

Las inteligencias pueden producir yerros, como las luces proyectan sombras al encuentro de un obstáculo.

El trabajo intelectual está siempre en razón directa con el estado del espíritu; de modo qué, el talento de un escritor, en un momento dado de afección ú obcecación, es factible que produzca escritos ú obras sin mérito ó que cometa crasos sofismas, por más que el escritor tenga justa reputación adquirida. Esta opinión descansa, en parte, en la del psicólogo Maudsley, al observar que «puede el sabio formular un grave error y sostenerlo, en la creencia de que defiende una gran verdad».

Al presentarse el crítico sensato, con la noble misión literaria de analizar y juzgar las producciones, hará ver á los lectores y al propio autor, donde están las irregula-

ridades del arte y hasta de las ideas vertidas.

La verdadera critica, genuinamente literaria, es la que examina juzgando las producciones, haciendo conocer sus bellezas y sus defectos, con equidad. El critico, en su honorifico puesto de magistrado en la república de las bellas letras, funda su juicio en las leyes del arte y del buen gusto, entregándolo al tribunal de la Censura — compuesto de los lectores competentes — para que este tribunal dicte su fallo de aprobación ó desaprobación de las producciones criticadas con justicia.

La critica sana, pura, analitica, es instructiva para el público y beneficiosa para el autor de la obra criticada; pues con la polémica que la critica suscita, siempre consigue mayor venta de ejemplares, y de las incorrecciones de qué haya sido factible incurrir, las tendrá muy presente en la segunda edición de ella. Como el tribunal de la censura es formado por los lectores que tienen conocimientos literarios, ellos sabrán juzgar al critico y al criticado.

No se puede censurar sin el examen previo; de modo que, para juzgar una obra, es menester que preceda la debida critica advirtiendo las faltas y defectos

mayores ó menores, que no puede menos de haber en cualquiera producción.

Algunos escritores, poco instruídos y bastante malévolos y á la vez envidiosos, se atreven á reprobar las producciones de otros sin hacer el justo examen, y agregan aún epítetos insultantes olvidando los sanos preceptos de la moral de que, «todo hombre es un sér sagrado que tiene derechos y obligaciones que se deben respetar.»

Cuando las informaciones que el crítico presentara á la censura fueren injustificadas, desempeñará un puesto indigno en la república literaria. Este caso sucede con harta frecuencia y toma el nombre de crítica vulgar, difamante y rastrera; y ocurre cuando se quiere denigrar á un escritor, insultándole y rebajando su talento porque hay interés en hacerlo así; pretendiendo el pseudo crítico entender en todo, conociendo poco ó nada; para él, no hay pasaje bueno en lo que critica, pues dice que el asunto—artículo ó libro—carece de estilo propio, falta imaginación, la trama es incoherente, absurda y hasta que el escritor es un asesino!

Para esta clase de crítico rastrero, lo único que vale, es lo que él produce. Pero son inútiles sus insultos, por más que sal-

ga al paso para salpicar con la bajeza de su medianía el rostro del escritor; pues los lectores competentes saben juzgar el papel que desempeña el crítico y el autor criticado, y los qué no tienen preparación literaria—aunque la crítica ó sarcasmo malevolente les cause sensación de risa—entienden que nadie se toma el trabajo de hacer una mala crítica cuando al qué se critica no representa valor literario.

Kulme, ha dicho acertadamente que el trabajo coronado de éxito, ha suscitado siempre las envidias y la ambición; empleando medios inadecuados para ridiculizar al autor.

El célebre Moratín, contestó á uno de sus críticos con la siguiente quintilla:

«Tu crítica majadera
De los dramas que escribí,
Pedancio, poco me altera,
Más pesadumbre tuviera
Si te gustaran á tí.»

La crítica innoble, suele hacerla el falso crítico enmascarándose con túnica judáica y cubriéndose con el impune escudo del pseudónimo á fin de qué no pueda ser juzgado, como quién hiere á traición y huye. Esta clase de crítico, pretende apa-

gar la luz que le provoca sombra, por que es herido por la misma luz y por eso se oculta, pues de lo contrario no hay razón para escudarse.

El crítico noble y justo, es acreedor al aplauso, y como no teme, se presenta con el corazón puro y su alta frente sin mancilla ante el Tribunal de la Censura.

1903.

El Hada de los Sueños

Al distinguido periodista don Luis A. Thévenet, en testimonio de admiración y estima. Salto.

Me acosté á la hora habitual. Después de una invocación á Morfeo, me entregué profundamente al descanso nocturno. Al poco tiempo, me encuentro en una espesa selva: la tarde declinaba; los lívidos rayos del sol, palidecían en el anaranjado estanque crepuscular, dejando ver en el horizonte medio embozado por nubes cárdenas, blanquecinas y grana, siluetas de idilios voluptuosos encima de un manto fileteado de suspiros tiernos.

Yo, transitaba tranquilamente en medio de los follajes de una campiña verde, como las hojas de laurel; y de pronto, encuentro un comienzo de arroyuelo que bañaba la alfombra aterciopelada de esmeraldino musgo. Seguí andando y hallé un

impetuoso río que iba á perderse en las sombras de las florestas. Las ninfas y silfos del río, vadeaban abrillantados el espacio. De las blancas espumas producidas por el serpenteo de aguas rumorosas de una cascada que siempre relata el mismo interminable cuento, se formó una imagen de mujer que atravesó jugueteando en el líquido argentado manto acariciado por las brisas; viene á la ribera y toma un velo azul, casi impalpable, como si fuera formado por miradas de ángeles risueños. Llega la fantástica diosa á mi lado y me dice con acento seráfico: «venid conmigo á vagar por las misteriosas grutas; pero si osárais tocarme, me convertiré en nada» «¿Quién sois?»—la interrogué con ternura —y ella respondióme con cariñoso dejo: «soy el Hada de los Sueños; seguidme si queréis». La seguí.

En una margen del río, entre rosales y jazmines, hallábase un carro hecho de una concreción de nácar, pequeñas ruedas de oro con rubíes, y en vez de corceles, dos águilas. Subimos en él, y cortando el espacio, vagamos por los aires, por encima de una frondosa vegetación. De pronto, cesa la vertiginosa marcha del vehículo creado por el ensueño, y nos encontramos frente á una cavernosa gruta. El Hada con

voz imperiosa, me dijo: «descended y entrad». Bajé del coche, volví el rostro hacia atrás y el hada y su diminuto carro de nácar, habían desaparecido.

La luna, entre un lecho de peregrinas nubes, asomaba su nívea cara, como un ramo de jazmines en la cúpula celeste florecida de junquillos y margaritas. La única luz que iluminaba la entrada á la gruta, eran los débiles destellos opalinos del blanco astro nocturno Entré con paso incierto, tembloroso, vacilante. La gruta estaba voluptuosamente formada por bordaduras en forma de guirnaldas, la tenue luz nocturna penetraba iluminando mis pasos; la techumbre, era construida por arcos entrelazados de ignea piedra, presentando redecillos unos sobre otros, pendiendo trozos de estucos cortados en forma de estalactitas como pensamientos escapados del lirismo y detenidos en el aire; todo trabajado admirablemente por la pródiga naturaleza y combinado de tal manera que ofrecía al solo golpe de vista, un aspecto sorprendente y una gracia que cautiva. Seguí adelante, y la luz ya no podía entrar por ser espesos los encaje tejidos de los muros. De pronto, diviso una figura humana que acercándose me pregunta; «¿quién sois?». Y yo respondí; «soy un misterioso que an-

do errante por esta tenebrosa gruta, ignorando donde iré á salir».

—Vuestro oficio ó profesión ¿cual es?—me interrogó con curiosidad.

—Contador—le respondí.

—Contador de cuentos?

—No, señor; contador diplomado en números. Y la vuestra ¿cual es?

—Filósofo retirado del bullicio mundanal; y os suplico queráis aceptarme por vuestro amigo.

—Con mil placeres—contesté obligado.

Fuimos andando por innumerables cuevas y durante el camino, hizome una demostración filosófica de lo qué es el mundo y los seres que en él habitamos. Llegamos á un ligero pórtico, sostenido por delgadas columnas de piedra, agrupadas por la naturaleza, que semejaban troncos de árboles guarnecidos de capiteles variados. Entramos. Una luz extraña alumbraba el interior, dejando ver un par de toscas sillas de piedra, una mesa de rústico leño, libros sin bibliotecas en completo laberinto. Mi conductor, me dijo:

—Ved, mi mansión. Aquí no hay envidias, ni egoismos, ni intrigas, ni ingratitudes, ni deslealtades; vivo feliz. Y ya que os halláis de paso por estos solitarios lugares, iremos á dar un paseo; y puesto que

sóis contador, podrèis recoger datos para formular un balance general de la humanidad.

El buen hombre, frisaba en los 50 años; tenía bastante hebras de nieve en su cabellera; sus ojos soñolientos, estaban sombreados por el insomnio; su amplia y noble frente, simbolizaba la franqueza y lealtad; su rostro, era de enérgicos rasgos. Salimos por un escondido antro donde hallábase un carro hecho de ramas de laureles y olivos, capota de hojas de banano y palma, ruedas de acero, y en vez de caballos, dos mansos leones. Subimos en él, y después de un buen trote, llegamos frente al Alcázar del Juego. Bajamos del coche.

El palacio era de magnitud estupenda. La gran puerta de entrada se hallaba abierta, y sus esculturas convidaban al deleite de los sentidos que encuentran su solaz en los artísticos ornatos; la puerta formada por dos hojas de bronce bruñido, tenía una de ellas la efigie de la ninfa Leda con el cisne mitológico en actitud de cubrir su desnudez ante la codiciosa mirada del cisne; en la otra, Leda acaricia infantilmente al ave gentil ignorante de los encantos y del disfraz de la ninfa.

Entramos en el patio. La morbidez de las estatuas de bien cincelado mármol exis-

tentes en el patio, cubiertas por un sutil velo, dejaban entrever senos abultados, representando el renacimiento del paganismo en medio de la edad moderna. En los arquitrabes y por todas partes, sobresalía una elegancia indescriptible, inconocible, una delicadeza inmaginable, arcos multicores sostenidos por columnas ribeteadas, un no sé qué de aéreo, transparente, constituían una magnificencia de palacio derrochador de fortunas. A cada paso, parecía moverse las columnas para formar nuevas combinaciones.

En el centro del patio, una gran fuente de una sola pieza de alabastro con varios surtidores de artísticos encajes, representando tritones y caballos marinos, expelían chorros de color grana. En la parte Norte, una portada hecha de filigrana de oro y pedrerías valiosas, indicaba la entrada al gran salón del juego; de este salón, surgía el cántico metálico de monedas de plata y de oro con sonoridad seductora.

Permanecimos en el patio, pues mi guía nocturno, no quiso que entráramos en el salón.

Pregunté á mi compañero, que significaba la rosada agua de la fuente, y él me respondió:

—El encarnado líquido que arrojan los

surtidores, para algunos, constituye el emblema risueño de la felicidad; pero para mí, es símbolo de sangre con qué mil viciosos en el juego se han arruinado contribuyendo con sus fortunas á la magestuosidad de este colosal edificio. Aquí, la ociocidad, produce las extravagancias y los crímenes más espantosos que perturban la felicidad de las familias; aquí, la haraganería es la qué multiplica la perversión de las costumbres y los desórdenes. Si tantas personas se extravían del sendero de la virtud, es porque no saben en manera alguna ocuparse en cosas que serían más importantes para ellas y para la sociedad. El juego es una ocupación tan seria para los viciosos, que frecuentemente exponen la pérdida total de su fortuna; su alma necesita fuertes sacudimientos y los halla en esta diversión detestable; durante la cual, está vacilando, indeciso entre la esperanza de enriquecerse más y el temor de arruinarse del todo. Un padre de familia, esclavo de este vicio, por dar un placer á sus inclinaciones, arriesga sobre un tapete verde su bienestar, el de su mujer y el de sus hijos; de aquí las continuas consecuencias que concluyen casi siempre con la ruina y el suicidio!

—Sóis muy severo — le observé. — Entiendo que es necesario otorgar un descan-

so á nuestro espíritu con algunos juegos.

—Pero esos juegos—me replicó—de què me habláis, han de ser recreos útiles y provechosos para la salud física y moral. Es insociable y contrario á las buenas costumbres, ver á hombres que se llaman amigos, en continuas riñas para quitarse unos á otros su fortuna.

Terminada esta breve plática, salimos del palacio, y subiendo en el coche tirado por leones, fuimos con dirección á otro punto. Después de un largo discurso durante el trayecto, llegamos frente á otro Alcázar.

Este palacio no tenía la magestad del anterior. La puerta de entrada hallábase abierta, era de cedro con arabescos de esculturas; el llamador, de hierro con la efigie de serpiente. Entramos y pasando por varios arcos del patio, llegamos al salón: este era prolongado y de sencillo gusto arquitectónico; en las paredes, bastantes mosáicos simbólicos y escudos con las siguientes armas: aquí, unos tenían una mariposa luchando con la sierpe; allá, una mosca combatiendo en los urdiles de la araña; acullá, un negro antifaz esgrimiendo un puñal. La bóveda, se hallaba inundada de eminencias de estucos pendientes de los arcos sostenidos por columnas de piedra

tosca. En la parte Oriente del salón, una mesa-escritorio cubierta con un tapete negro; al rededor de ella, muchas butacas enlutadas y desocupadas por el momento.

Ved--me dijo mi amigo nocturno — este es el Alcázar de la Calumnia. Aquí, se imputa falsamente á la inocencia, defectos ó faltas que no ha cometido; aquí, se reunen personas ociosas divirtiéndose en crear y difundir pérfidos rumores, haciendo reinar la intriga, la maldad, la traición, la impiedad! Esto es horroroso, y sin embargo es muy común en la tierra de donde venís; es admirable la rapidez con qué la calumnia se propaga entre los séres humanos!

—Es verdad,—dije yo—en la tierra de donde vengo, como en cualquiera otra parte, es esta la simiente que germina con una fecundidad asombrosa, produciendo sus fatales frutos destructores. La imprudencia, tan general entre las personas, hace qué estas presten su atención y aceptación sin examen á las versiones circulantes, difundiéndolas con velocidad.

—Cuán triste—me dijo èl—es ver sacrificada la reputación de una persona por un mero capricho de un difamador, por una intriga nacida por el egoismo de un hombre á otro.

—Y ¿cómo evitar esta costumbre tan generalizada entre los hombres?

—Pues, facilmente: no admitiendo nada que no esté debidamente probado y demostrado. Es conveniente tener discresión y reflexión para impedir el curso de esta inmoralidad tan detestable en sus efectos y en la cual la misma credulidad, es tan vil como el calumniador. Para contrarrestar los siniestros efectos de esta fatal gangrena social, es menester que la educación inspire desde la infancia gusto al estudio, á las ciencias y á las artes. El ejercicio de las facultades intelectuales, ofrece un medio de ocuparse gratamente variando las recreaciones, abriendo un manantial inagotable de placeres útiles á sí mismo y á la sociedad. Pues, el ocio, casi siempre, ofrece los funestos resultados de la calumnia y deshonestidad.

Nos retiramos de la mansión difamadora y fuimos andando en el carro de la nobleza. En el camino, encontrábanse derrumbes de edificios y casas en mal estado. Mi amigo nocturno, me mostró los pertenecientes á comerciantes inexpertos que con toda la rectitud de conciencia y honorabilidad de costumbres, han sido declarados en sus quiebras, culpables y fraudulentos, por no tener libros rubricados; y otros que tenién-

dolos—pero mal asentadas las operaciones comerciales, por no pagar sueldo á una persona competente ó diplomada,—han llegado al estado de su ruina.

Me suministró, también, abundantes datos y explicaciones de edificios de simbólicas imágenes, que reservo para otra ocasión.

Llegamos á la gruta del filósofo y nos despidimos con los corteses saludos de estilo.

El se retiró. Yo quedé solo, sin saber á donde dirijirme.

Las tenues claridades del sol naciente, empezaban á rasgar el manto de la noche, esbozando las campiñas de un colorido casi róseo, sonriente, como esparcido polvillo de oro.

Entre los follajes de una llanura semi oculta, paseábase el Hada de los Sueños, acariciando la tornasolada gola de un palomo blanco. La saludé con respeto y afabilidad. Y ella me dijo: «tomad esta ave que os conducirá á donde queráis, y abrid los ojos.»

Talvez no haya entendido bien; pues al abrir mis ojos, me encontré en mi habitación.

1904

LO IMPREVISTO

(NOVELITA)

AL MUY APRECIABLE SEÑOR D. BERNARDO MILHAS, EN TESTIMONIO DE ALTO APRECIO. - BUENOS AIRES.

LO IMPREVISTO

PRIMERA PARTE

I

Zulema, había quedado huérfana de padre y madre, desde la tierna edad de la infancia. Su madrina, misia Laura Huerta de Castaño, hízose cargo de ella dispensándole los cariños y educación propios de una hija; de modo qué Zulema si había tenido la desgracia de perder á los autores de sus días, encontró por fortuna á una madrina que le servía de cariñosa madre.

La presentación de Zulema, ligeramente bosquejada, es como sigue:

Alta y elegante, era un junco flexible por su esbeltez. Sobre su límpida y esmaltada frente de niña, lucía en ondas espe-

sas su cabello castañobscuro que con gracia indescriptible se rizaba.

Los ojos, negros y expresivos, chocaban al encuentro de otra mirada sosteniendo un deleitoso coloquio de amor. En sus mejillas, hallábanse los matices de la flor del ceibo confundiéndose con el encendido color de la pasión vehemente que nace. Su menuda boca, cuando sonreía al ideal que pasaba, dejaba entrever sus diminutos y nacarinos dientes, cual Elsa al sonreir al cisne mitológico. Su edad, acercábase á veintiseis estaciones floridas. La belleza en ella existía, como una primavera exuberante de perfumes arrobadores.

Dos pretendientes disputaban su mano: uno de ellos de nombre Darío, era un joven de treinta años, literato, que tenía entrada por ser íntimo de la casa; el otro, á quien dieron en la pila el nombre de Clataldo, era un fuerte joyero, joven también, más ó menos la edad de Darío, que aún no visitaba.

Un día, hallándose Zulema sentada en una butaca de la sala mirando un figurín de modas, entra Darío y sentándose cerca de ella, aprovecha la oportunidad de encontrarla sola, declarándole con toda solemnidad, su fogosa pasión; al efecto, empezó por:

—¿Cómo lo pasa usted, Zulemita?

—Muy bien gracias, ¿y usted?—Repuso Zulema con ternura.

—Pensando noche y día; buscando siempre su amor, como busca el festivo sabiá sus júbilos en las nocturnas horas; y en mi brumosa noche sin estrellas, me iluminan sus fúlgidas miradas impresas en el espejismo de mis pupilas, grabando en mi mente profundas huellas. Y sus excelsas sonrisas, despiertan en mí una pasión ferviente. Si mi acento carece de poesía para declarar á usted el amor que siento, si no puede mi tosca palabra describirle lo grande de mi pasión, ó si la forma que empleo contiene desliño, deme usted tan sólo, ¡solo una esperanza!

—Agradezco sinceramente la distinción de qué soy objeto por parte de usted, y lamento no poderlo corresponder. — Dijo Zulema levantándose para irse.

Darío púsose de pie y con emocionado acento, exclamó:

—¡Zulemita, espejo y luz de mis alucinados ojos, permítame aún dos palabras!

—Hable usted.—Contestó Zulema apoyándose en el respaldo de una butaca.

—Dice usted—habla Darío con acento grave y triste—que agradece la distinción de qué ha sido objeto, cuando sólo es

merecido tributo á las excepcionales cualidades que en usted concurren... y agrega que, *lamenta no poder corresponderme!*... Ignoro, señorita—cambiando de tono—cuales son las verdaderas causas de su lamentación, para mí harto dolorosa; pero si ellas fuesen de índole tal, que pudieran modificarse por actos inherentes á la voluntad inquebrantable y á la abnegación ilimitada de quien ama con toda la efusión del alma, puede usted creer, Zulemita, que subsceptibles son de cambio!

—Créame, Darío, que por el momento el único afecto que usted me inspira, es el de una sincera amistad.

—Esa sincera amistad que sus rojos labios expresan ¿podrá más tarde trocarse en tierno coloquio de amor?

—Tal vez no.

—¿Qué explicación entonces da usted á nuestro mutuo cambio de ramilletes?

—En mí, es por amistad que en mucho lo aprecio; en otras mujeres, será coqueterismo.... Pasando á otra cosa, Diógenes está adentro, voy á avisarle que usted ha llegado.—Dicho esto, retiróse.

Darío, quedó solo; triste y pensativo, paseábase por la sala, haciéndose la siguiente reflexión:

—Este enigma ¿á qué responde?... No

acierto á explicármelo!... Yo, que voy hacia ella como van las aguas del río en busca de las del mar; yo, que obedeciendo á no sé qué misterioso impulso, voy en pos de ella cual van los astros atraídos por la atracción solar; ¡y para ella le soy indiferente!—Llevó la mano á la frente y dejóse caer sobre una butaca.

Diógenes, era hijo de la dueña de casa; su edad, aproximábase á los treinta y ocho años; tenía tendencias á filósofo. Entró á la sala y encontrando á su amigo apesadumbrado, preguntóle:

—¿Qué haces tan meditabundo?

—¡Encuéntrome triste, quejoso y aniquilado!

—¿A qué se debe tu anonadamiento?

—Siéntese — Diógenes sentóse cerca—y te contaré mis congojas.... Hace un instante declaré mis santas intenciones á la huerfanita de tu casa, y la pérfida contestóme ¡NO PODER CORRESPONDERME!... Tú sabes que más de una vez le he mandado ramilletes de flores y ella los ha aceptado retribuyéndome con otros de su jardín ameno, y los efluvios que de ellos aspiraba, era un lenguaje de tierno lenitivo para las penas que sufre mi corazón angustiado sediento de amor.... Y, ¡cuántas veces su mirar lánguido y ardoroso chocó con mis

pálidas miradas pronunciando un silencioso himno de éxtasis de ternura, leyendo en sus pupilas mi felicidad!

—Todo eso lo sé; pero ¿qué quieres? las mujeres son así, más ó menos veleidosas... El haber aceptado ella tus flores, no implica un compromiso, sólo es una galantería que pagó con mandarte otras, y el que debe y paga, extingue la deuda. En cuanto á las miraditas, fué como tú dices, un «silencioso himno», que siendo silencioso nada expresó; y tú leiste en sus ojos lo qué no estaba escrito.

—¡Eres un burlón!—Repuso con énfasis Darío—¿Sostienes tú que los ojos no son el reflejo del alma, cuando todos sabemos que en amor la primera manifestación se percibe por el sentido de la vista; pues, es el habla más elocuente haciéndose comprender mejor que con palabras?... ¡La mirada atrae al amor, y en las pupilas de una mujer, se lee muchas veces el *sí* tan deseado que sus trémulos labios no se atreven á expresar.

—Sostengo que el lenguaje ocular es nulo; pues por más amor que expresen las miradas, resulta que Zulema no te quiere. Ahí tienes una prueba de la vaguedad de ese lenguaje, y no pierdas más tiempo en cortejarla, dirijete á otra, relegando su nombre al olvido.

—No puedo borrar de mi mente la profunda huella que ha abierto su indiferencia. Yo la amo é insisto en mi propósito... Hasta luego.—Diciendo esto, Darío se fué con paso acelerado.

—El pobre Darío está loco, lo compadezco.—Repuso Diógenes retirándose.

En realidad, Zulema tenía un comienzo de amor hacia Darío, pero débil. Tal vez por ser el literato desheredado de la fortuna, el amor no se acrecentó en el corazón egoista de Zulema. Clotaldo, rico joyero, había tenido la oportunidad de cambiar con ella un ligero trueque de palabras en su casa de joyas, donde Zulema se enamoró de este nuevo pretendiente ó de las alhajas. De ahí vino el desamor de ella hacia Darío.

Es de advertir que, Clotaldo y Darío, tenían amistad, y en esa armonía de relaciones, Darío al elogiar las bellas cualidades de Zulema, despertó el interés en el falso corazón de ese amigo.

II

Don Desiderio, era un hombre cuarentón que había derrochado su fortuna en el juego de azar y orgías. Conservaba amistad con la familia Huerta de Castaño.

Misia Laura, era una afable señora viuda que llevaba cuarenta y nueve otoños; su hija Lila, era una joven delgada como una esbelta palmera; de ojos verdeclaro, sin expresión, cual los de una corbina; cabellos rubios, como destellos de sol; para ella el rosal, había dieciocho veces abierto sus flores. Su espíritu, era bastante ingenuo.

Don Desiderio, á solicitud de Clotaldo, presentóse con él en casa de misia Laura. Después de hacerse anunciar, pasaron á la sala, cambiando las siguientes palabras:

—No ha de tardar la señora, sabiendo que yo estoy aquí, y en cuanto á usted, sabrá ella quien es después de haberlo presentado.—Dijo don Desiderio.

—Dudo del éxito.—Repuso Clotaldo.

—¿Por qué dudar?... Siendo yo íntimo de la casa, nada tiene de extraño que me tome la libertad de presentar un amigo.

— Opino que hubiera sido más conveniente que usted le hubiese hablado primero antes de ser presentado.

—Todo lo contrario. En las lides del amor, cuanto más se prepara un ataque, menos resultado se obtiene.

—¿Habla usted por experiencia?

—Silencio... Oigo pasos, ha de ser la señora.

Misia Laura entró en la sala y después

de las reverencias, saludos de práctica y presentación de Clotaldo, la señora indicando asiento, sentáronse, ella en el sofá, don Desiderio en un sillón de la derecha, y Clotaldo en otro de la izqnierda. Misia Laura, empezó el diálogo dirijiéndose á don Desiderio:

—Habiendo pasado tanto tiempo sin ver á usted, me causó verdadera alegría al ser su nombre anunciado.

—Mucho agradezco, señora, su alegría; y á la vez, pido á usted disculpa si encuentra en esta presentación algo que pueda calificarse de atrevimiento.

—De ninguna manera.—Contestó misia Laura.

—¿¡Cómo!?... de ninguna manera me disculpa usted.—Interrogó don Desiderio asombrado por no haber entendido bien.

—No tal. He querido decir tan sólo que, de ninguna manera es atrevimiento. Usted sabe muy bien que lo estimo en mucho.—Replicó misia Laura sonriente.

—Gracias, señora.

Después de una ligera pausa:

—¿A qué se debe su ausencia dejando transcurrir tanto tiempo sin asomarse por aquí?

—A mi voluntario retiro de las visitas y festines, congregándome á la tranquilidad del silencio.

—Mi amigo don Desiderio, al divorciarse de la vida bulliciosa, debe adolecer de misantropía.—Observó Clotaldo

—Sí, pero misantropía forzosa; pues mis actuales condiciones pecuniarias, no me permiten figurar en sociedad como en pasado tiempo; puesto que habiéndose evaporado mi fortuna, hoy soy considerado al limón esprimido que se arroja por no tener abundante zumo!--Exclamó don Desiderio sofrenando la ira al recordar pretérito tiempo.

—Son simples apreciaciones suyas; pues, por más que la sociedad mire á sus individuos á través del cristal rosado, existen, no obstante, las sinceras amistades que no se truecan porque son tan fuertes como el vigoroso acero.—Objetó misia Laura dando valor á su palabra.

—Esas sinceras amistades ¿donde se encuentran si sabemos muy bien qué á cada paso las hallaremos encubiertas con la túnica judáica?—Repuso don Desiderio.

—Usted no podrá dudar que los testimonios de aprecio que le dispensamos en casa, son inherentes á la verdadera amistad.

—No lo dudo; y fuera de aquí, difícil me será encontrar una leal persona á quien depositar mi confianza y con quien pueda pasar alegremente mis cortos años de vida.

—De mí, don Desiderio, puede tenerme por

su sincero y leal amigo.—Observó Clotaldo.

—Gracias.

—Juzgo conveniente que siendo usted aun soltero, tratara de asegurar su cercana senectud. — Repuso misia Laura que sentía interés por él; pero don Desiderio, no gustaba de ella.

—Las acerbas decepciones, han logrado hacer surgir en mi cabellera algunas hebras de nieve que han extinguido, en parte, el fuego que en otro tiempo ardía en el costado izquierdo del cuerpo.—Exclamó don Desiderio.

—Sus años, no son muchos; pues ellos, no pasan de cuarenta.— Observó misia Laura.

—Cuarenta y cuatro tengo ya, y es inútil pedir que arda otra vez el fuego dando vida al amor.

—Con un esfuerzo y atizando leña, puepuede otra vez arder la hoguera.—Murmuró Clotaldo.

Estando prontos las niñas, presentáronse en la sala. Los visitantes, pusiéronse de pie adelantando un paso, don Desiderio, dando la mano exclamó:

—Señoritas, mucho celebro en saludarlas, y á la vez, tengo el agrado de presentarles un amigo.

Hecha la presentación, tomaron asiento;

y como se miraban guardando mutismo, don Desiderio interrumpió el silencio:

—Estamos muy callados.

Sonó el timbre eléctrico.

—Es verdad; y cuando falta confianza, parece que faltara luz al cerebro, debilitando la voz.—Objetó Clotaldo, que no separaba su mirada de las ardientes pupilas de Zulema.

Entrando la mucama y dirijiéndose á la señora, dijo á ésta:

—Está misia Casimira Ingenios con sus dos hijas.

—Hazlas pasar al salón de recibo y diles que al instante estaré con ellas.—Contestó misia Laura, y la mucama se retiró.

—Señora, ¿hoy es día de recepción?. Interrogó don Desiderio.

—No recuerda usted que en esta su casa, son los miércoles los destinados á ese fin?

—Como tiempo ha que no asisto á ellos, no tenía presente el día.

—La culpa es suya. Usted sabe bien que las puertas de esta su casa, siempre están abiertas para usted.

—Muchas gracias, señora.... Hoy tendré el placer de recordar gratas delicias, asociándome á la tertulia.

—Su amigo, don Clotaldo, queda también invitado.

—Agradezco, señora, la atención dispensada.

Volvió á sonar el timbre.

—No tiene usted porque agradecer.—Respondió misia Laura.

Entró la sirvienta, y dijo:

—Las señoritas de Cornabides.

—Díles que pasen y me esperen en el salón de recepciones.—Contestó la señora y retiróse la sirvienta.

—No sé porque le tienes tanto aprecio á las de Cornabides; si yo fuera dueña de casa, no las admitiría.—Objetó Lila.

—¿Te han hecho algún mal?—Preguntó la madre.

—No; pero son tan habladoras, que cuando no tienen noticias de que contar, inventan intrigas para denigrar al prójimo.—Repuso Lila.

—Nada tiene de extraño; en sociedad, es moneda corriente. — Observó don Desiderio.

—Es indiscutible; y antes de dar crédito á una versión, es menester buscar los visos de veracidad.—Murmuró Clotaldo.

—Me disculparán ustedes de que corte la plática retirándome á atender las visitas que mi presencia reclaman; y cuando ustedes gusten pasar al salón, pueden hacerlo.—Exclamó misia Laura.

—Muchas gracias, señora.—Expresaron don Desiderio y Clotaldo.

Misia Laura retiróse.

—Yo también entiendo que no hay qué creer sin saber porque se cree; pues, no es dable admitir como verdadero todo lo que se dice.—Objetó Zulema.

—Bien.... Si ustedes no tienen inconvenientes, podemos pasar al salón donde nos aguardan.—Dijo Lila.

Desentáronse; y don Desiderio después de ofrecer su brazo á Lila, y Clotaldo á Zulema, fueron al gran salón de fiestas; donde llegaron á poco tiempo, buen número de niñas y caballeros; organizándose el baile.

III

Habían seguido el contorneo de varias piezas; y como descanso, paseaban por un saloncito contiguo: Lila, con Perilces (un contertulio); Zulema, del brazo de Clotaldo; Flordeliz, (concurrente al recibo), con don Desiderio, promoviendo el siguiente diálogo:

—Tanto tiempo ha, que no danzo, que mis piernas han perdido casi su flexibilidad.—Dijo don Desiderio á su pareja.

—Si es que tanto tiempo hace, solamen-

te encontrará tropiezos en las primeras piezas.—Repuso Flordeliz.

—Soy de opinión de que, en vez de los ejercicios cómicos y fantochescos de los bailes, se introdujera como moda en las recepciones, el pasearse por el salón, mientras una orquesta ó un piano ejecutara trozos de ópera. — Observó don Desiderio.

—Me parece buena la idea. Siendo el objeto principal del baile la sociabilidad, vendría á obtenerse el mismo fin en la forma por usted indicada; y muy loable sería en las sofocante noches de estío.—Arguyó Flordeliz.

—Los acordes del piano, invitan á pasar al salón.—Dijo Pericles á su pareja.

—Vamos, contestó Lila.

Pasaron al salón las parejas con sus acompañantes; quedando solamente en el saloncito, Clotaldo y Zulema, que sentáronse en una butaca confidente.

Diógenes, después de saludar, cruza dicho saloncito para ir al salón principal; pues no se podía ir á éste, sin pasar por aquel.

Aprovechando Clotaldo la soledad en qué se hallaba con su compañera, hablóle con ternura y trémula voz:

—Por fin puedo contemplarla sola á mi

lado, aunque por breves instantes, que desearía se multiplicasen como los peces en el agua.... En estos momentos en qué el alma se asocia directamente á las manifestaciones de alegría y cultos entusiasmos, hablemos íntimamente de los sentimientos que embargan al espíritu..... Tiempo hace ya, que usted habrá podido notar en mí, la traducción fiel del amor que nace, cual los diáfanos destellos de la alborada que empieza con toda la vaguedad del naciente crepúsculo, aumentando en fuerza en la plenitud de la carrera solar. Así mi amor, nació al solo choque de sus tiernas y ardorosas miradas; y á cada encuentro de nuestras pupilas, se ha ido encendiendo en mí la llama vivificante de la pasión, que no pudiendo por más tiempo resistir en ocultarla, se la declaro á usted esperando una contestación decisiva.

—Por ahora, no puedo darle una respuesta concluyente, porque dudo de que sus palabras formulen una declaración franca, sincera, leal.—Arguyó Zulema con afable sonrisa en sus purpurinos labios.

– Zulemita ¿sospecha usted de la manifestación que acabo de hacerle, sabiendo muy bien que soy como la sombra que proyecta su cuerpo, siguéndola en la calle, en los paseos y por doquiera que usted

ande allí me encuentra?—Objetó con tristeza Clotaldo.

—Eso puede muy bien ser un pasatiempo.

—Pero un pasatiempo de amor, que al seguirla, un fin deliberando y casto me propuse, cual es el de qué en un día no lejano, pueda estrecharla en mis brazos.

—Todos los hombres, salvo raras excepciones, dicen lo mismo y después nos abandonan.

—Suplícole quiera tenerme en las raras excepciones por usted expresadas que el tiempo le probará que la inclinación que por usted siento, no son pasajeras nubes que se pierden en el espacio... Dígnese decirme si debo abrigar la esperanza de ser usted mi compañera de hogar ó si debo desistir de mi propósito.

—Me es algo costoso tener que darle una respuesta categórica en este tan delicado asunto.... Momentaneamente le diré qué el afecto que usted me inspira, es el de una simpatía que con el tiempo y según su conducta, podrá aumentarse ó disminuir.

—Veo en usted la moderación y prudencia de una niña virtuosa; y cada vez que oigo su rítmica palabra, acrece mi amor.

—Yo, por el momento, no puedo agregar nada más á mi contestación.

Clotaldo, dándose por satisfecho del co-

loquio sostenido con la bella y afable niña, saca de su hojal un ramillete que llevaba, y se lo entrega en esta poética forma:

—Como símbolo fiel de nuestra plática, entrégole á usted este *bouquet*, cual emblema del alma que á solas endulza las tristes penas del corazón que sufre. Sus flores, se mustiarán; pero en cambio en nuestros corazones, germinará la tierna semilla del cariño, refundiendo el amor nuestras almas en una sola.

Zulema, aceptando el ramillete y colocándoselo en el pecho, repuso con ternura:

—Guardado como merece será.

—Por hoy, como sello final, permítame que deposite un ósculo de amor en su nívea mano.

Zulema tiende la mano disimuladamente y Clotaldo da el beso; en ese instante, entra Darío y al sorprenderlos en el estampido del beso, exclama estupefacto llevando la mano al corazón:

—¡¡¡Ay!!!

—¿Qué tiene Darío? — Preguntó Zulema con irónica sonrisa.

—¿Se encuentra usted enfermo?—Interrogó perfidamente Clotaldo.

—Al subir la escalera, di un mal paso lastimándome el pie izquierdo. -- Repuso Darío con dolor y rengueando.

—¡¿El pie?!.... ¿Y cómo tiene usted la mano en el corazón?—Objetó Zulema.

—Sencillamente, el dolor subió á la parte más delicada del costado izquierdo... Y si me permiten ustedes, me sentaré un momento hasta que amengüe el dolor.—Contestó Darío deseoso de dar descanso á las punzantes palpitaciones de su corazón herido por la escena presenciada.

—No hay inconveniente en ello.—Observó Zulema.

— Gracias, señorita. — Murmuró Darío, sentándose algo distante.

Clotaldo y Zulema, desentáronse; y ésta dirijiendo á Darío su encantadora palabra, díjole:

— Su amigo Diógenes, se halla en el salón; si usted quiere, puedo comunicarle de que usted se encuentra aquí con un pie ligeramente lesionado.

—Bueno señorita, ya que usted se ofrece tan afablemente, se lo agradeceré.

Zulema y Clotaldo, entraron al salón.

IV

Darío paseándose aflijido, exclamó, llevando la mano á la frente y luego al corazón, como para contener los violentos latidos:

—No es el pie el lesionado, no; es el amor propio el que sufre el rudo golpe del ultraje!....¡Yo, qué tanto la quiero; yo qué tanto la amo, cual aman las tórtolas á sus nidos, como el ruiseñor á las praderas, como la naturaleza á la aurora al despertar; y siendo tan grande mi amor, no soy correspondido!!!....—Y alzando la vista al cielo, dejó salir de sus labios, estos sensibles gemidos entrecortados:—¡Omnipotente y soberano Señor, Vos que conocéis de las criaturas sus intenciones, decidle Señor, que son honestos mis propósitos!....¡No desoigáis mi plegaria!.... ¡Mi Dios, si sóis tan clemente ¿porqué castigáis con tormento tanto á los qué de Vos esperan piedad con santa unción y credo ferviente?!....¿Porqué hacéis latir un corazón sin darle la debida correspondencia?....¡Oh Señor, mi cabeza delira, cruzando por mi dolorido cerebro enjambre de negruzcas ideas como procesión de espectros!....¡Oh, Gran Legislador del Universo, dad á los hombres un sexto sentido para poder conocer los misteriosos secretos que habitan en los repliegues del insondable corazón de la mujer!¡ —Y dejóse caer sobre una butaca, llevando ambas manos á su febricente cabeza.

Diógenes, yendo al encuentro de Darío, le pregunta:

—¿Qué tienes, qué te sucede?

—¡Oh....Diógenes...la herida...es mortal!!....¡Sorprendí á Clotaldo....dando un beso....en la mano de Zulema!....—Repuso visiblemente emocionado.

—Pues ahora, te habrás persuadido de que Zulema no te quiere; y aunque te sea doloroso, es menester qué te resignes á desistir por completo en cortejarla.

—¡No!..—Exclamó Darío con énfasis, y agregó:—¡Mi determinación en quererla, será inquebrantable estando siempre en mi poder la decisión, y nada en el mundo podrá vedarme á querer lo que amo!... ¡Esta voluntad no la pierdo un solo instante, y si la perdiese, dejaría de existir al mismo tiempo!... ¡impotente quiero luchar!

—Con resultado ó sin él, implica energía; pero en el caso actual, tu voluntaria persistencia será infructuosa.

—¿Porqué?

—Porque no dudo que Zulema festejará sus nupcias con Clotaldo.

—¡¡Eso nunca!!... ¡¡Yo lo impediré!!—Exclamó colérico Darío.

—¿Y cómo?

—¡Dándole muerte!

—A los seres escojidos, se les juzga ante los cruentos dolores!—Repuso Diógenes con energía.

—¡Bonita doctrina para los qué no sufren!—Replicó Darío lleno de ira.

Diógenes quedó pensativo, y Darío paseábase nervioso por el saloncito, y luego de un ligero mutismo, agregó éste levantando el tono:

—Aunque me vuelva odioso ante los ojos de la mujer amada, necesito hacer desaparecer la sombra que obscurece mi destino, matando ó batiéndome con quien hasta hace poco fué mi amigo Clotaldo, á quien ingenuamente elogié las excepcionales cualidades de Zulema; lo qué sin duda, despertó sus deseos y convirtióse en poderoso rival!

—¿Y qué nos probaría tu duelo?... ¿Probaría talvez que eres un aplaudido personaje teatral?—Objetó Diógenes con sarcástico acento.

—Lo que manifiesta el duelo, es qué se tiene honor, y que hay que lavar con sangre la nota denigrante ó la ofensa recibida!

—Esto no es ofensa, y si lo fuera, ¿qué honor puede dictar una decisión semejante?

—El bienestar vituperado de uno mismo con igualdad de armas!

—El duelo es una barbarie de rómanos tiempos... Tu situación como ofendido, es

sin duda excusable, pero el duelo es algo que no tiene justificación en matar ó hacerse matar!

—¡Eres un filósofo sin amor, y si estuvieras enamorado, quisiera ver tus teorías en mano de la pasión!

—¡Talvez, entonces, fuera yo tan cretino como otros!... Y dime, ¿tus creencias religiosas, donde las dejas?—Arguyó Diógenes.

—¡Ante el dolor, las creencias se pierden como las aguas en el mar!... Dar á un hombre ultrajado el consejo de aceptar impunemente el oprobio, es hacerle poco mérito!.,. El precepto del honor me obliga á no sobrellevar el vituperio recibido sin una justa reparación, y aunque sea asesinato, el honor lo prescribe!

—Matar para ser noble ¡bonita nobleza! Si te imputaran haber cometido un crimen, ¿matarías á un hombre ó al acusador para probar que es apócrifo el aserto?

Darío, nada contestó. Paseábase trémulo de ira, cabizbajo y con los brazos cruzados. Diógenes sacándolo de su reflexión, le interrogó con interés:

—¿Qué meditas con tanto mutismo?

—Tus teorías, hácenme cambiar de rumbo; en vez de asesinar con las exigencias del duelo, viene á mi mente un pensamiento invariable.

ladano. ¡Un suicidio, es un hurto á la so-
:iedad!

—¡Tu filosofía, será de muy sana moral; ›ero mi dolor, se torna cada vez más in-
enso! Adiós!!—Y diciendo esto, tomó el ombrero y marchóse de prisa.

Diógenes, asombrado y cruzando los bra-
os, dijo al salir Darío:

¡¡Insensato!!... ¡Me has hecho perder las ıejores piezas del baile!

Y dicho esto, se fué Diógenes al salón onde la concurrencia empezaba á des-
›edirse.

V

Transcurridos unos días y no pudiendo)arío extinguir la pena que aguijoneaba u corazón dolorido por el amor hacia Zu-
ıma y de la afrenta recibida por la des-
ɜaltad de Clotaldo, suplicó á su amigo Pe-
icles que influyera con Diógenes á fin de ue éste se dignara aceptar el padrinaje ara pedir á aquel pérfido, una satisfacción, de lo contrario, una justa reparación por ıs armas, *á muerte*.

Diógenes, que no era partidario del sa-
rificio de las vidas llevadas á esos asesi-
atos denominados «duelos de honor», no ɜ hallaba dispuesto á aceptar el cargo; pe-

—¿En qué consiste?

—Lo reservo.

—Me ocultas tu pensamiento, siendo yo el amigo que se interesa por tu suerte?

—Es verdad; eres mi único amigo, y viendo tu interés por mí, que nada valgo, te diré que no pudiendo hallar bienestar en la tierra, abandonaré el mundo!—Exclamó Dario con energía.

—¡Otro desatino!.. ¿Te crees con derecho dejar de existir?... ¿Acaso no te impuso la Providencia al darte la vida, la misión de conservarla?

—Hay circunstancias excepcionales en qué se desprecia la vida por no encontrar en ella lenitivo á las penas; y siendo el vivir un mal, puedo evitarlo dejando de existir!

—El vivir, no es un mal. Las visicitudes de la vida, son necesarias para templar el espíritu del sér humano que se torna vigoroso como las hojas de Toledo!.. No digas que en tí consiste dejar de existir, porque equivaldria á ser considerado como inútil y cobarde para sobrellevar los dolores!

—¡Yo estoy desligado de todo y mi existencia ninguna ventaja reporta á mis semejantes!

—Te equivocas; tú estás ligado á tus semejantes por deberes de hombre y de ciu-

dadano. ¡Un suicidio, es un hurto á la sociedad!

—¡Tu filosofía, será de muy sana moral; pero mi dolor, se torna cada vez más intenso! Adiós!!—Y diciendo esto, tomó el sombrero y marchóse de prisa.

Diógenes, asombrado y cruzando los brazos, dijo al salir Darío:

¡¡Insensato!!... ¡Me has hecho perder las mejores piezas del baile!

Y dicho esto, se fué Diógenes al salón donde la concurrencia empezaba á despedirse.

V

Transcurridos unos días y no pudiendo Darío extinguir la pena que aguijoneaba su corazón dolorido por el amor hacia Zulema y de la afrenta recibida por la deslealtad de Clotaldo, suplicó á su amigo Pericles que influyera con Diógenes á fin de que éste se dignara aceptar el padrinaje para pedir á aquel pérfido, una satisfacción, ó de lo contrario, una justa reparación por las armas, *á muerte.*

Diógenes, que no era partidario del sacrificio de las vidas llevadas á esos asesinatos denominados «duelos de honor», no se hallaba dispuesto á aceptar el cargo; pe-

ro como insistiera Pericles, y con objeto de servir al estimable Darío, dijo que únicamente aceptaría á condición de qué el duelo fuera «á primera sangre», si Clotaldo se negara á dar la satisfacción.

Aunque Darío no se conformaba con la condición de «á primera sangre», después de una deliberada discusión, resignóse á aceptar viendo que Diógenes no entraba por la exigencia de «á muerte».

Diógenes y Pericles, investidos de los amplios poderes otorgados por Darío, apersonáronse á Clotaldo á solicitar la satisfacción, quien amando también ardientemente á Zulema, negóse á darla y aceptó el duelo.

Al efecto, señalóse día, hora y lugar. En el plazo y paraje fijado, reuniénronse los combatientes, los respectivos padrinos y médicos. Era una tarde de otoño: el lívido sol acariciaba la decrépita cabellera que tienen los árboles en esa estación pálida; y en un bosque del Prado, hallábanse los duelistas frente á frente como para destruirse el uno al otro, y á prudencial distancia, los padrinos. Dada por éstos la señal, comenzó la lucha: las dos espadas se cruzaron; luego chisporretearon, brillando al sol, dando el matiz de flamígero acero.

Los dos, manejaban el arma con vigor y

destreza. Después de cinco minutos de combate, impaciente Darío, que no perdía su golpe de vista, atacó con arrebato temible, y Clotaldo que no dejábase intimidar por la furia de su adversario, empezó á atacarle á su vez, multiplicando los golpes con energía, rapidez y habilidad, hasta que la espada de éste, tocóle en la oreja izquierda de aquel, cortándosela y haciéndole un rasguño en la mejilla de dicho costado. Darío quería continuar la lucha; pero los representantes, dieron por terminado el duelo, pues era «á primera sangre». El médico, hízole la primera cura vendándole la herida; y después de levantada el acta, vino la reconciliación de fórmula, y marcharon juntos; tomando luego los padrinos á su respectivo ahijado, acompañándolo hasta su propia casa.

El honor quedaba salvo; pero Darío quedóse con una oreja menos en su cara, y en el corazón con el tormento abasallador de antes. En cuanto á Clotaldo, salió ganando; pues el amor de Zulema, se acrecentó hacia él.

Publicada el acta del duelo, circularon infinidad de comentarios en pro y contra de los duelistas.

Como todas las personas de valer intelectual tienen envidiosos, convertidos en

rastreros y cobardes enemigos, resultó que algunos de ellos lamentaban de què el literato Darío no hubiese quedado tendido con el corazón traspasado por la cortante espada; y otros, le censuraban sin conciencia, sin piedad, ridiculizándolo y tratándole á escondidas—cual reptil que oculto lanza su ponzoñoso veneno—de vanidoso, idiota, loco y todo lo peor de los apóstrofes; pero ninguno de ellos era capaz de decírselo á su rostro, porque eran viles enemigos.

Darío, fué muy visitado en su casa por sinceras amistades, qué se le brindaban desinteresadamente en todo lo que pudieran serle útil. El agradeció efusivamente esos rasgos nobles que ligan á la verdadera y franca amistad. Llegado el momento, utilizó algunos de los desprendimientos ofrecidos con generosidad expontánea.

SEGUNDA PARTE

I

Una tarde, hallábase Zulema en el gabinete de costura, bordando un almohadón, frente á una ventana que dejaba ver un espléndido paisaje del jardín de la casa; y

levantando ella su vista, la dirije hacia el verjel florido, murmurando con suave acento:

—Hermosa tarde de sol dorado, cual las doradas ilusiones de candorosa juventud!... ¡Cuántas rosadas esperanzas abrigan los pliegues del purpúreo manto inconsútil que el astro Febo tiende á la naturaleza!.. ¡Quién pudiera descifrar los indescriptibles caracteres con qué nos habla un Sér lejano, Omnipotente Señor!.... ¡Céfiro suave y perfumado que penetra entre el ramaje de la pradera, columpiando á los altos y flexibles álamos, donde descansan las avecillas!.. ¡Cascada de tiernos murmurios que entercen el alma virginal, recibid mi humilde saludo!

Guardó una breve pausa bajando la vista y continuando el bordado; luego agregó:

—Pocos dias ha, que mis oidos recogieron los melodiosos acentos de la manifestación amorosa de Clotaldo; cuyas palabras de sincero entusiasmo, filtraron por los tenues tejidos de filigrana al corazón... ¡Pronto saldré de esta protectora casa, nido de mis infantiles horas!... Y sólo Dios podrá recompensar á mi madrina, la grandiosa deuda hospitalaria!

Quedó un momento pensativa y después, exclamó:

—¡Soy feliz, no puedo quejarme de mi suerte!... Tengo un novio á quien adoro, que ocupa todo su pensamiento en mí; y en breve formaremos un hogar de dulces arrullos, ¡ideal sublime á qué aspira toda joven, sueño fantástico qué se posesiona de la mente juvenil!

Siguió bordando durante algunos minutos guardando mutis, hasta que entró Lila interrumpiendo el silencio y sentándose cerca de ella, dijo:

—Qué laboriosa estás.

—En algo hay que pasar útilmente el tiempo.... ¿Te agrada este bordado?—Interrogó Zulema sonriente.

—Me gusta el bordado, pero no tengo paciencia en aprender. Tú sabes que puedo prescindir muy bien de ello, habiendo tantas bordadoras que con ese trabajo se ganan la subsistencia.—Replicó Lila.

—Está bien que las pudientes ayuden á las pobres artesanas; pero no está demás el saberlo hacer, y ¡con cuánto agrado recibirá un novio un bordadito hecho por las manos de su futura mitad!—Exclamó Zulema.

—Yo no tengo novio; y por ahora, ni siquiera tengo esperanza de tener.... Dichosa tú que tienes á pares.—Expresóse Lila indiferente.

—Es verdad, pero al que más distingo, es á Clotaldo. Darío, es un joven de arrogante presencia y de simpática conversación, muy recomendable para tí.

—La verdad es qué si tuviera que elejir me quedaría con Darío, porque sé muy bien que reune cualidades superiores á Clotaldo.

—¿Cuáles son esas cualidades?

—Tú sabes que Darío es íntimo de los de casa, y como he tenido ocasiones de conversar con èl, he llegado á conocer sus nobles y elevados pensamientos. Sè qué aunque no tiene fortuna pecuniaria, tiene en cambio talento, es trabajador y el porvenir le reserva una aureola de risueño bienestar.

—Y de Clotaldo te diré que, siendo un rico comerciante, espero pasar una gran vida de placeres y holgura... Fíjate la preciosa pulsera de oro y pedrerías con que me obsequió.—Dijo Zulema mostrando el brazo derecho donde tenía el brazalete.

En eso entró misia Laura y dirijiéndose á Lila, le dijo:

—¿Piensas ponerte la bata mañana?

—Como no, mamita.

—Pues ¡linda quedarás con una bata hecha al revés! ¡No sé en qué demonios estarías pensando, cabeza de chingolo!...—

Ven á descoserla y á volverla á coser.—Repuso la madre.

—Talvez sea *art nouveau*.—Objetó Zulema acompañando una sonrisa.

Misia Laura retiróse. Lila la seguía á corta distancia y dirijiéndose á Zulema, dijo:

—Será infructuoso el empeño de hacerme aprender á la fuerza.

Zulema quedóse sola y bordando, exclamó:

—¡Pobre Lila! Siendo tan poco aplicada al trabajo, ignoro como podrá llegar á ser una mujer útil en el hogar doméstico... Ella cree que teniendo dinero, no es necesario saber trabajar en labores femeniles, y está en un error! Con esto, no quiero decir que la mujer se reduzca á ser una esclava, no; sino que, mal puede mandar ó enseñar la qué no sabe, reduciéndose su persona á un objeto de lujo de fatales consecuencias.—Quedó un momento pensativa y después agregó:—¿Qué horas serán? —Dirijió la vista á la ventana.—No sé... No ha de tardar Clotaldo; para él están abiertas las puertas con asentimiento de madrina.—Y mirando el bordado:—¡Con cuánto placer Clotaldo Gómez reclinará su cabecita que tanto adoro, en este almohadón cuando nos unamos en indisolubles

lazos!—Quedó reflexiva.—Y al salir de paseo los dos juntitos, dirán: ahi vá el matrimonio Gómez... A mi me llamarán Zulema Gómez de Gómez ¡qué casualidad tener los dos el mismo apellido!... Mi amigo y ex-pretendiente Darío, qué destino tendrá habiéndome jurado amarme hasta morir y batiéndose como lo ha hecho por mi causa?... El me perseguirá, será mi sombra, y yo ni siquiera tendré derecho á contestarle con una tierna mirada, porque todas ellas, serán exclusivamente para mi amado esposo!

Desentóse Zulema; y después de pasear cabizbaja por la habitación, se dejó caer pensativa en un diván, y con triste tono dijo:

—¡No sé qué presentimiento me augura un lance fatal....Oigo pasos.

II

Como Clotaldo hiciera ya algún tiempo que visitaba la casa, tenia libre entrada sin hacerse anunciar. Llegó junto á ella, y la saludó con cariño dándole la mano:

—¿Cómo estás Zulemita?

—Muy bien, gracias;—dijo con ironia—¿y tú?

—Bien también.—Exclamó sentándose á

poca distancia.—Traigote este par de rosetas, ¿te gustan? son para ti.

Zulema las tomó en sus manos y asombrándose del valor que representaban, exclamó:

—No merezco tanto, te las devuelvo.

—A qué viene ese desaire, Zulema?—Observó Clotaldo pensando en Darío.

—No es desaire, tú no puedes dudar de mi amor; sabes muy bien que eres mi único pensamiento.—Replicó Zulema con inefable ternura.

—Tú lo dices, así será.

—Es así, no lo dudes un solo instante; y como emblema del cariño que te profeso, no usaré estas rosetas hasta nuestra noche de bodas.

—Puedes usarlas antes, que en la noche de la ceremonia nupcial, lucirás otras de más portentosos destellos.

—Gracias. ¡De cada vez más te quiero! —Exclamó ella guardando las rosetas.

—Y en mí, de cada vez, arde más la llama del amor trocada en vehemencia de pasión despertando celos.

—¿Qué dices, tienes celos de mí?!

—Sí, y el que bien ama y no tenga celos, es mentira ó no siente amor!......Yo tengo celos de tus pensamientos, de tus sonrisas, de tus paseos, de tus conversa-

ciones con algún hombre, de tus alegrías y es tanto lo qué te quiero, que no puedo amarte sin celar!

—Yo también mucho te amo, y si no empleo la palabra celos, es porque para mí tiene un significado diverso.

—¿Qué significado es ese?

— Entiendo por celos lo que consume soñando deslealtades.

—Yo he querido expresar solamente el amor propio que tengo por tí, no permitiendo que otro participe ni siquiera de una pálida mirada tuya.—Arguyó Clotaldo presentándosele en su mente la imagen de de Darío.

—Eso demuestra la fuerte pasión que tú tienes, igualándose á la mía; y queriéndonos tanto, seremos muy felices ¿no es cierto?

—Así lo concibo....Los dos formaremos una sola voluntad; lo que tú digas, se hará; y á lo qué yo ordene, no se pondrá trabas; predominando el principio de autoridad conyugal.

—Tengo una curiosidad que deseo qué tú me complazcas.

—Habla y serás condescendida.

—Misia Laura, contóme que tú te criaste en Nueva York, sin padre ni madre ¿es verdad?

—Sí, te narraré mi historia. Nací en esta hermosa ciudad de Montevideo, sin conocer á mi madre; á los cinco años de edad, dejó de existir el autor de mis días, y al poco tiempo del fallecimiento de mi padre, que Dios lo tenga en la Gloria, tuvo mi tío necesidad de hacer un viaje á Norte América llevándome consigo, y la fatalidad hizo naufragar el navío, salvándose muy pocos pasajeros. Mi buen tío, pereció en las encrespadas olas; yo me salvé milagrosamente, no recuerdo en qué forma; sólo sé que don Adan Herbin de Nueva York y su señora Hilda, fueron quienes me criaron dispensándome su caritativa protección. El señor Herbin, contóme que él fué muy amigo de mi tío en vida.

Zulema oía con sumo interés la historieta, y algo emocionada, interrogó con curiosidad:

—¿Y al señor Herbin, no le has oído algo que te indicara quiénes fueron tus padres?

—Sí, según él, también conoció á ellos; llevando mi finado padre el nombre de Aníbal, y mi malograda madre el de Zelmira;—dirije atentamente la vista á Zulema y levántase como si fuera movido por una misteriosa revalación: ella se conmueve, y él agrega balbuceando—y también....

también.... contóme que cree qué sin saber el nombre tuve una herma....

Zulema, no pudiendo reprimir su conmoción y no dejándole terminar, levántase maquinalmente dándole un fuerte abrazo mezclado de alegría, tristeza y espanto, clamando:

—¡¡¡Eres mi hermano!!!!—y cayó desmayada sobre el diván.

Clotaldo asombrado observó:

—¿Qué.... qué.... qué.... es lo qué dices,—Zulema?.... ¿Qué.... que.... soy tu hermano? y cayó sobre una butaca tembloroso de dolor por la inesperada nueva; su rostro, palideció; su corazón aceleraba con latidos punzantes como desgarrándolo; y después de una ligera pausa, llevando una mano á la frente, prosiguió con acento trémulo y á la vez quejumbroso:

—¡Horror!.... Yo que tanto la quería.... ya no puedo quererla en igual sentido ¡fatalidad!

Levantóse y paseándose con paso incierto, prosiguió:

—Adiós ilusiones fugitivas que cruzáis cual bajeles que surcan las aguas... adiós Zulema,—dióle un beso,—adiós hermana mía, adiós!!

Clotaldo tomó su sombrero y después de darle otro beso, salió taciturno, triste. Zu-

lema había quedado anonadada en el diván, y luego de un pequeño mutismo y volviendo en sí, desentóse: sus rodillas flaqueaban; su paso, era inseguro; su tez que tornóse amarillenta, revelaba la pena que, apoderándose de ella, empezaba á germinar en su delicada alma de niña. Caminando y apoyándose en los respaldares de las butacas, exclamó con hondo dolor y ojos sollozantes:

—¡Oh, maldita saeta dorada con punta diamantina que al cruzar el espacio buscando un blanco donde hundir tu acerado filo, diste en mi pecho!... Los isócronos impulsos de mi corazón apenado, parece que quisieran hacerlo saltar de mi pecho, á semejanza de las embravecidas aguas que al estrellarse contra la roca, parece que quisieran hacer saltar al peñasco!... ¡Oh, angustiado corazón, atenuad tus latidos, no me atormentéis tanto!... ¡Admirada naturaleza ¿por qué siendo tan encantada, contienes tantas atribulaciones y misterios?!

Zulema dejóse caer sobre un asiento y quedó pensativa.

III

Lila entra y dirijiéndose á la huérfanita, le dice:

—¿Quieres darme un poco de seda negra?

—¡Negra es mi consternación!—Repuso Zulema sollozando.

—¿Qué te sucede, Zulemita?—Dijo Lila sentándose cerca de ella.

—¡Ya no puede ser mi esposo quién tanto amor tuvo por mi y á quién tanto idolatré!

—Si no te expresas en otros términos, no entiendo lo que te pasa.

—¡No puedo casarme con Clotaldo!

—¿Por qué?... ¿Él no te quiere ya?

—No tal.

—Pues, entonces, no comprendo que enredo es este!

—Resulta què...—repuso Zulema con dificultad y sollozando—qué... él... es... es... mi hermano!

—¡¿Eh?! qué es lo qué dices?—Observó Lila asombrada.

—¡Lo qué oyes!

—¿Y cómo lo sabes?

—¡Al contarme su origen... descubrí... que... sus padres... fueron los míos!

—No hay que aflijirse por eso; todo lo contrario, debes regocijarte por conocer á tu hermano ignorado, y á la vez, por estar él cerca de tí.

—Sí, pero mi dolor... es mucho mayor

que... la alegría... Yo que había ideado para con él... un paraíso de interminables dichas.... todo ahora desaparece cual fugitivo relámpago de centelleante lumbre.—Replicó Zulema sollozando siempre.

—Mira, aún te queda un buen recurso. Darío, que sigue frenéticamente enamorado de tí, puede aliviar tus congojas; y Clotaldo que ahora resulta ser tu hermano, puede muy bien ser padrino de bodas.

—¡Imposible!

—¿Por qué?

—Porque á Darío no puedo quererle como á Clotaldo; y á más, le hice un fuerte desaire, encantándome de quien no podía ser mi esposo.—Dijo con su voz trémula.

—Habiendo amor, eso se olvida.

—Y ¿cómo sacar del corazón el nombre de Clotaldo—dijo con tono de espanto—para dar sitio al de Darío?

—Es fácil. Como Clotaldo ya no puede ser tu compañero íntimo de hogar, puedes dispensar perfectamente bien tu amor á Darío.

—¡Para tú que no amas, es fácil; pero para mí, es doloroso!

—¿Por qué?

—¡Porque no!—Dijo la hermana de Clotaldo apenada y sin dejar de sollozar.

—Tu cabeza no está bien. Existe un im-

pedimento dirimente; y por tanto, forzoso es que te resignes á olvidar á Clotaldo como novio y admitirlo queriéndolo solamente como hermano.

—Tienes razón; pero, pero, voy á contarle la infausta nueva á madrina.

—Espera, yo te acompaño.

Dicho esto, se fué la huérfana con paso corto y las manos en sus sienes. Lila siguió con ella.

IV

Estando ya cicatrizada la herida que Darío recibiera de la espada de Clotaldo en el campo llamado de honor, aceptó la invitación de salir á tomar el aire á solicitud de su buen amigo Diógenes, que había ido á verlo como lo hacía consuetudinariamente sin dejar un solo día de visitarlo. (Téngase presente que Diógenes aún ignoraba que Clotaldo fuese hermano de Zulema).

Al efecto, salieron juntos con dirección á la morada de la señora Huerta del Castaño, sosteniendo el siguiente diálogo:

—Tu salud exije el abandono de esa idea avasalladora que tritura tu sensible alma.— Dijo el filósofo.

—¡No puedo! ¡Estoy dispuesto á todo!—Replicó el literato.

—Deja que se disipen los negruzcos nubarrones que obscurecen tu tranquilidad. Ya vendrá la calma bienechora á regocijar tu atribulado espíritu.

—¡En imposible se trueca mi esperanza de bienestar!.... ¡Veo por doquiera sombras de profundo duelo!—Exclamó Darío dando energía á sus palabras.

—No te preocupes más, y deja que el hado cumpla tu destino, que él te dará á Zulema si para tí nació.—Objetó Diógenes tratando de consolar á su amigo.

—Dadas las pruebas de sinceridad y estima de que tú á cada paso me brindas, quiero pedirte un importantísimo favor.

—Tú dirás en qué consiste.

—En lo siguiente: como tú eres hijo de misia Laura, y por tanto, tienes íntima confianza con Zulema que en tu casa habita, podrías buscar un medio habilidoso para estudiarla, y ver en ese estudio, si en su corazón existe algún átomo de amor hacia mí.

—¡Jamás! Prefiero resolver el problema de Newton que, sin poseer suficiente el estudio del álgebra, llegaría á la solución buscada; y si busco los sentimientos francos en el corazón femenino, perderé infruc-

tuosamente el tiempo sin llegar á conocerlos!

Al decir esto, como llegaran á la mansión de misia Laura, madre de Diógenes, entraron y sentáronse. El literato contestando al filósofo exclamó:

—¡Desde ya te juro qué, si la huerfanita no es mía, el sepulcro lo será!

—Es increible que habiendo tantas mujeres, tu cerebro abrigue ideas lúgubres provocadas por el cariño imposible hacia una niña.

-¡Mujeres hay muchas; pero amor como el mío hácia Zulema, no hay más que uno!

Oyerónse pasos; abrióse una puerta y Lila entró; y como viera á Darío, fué á su encuentro saludándolo con su habitual ingenuidad:

—Caballero Darío, mucho celebro en saludarle.

—Señorita Lila, grato placer me causa su presencia.—Contestó el literato disimulando el dolor que le aguijoneaba.

—Honda impresión causóme el saber la pérdida de su oreja, inútilmente cortada.

—Agradezco, Lila, sus nobles sentimientos expresados con toda la pureza de su alma candorosa.

Y dirijiéndose á Diógenes, le dice:

—Mamá quiere hablarte; tiene una noticia de sensación.

—Bien, voy al instante.—Y dirijiéndose á Darío, murmura:—Quedas en tu casa.—Y se fué Diógenes.

V

Lila acercándose á Darío, le dijo:

—Una noticia tengo para usted. Tomemos asiento.—Sentáronse.

—Usted dirá.—Repuso Darío.

—Quiere usted mucho á Zulema ¿no es verdad?—Interrogó con soltura.

—Sí, pero no entiendo á qué viene esa pregunta.—Contestó el literato asombrado.

—Pues bien. Ya no hay inconveniente en que Zulema le dé á usted la mano.

—La mano, bastantes veces me la ha dado; pues ella nunca se ha rehusado á dármela.—Exclamó aparentando candidez.

—No es eso. Quiero decir que si ustedes se quieren, podrán unirse en matrimonio.

—¡¿Eh?! ¿Qué enigma es este?—Repuso sobresaltado.

—Sencillamente que, Clotaldo es hermano de Zulema.

—Ó usted es visionaria ó mis oidos oyen quimeras.

—No son visiones ni quimeras. Clotaldo

Gómez y Zulema Gómez, son hermanos, como suena.

—¿Cual es la prueba en qué descansa su aseveración?

—Zulema, que díjome que al contarle Clotaldo su existencia en el mundo, descubrió ella que era hermano.

—¿Y cómo antes de ahora no se dilucidó el secreto?—Interrogó dudando.

—Nunca hubo motivo de sospecha.

—¡Increible es lo que oigo!

—Créame, Darío, que no tengo porque engañarle y deséole mucha felicidad.

Lila estimaba á Darío é interesábase por su suerte. El literato, empezando á dar fe á lo que oía, alzó la mano al cielo y con transportes de alegría, exclamó:

—¡Oh, estela luminosa que dáis luz á mi obscurecido cerebro, bien venida séais!

—¿Queda usted ahora persuadido de mi aserto?

—Si; pero, deseo hablar con su señora mamá de usted á este respecto.

—Voy á anunciarlo.

Lila dejó el asiento y dirijiéndose á la puerta, tropieza con la madre que entraba á la sala y le dice:

—Darío desea hablarte. Yo me retiro.

Luego de esto, Lila se ausentó, quedando misia Laura y Darío que levántase para ir

al encuentro de la mamá de Lila y dándole la mano, salúdala:

—¿Como está usted, apreciable señora?

—Muy bien gracias, ¿y usted?

—Sin novedad.

—¿Le han enterado de lo qué ocurre?

—¿Se refiere usted á Zulema y Clotaldo?

--Es verdad. Para nosotras fué una profunda impresión.

—Para mi una sorpresa halagüeña.

—Halagüeña por abrigar esperanzas, ¿no es cierto?

—No hay por qué ocultar. Usted sabe muy bien que siempre he buscado el amor de ella, como busca el árabe una fuente en los rigores del mediodía... Ahora, me atrevo pedir á usted su consentimiento para constituir con ella un hogar, dado el caso de que Zulema me quiera.

—Todo está en ella, y siendo yo su madrina y tutora que debo velar por sus intereses, no me opongo, tratándose de un joven de bellas cualidades como usted.

—Mucho agradezco, señora, la consideración que usted benévola me brinda.

—Es usted merecedor de ella, y me ofrezco espontáneamente para tener el honor de ser su madrina de bodas.

—Con mil placeres, señora, acepto la honrosa é inmerecida deferencia de que usted

tan afable me dispensa.—Repuso el literato con transportes de júbilo.

—De mi parte, lo recomendaré en dicho sentido.

—Reitero mi gratitud, estimable señora.

—Ahora conversaremos con ella.

Misia Laura tocó el timbre, y entrando una mucama, dió orden para que llamara á Zulema.

—¿Va usted á hablarle en mi presencia sobre este delicado asunto?—Interrogó Darío con interés.

—Nada de extraño tiene que le haga yo una ligera insinuación.

Su ahijada entra sollozando, y queriendo disimular su aflicción, trata de dar serenidad á su voz. Ella sufría horriblemente; pues la antorcha del amor, fué encendida en su corazón, y esa misma antorcha, ardía quemando y consumiendo su alma apasionada de un imposible. Dirijiéndose á misia Laura, le interrogó:

—¿Qué hay madrina?

—Supongo que tendrás suficiente valor para sobrellevar el rudo golpe que acabas de recibir.

—Es verdad, madrina. Ya estoy olvidando por completo todo lo ocurrido.—Contestó la huerfanita con ironía.

—Y para olvidarlo mejor, aquí tienes

una buena oportunidad, y es Darío, á quien te recomiendo; el cual aún no ha dejado de quererte, y para que procedas en completa libertad, yo me retiro.—Dijo la señora Huerta del Castaño, interesándose por él.

—¿Pero, madrina?

—Tengo plena confianza.

Esto dicho, retiróse misia Laura.

VI

Quedaron Zulema y Darío, guardando una pequeña pausa; y como estuvieran parados, el apuesto joven con dejo tierno, indicó asiento:

—Zulemita, suplicóle á usted se digne sentarse, y á la vez, quiera hacerme depositario de sus penas.—Sentáronse.

—Mis sollozos, lo producen la alegría de haber conocido á mi hermano, y el dolor por el recuerdo de la pérdida de mis queridos y malogrados padres.

—Está bien que una buena hija recuerde á los autores de sus días y que levante ferviente plegaria al cielo por el eterno descanso de ellos; pero después de tanto tiempo, no es dable que á cada instante se viertan lágrimas.

—No puedo ocultar mi dolor.

—Veo que usted sufre, y conozco la causa.... Con todo, yo reitero á usted mi amor de siempre.

—Es usted un noble caballero; y yo, una indigna mujer.

—No es para tanto, Zulemita.

—Usted ya no me puede querer como antes.

—Todo lo contrario. Ahora más que nunca la idolatro; lejos de atenuarse mi amor, ha ido acrecentándose de cada vez más, convirtiéndose en volcán de lava ardiente por mis arterias, cuyo fuego es difícil extinguir.

—Son simples palabras de hombre.—Objetó Zulema no creyendo en la sinceridad.

—Zulemita, convénzase de qué no son simples palabras las que empleo para describir mi amor, que como el sol naciendo magestuoso, toca el vértice de los cielos.

—No puedo comprender como usted ha llegado á quererme tanto, siendo yo un pálido lirio sin perfume que vive entre el césped del valle de dolor.

—No es usted un lirio sin perfumes, no; usted es un ramo de mirra que exhala el fragante aroma con la sonrisa de sus carmíneos labios, de donde sale mezclado con

su aliento, la esencia del perfume. No es usted un pálido lirio, no; puesto que sus ojos de centellante lumbre, brillan como las ninfas de los estanques de las fuentes.— El literato expresóse con ternura desesperante de amor.

Zulema que disimulaba su sollozo, turbada por la galantería de Darío, contestó inconscientemente:

—Viendo la pasión intensa que usted por mí siente, seré suya.—Dándose ella cuenta de sus palabras, arrepiéntese diciendo en su interior: ¡Oh, qué es lo que he dicho, válgame Dios!

Darío, transformado por la alegría que le produjo la promesa que acabada de oir, exclamó:

—En explosión de júbilo, mi corazón estalla al oir esa palabra para mí desconocida, que en ella hallo los rítmicos acentos de una felicidad sin límites: encuentro en esa locución, regocijos indescriptibles, transportes á un edén de encantados ensueños, é imagino ya verla á usted en un trono de nácar con base de perlas y topacios, corona de turquesas y amatistas de la Arabia!

—Concibo su apasionamiento, pero creo que su mentalidad delira.

—El que ama, está fuera de sí; su pen-

samiento no vive en un mundo material, sino que vaga en regiones ignotas!

—Al llegar á tal extremo, no es amor, es demencia.

—El amor, es un desequilibrio que origina las mayores extravagancias; y para cortar esta plática, fijemos el plazo de la celebración de nuestras bodas.

Zulema quedó un instante pensativa, y reflexionando que su madrina tenía interés en la consumación de las nupcias con Darío, por más que ella no la obligara á aceptar lo qué no quisiera, pero por no contrariar á misia Laura y sintiendo un débil destello de amor casi extinguido por el literato, respondió con cierta indiferencia:

—Yo no me pertenezco... Puede usted establecerlo todo!

—Para fines de mes, ¿le parece á usted bien?

—Disponga usted como mejor le plazca.

—¿Tiene usted personas designadas para el padrinaje?

—No.

—Misia Laura, ofrecióse espontáneamente para madrina.

—Está bien.

—De padrino me gustaría Diógenes.

—Como usted quiera.

—Gracias. Voy al Juzgado á llevar los datos á fin de que el oficial del Registro Civil, extienda la correspondiente acta de ley que debe preceder al matrimonio. Hasta luego Zulemita.

—Hasta luego.– Respondió Zulema con sequedad.

Darío tomó su sombrero y apresurando el paso, se fué al juzgado.

VII

Zulema, quedando acompañada de su sollozo y paseando con paso corto y trémulo, exclamó con profunda pena:

—¡No sé como he podido contenerme durante tan amargo quebranto de mi alma de dolor transida!... ¿Por qué el cielo me ostenta tan negros nubarrones de cruentas penalidades para inquietarme tanto, cuando yo debiera estar contenta, saltando de jadeante alegría por mi jardín, al ver que hay un sér que vela por mi felicidad y que me entrega todo su amor!... ¡Oh, Clotaldo ha impresionado mi sensible corazón, grabando tan profundas huellas, que difícil y costoso me será borrarlas; y aún cuando firme el contrato matrimonial con el recomendado de madrina, no podré ser

dichosa, porque creo que le seré infiel con el pensamiento!... ¡Atrocidad!... ¡Cuán triste es vivir sin alegrías y amando á quien no puedo amar!... ¡Cómo se deslizan las horas de ventura en la tierra y cuanto tardan en huir las de tristezas, las de amarguras que al tender sus negras alas al cielo, se posesionan del corazón atribulado!... ¡Qué tenaces son los ásperos abrojos de la senda de la vida por donde pasa el sér humano desgarrándose el alma con acerbas decepciones que se hallan con harta exuberancia!... ¡La constante lucha en el tortuoso mar de la existencia, buscando la feliz tranquilidad, no se encuentra, pues sólo se hallan fementidas quimeras de inagotables sufrimientos!... Y marchando por el recto camino del sendero mundanal con la mente henchida de halagüeñas esperanzas, trócanse pronto en tristezas, dolores, penas, sin que la aurora con sus tintes colore de risueños matices!... ¡No queda más que el amargo llanto que del corazón hace pedazos!—Y cayó desplomada sobre un asiento.

Darío, consiguió por amistad con el oficial del Registro de Estado Civil, el pronto despacho del acta antemencionada, permitiéndole llevarla para evitar á Zulema la molestia de ir á firmarla al juzgado, que

es donde tiene asiento el Registro seccional.

Zulema, volviendo en si de su letargo, exclamó:

—¡Estoy presintiendo la frialdad de la muerte!

VIII

Darío entra y dirijiéndose á la hermana de Clotaldo, le dice con ternura:

—En estos manuscritos, está ya formulada el acta preliminar á nuestro proyectado matrimonio.—Se la entregó.

Zulema, sollozando y mirando dicha acta, levántose paulatinamente, pues sus fuerzas hallábanse desgastadas, y dando un gemido de suprema angustia, alzando los brazos al cielo y dejando caer los papeles, exclamó:

—¡¡¡Ah, ah, ah, ah, ah!!!—y cayó víctima de un ataque de paroxismo; y sobreviniéndole una congestión cerebral, quedó yerta sobre la alfombra.

Conmovido el literato de la escena que presenciaba, arrodillóse cerca de ella y tomándola una mano, le dijo con tono cariñoso y emocionado:

—Zulemita ¿esta trágica situación á qué responde?

Y como nada contestara, agregó con énfasis:

—¡Habla, vuelve en sí de tu desmayo!... ¡Zulema, Zulema, despierta!—acercó el oído al corazón de ella, y levantándose con actitud aterrada, increpó:

—¡Cielos, misericordia, favor, perdón para ella, mi Dios, que la pobre ni habla ni se levanta y yace fulminada con virginal amor!... ¡Designios inexplicables de la existencia humana, arcano insondable, inutilidad de esfuerzo y trabajo; fatal destino de la mísera vida, donde no hay felicidad sino finjida dicha!... ¡Sin tí, en el orbe no puedo quedar, y habiéndote jurado amarte hasta el morir, cúmplese mi promesa y en la terrestre superficie dejo de existir hoy!

Consecuente con su palabra, el joven enamorado que llevaba consigo una preciosa daga morisca, obsequio de un amigo árabe, clavósela en su atribulado corazón. En el momento de alzar Darío la morisca daga para suicidarse, aparecía Diógenes que al ver dicha aptitud, aceleró el paso para detener la mano del suicida; pero no llegando á tiempo, quedó asombrado y cruzando sus brazos, exclamó:

—Vanos mis consejos fueron ante la pasión que enceguece llevando por delante todo lo que obstaculiza el libre peso hacia

la realización del ideal soñado! ¡Para el dolor, no hay palabra posible!... ¡Yo que preveía un lance fatal de amor, quise inculcarle á Darío las sanas doctrinas de moral y conservación de sí mismo; pero mi filosofía resultó impotente para impedir el suicidio!

Diógenes al ver tendida á Zulema en el suelo, acercóse y aplicó su oído al corazón de ella y no percibiendo latido alguno, exclamó:

—¡Fatalidad! ¡Ocultos pesares que minan sordamente la fuerza del alma, derribaron el cuerpo de ella, destruyendo la vida, á semejanza de un edificio que carcomiéndose sus cimientos, se derriba solo! El Amor á distinto sexo constituyendo una pasión avasalladora, es más fuerte que la misma vida, dando este resultado; cual enfurecidas olas que huracanadas, hacen perecer á un poderoso barco!

Dirijiéndose Diógenes á la puerta de la sala, gritó:

—¡Mamá, mamá, Lila, venid!

Misia Laura apresurando el paso:

—¿Qué hay, qué sucede?

Lila, ídem:

—¿Qué es lo qué pasa, qué ocurre?

Diógenes señalando á los caídos:

—Ved, ¡un cuadro de amor!

Misia Laura y Lila, caen de rodillas alzando devotamente las manos y vista al cielo, y prorrumpiendo en llanto, exclaman:

—¡¡¡Horror!!!

—¡¡¡Pavor!!!

1904.

FIN DE LO IMPREVISTO

TRIUNFO DE AMOR

(NOVELA CORTA)

AL MUY QUERIDO SEÑOR D. SALVADOR MATEU, EN TESTIMONIO DE APRECIO. - BUENOS AIRES.

Triunfo de Amor

PRIMERA PARTE

I

En una de esas tardes envueltas en blanco-pálida vestidura invernal, transitaba por una de las hermosas calles montevideanas, un joven de estatura regular; de rostro pálido como la palidez del día; de frente espaciosa, en la qué se vislumbra los destellos de la inteligencia; de mirada incierta, como visión de lirismo; de bigote obscuro, guarneciendo una bien formada nariz angular; cerrectamente trajeado y en la mano un paraguas; su nombre, Virgilio Mendoza.

Las escasas amarillentas hojas caducas de los árboles, agonizaban ante el impetuoso cierzo frio que columpia los cocoteros y despeina la cabellera de los eucaliptos.

En la techumbre abovedada, cruzaban nubes impregnadas de líquido que de pronto fueron rasgadas por un continuo relampagueo y después del horrísono retumbo del trueno, comenzó el chisporroteo de la lluvia, cual chasquido de látigo; y como si el agua hubiera golpeado los cristales de un determinado balcón, aparecía detrás de los vidrios, una delicada niña como un principio de cuento árabe. Su nombre, Carmen; de ojos negros como los de una gacela aprisionada que expresa en su mirar un voluptuoso deseo de amor; de color sonrosada, con la transparencia del pétalo de una rosa; de nariz mediana y ligeramente levantada en su base; de boca pequeña y redonda, como una fresa; todo esto encerrado en un rostro oval, semejante al de una belleza griega.

Las miradas se encuentran; él y ella, se saludan sonriendo; se conocen... El balcón se abre... Ella le entrega un sobre cerrado y desaparace acariciándolo con una tierna mirada como un soplo desconocido.

Virgilio, incitado por la curiosidad, abre el sobre y lee lo siguiente:

«Sr. D. Virgilio Mendoza.

«Apreciable caballero:

« En contestación á su muy grata de fe-

» cha 5 del actual, diré á usted que es ne-
» cesario cortar esta clase de comunica-
» ciones; pues la palabra escrita, nunca tie-
» ne la eficacia de ternura de la palabra ha-
» blada; así es que, estimaré á usted trate
» de buscar algún medio de hablar con mi
» mamá, á fin de qué le consienta visitar-
» me. Abrigo la esperanza de que mamá no
» se opondrá, porque mucho me quiere; y
» por tanto, asentirá en ello teniendo en
» cuenta mi amor y lo mucho que valen
» las producciones poéticas de usted.

« Esperando que usted se animará á aper-
» sonarse con tan noble fin, salúdalo con
» todo el amor y cariño de siempre, su
» atta. affma.

CARMEN ».

La lectura de esta deferente y expresiva carta, produjo en Virgilio una impresión de angustia. Sentía timidez en apersonarse á hablar con la señora mamá de Carmen, sabiendo que la posición social de ella y de él, difería mucho; pues Carmen pertenecía á una familia de ilustre abolengo; y Virgilio, á una pobre y honrada ascendencia; y sus únicos medios de vida, estaban reducidos á la generosidad de las personas á quienes les dedicara un soneto ó una oda, y de la remuneración que al-

gún director de periódico, le diera por sus inspiradas composiciones.

Virgilio vacilaba en la forma de exponer su petición á misia Marcela, mamá de la niña. Un amargo presentimiento lo extremecía, haciéndole dudar del éxito. En su cerebro presentábanse ideas en confuso torbellino, sin saber cual escojer para la realización de la solicitud de Carmen, que constituía, á su vez, su anhelado ideal. Se preguntaba así mismo, si para esta clase de asunto sumamente delicado, era preciso ser presentado ó ir solo. Después de una excitada deliberación, resolvió ir á hablar personalmente con la señora Marcela, viuda de Tremola, y se determinó hacerlo así, por no saber quien de sus amistades tuviera relación con dicha señora; y por no andar averiguando haciendo conocer su casto propósito, se fijó el día siguiente para una formal entrevista.

Llegado el día sucesivo y la hora por él señalada, sentía desfallecer sus fuerzas, un calofrío corría por su amplia frente como desvaneciendo las ideas que otrora en su cerebro ardían con esplendor y feliz inspiración; sentía punzantes latidos en el corazón y creía que la garganta se le secara en el momento de hablar con la respetable mamá de Carmen.

Transitaba con paso lento, incierto y cabizbajo en dirección á la morada de la señora vuida de Tremola, y en menos tiempo del que él creyera, se halló frente á la puerta de la antedicha casa. Detuvo el paso, y con febril mano, golpeó con el martillo-llamador: en este momento, una idea luminosa como revelación fulminea, alumbró su cerebro quitándole toda angustiosa preocupación, inspirándole coraje.

Entregó su tarjeta á la mucama que salió al llamado, la cual fué entregada, á su vez, á la señora; quien al leerla, se dijo así misma que conocía el nombre y no á la persona que lo lleva; y dirijiéndose á la mucama, dió orden de hacerlo pasar al escritorio y no á la sala por ignorar el objeto de la visita. La mucama abrió el escritorio é hizo pasar al visitante indicándole un asiento.

II

Al entrar misia Marcela, Virgilio púsose de pie adelantando unos pasos y con reverencia, dijo balbuceando:

—Señora... extrañará usted mi presencia,... por lo cual disculpa pido.

—¿Es usted Virgilio Mendoza?—Interrogó la señora tendiéndole la mano, la qué fué

estrechada suavemente por la de Virgilio.

—Un servidor...¿Y usted la señora misia Marcela de Tremola con quien tengo el honor de hablar?

—Es verdad...Tome usted asiento y empiece á decir cual es el asunto de esta visita.

Se sentaron. Virgilio tomando una aptitud adecuada y con acento solemne y algo conmovido, dijo:

—Señora...el asunto, es harto delicado... Yo hubiera podido buscar una tarjeta de presentación hacia usted; pero juzgué conveniente no molestar á mis amistades, y por tanto, me presento con mi propio nombre.

—Está bien, caballero, usted dirá cual es el asunto que aquí lo trae.

—Bien, señora....Vengo á solicitar de usted,—dijo con acento tímido—la mano de su dignísima hija Carmen.

—Y ¿para quién?—Observó ella sobresaltada.

—Para un servidor.—Exclamó envalentonándose.—Amo ardientemente á su virtuosa hija: ella me corresponde con igual afecto, latiendo nuestros corazones al unísono; y me autorizó á pedir de usted el consentimiento de poder visitar la casa.

—¿Cuáles son los medios de vida con qué usted cuenta?

Virgilio quedó pensativo un instante y con dejo de satisfacción, respondió:

—¡La poesía!

—¿Me tiene usted, caballero, por una señora previsora y sensata que vela por el bienestar de su hija?

—Si tal.

—Pues bien. Debo significarle á usted que la educación y sociedad de mi hija, no es para un poeta que sólo cuenta como recursos de subsitencia la *poesía*, que puede producir renombre, pero no medios materiales para constituir un hogar con todas las modernas exigencias sociales.—Replicó con aire de altiveza.

—Se equivoca usted,señora.—Argulló Virgilio empezando á sentir la frialdad de la negativa.—Mis composiciones poéticas, me producen muy buena remuneración.

A lo cual objetó la señora con setencioso dejo:

—Por el momento, podrán darle á usted buena recompensa mientras su numen vaya en aumento; pero más tarde, cuando llegara á eclipsarse la luz de su inspiración, entonces ya no le producirán á usted. Por tanto, me niego á consentir su visita con el fin de qué usted se propone. Y lo juzgo suficiente caballero y sensato para qué reflexionando en el derecho que

asiste á una madre, encuentre usted razonable mi negativa.

Virgilio, ofendido en lo más hondo de su orgullo y de su amor, replicó:

—De ninguna manera es razonable su proceder obcecado privando á su hija de su libre voluntad para tan noble fin! ¿Acaso el ser pobre es un delito?

—No tengo que dar tantas satisfacciones. Busque usted un porvenir satisfactorio y cuando lo tenga, vuelva.

Misia Marcela y Virgilio, pónense de pie como para despedirse:

—¡Es usted una madre sin amor de madre!—Exclamó Virgilio con enérgico acento.

—Caballero, ¿ha venido usted aquí para ofenderme?—Repuso misia Marcela disgustada.

—¡Usted fué quien ha provocado la ofensa!

—No hablemos más y retírese cuanto antes!--Replicó indignada.

Virgilio, herido en la parte más sensible del costado izquierdo, fué hasta la puerta de la sala y deteniéndose en ella, exclamó con altiva voz:

—¡Sepa usted, madre sin corazón, qué pese á quien pesare, su hija mia será!

Virgilio retiróse violento, humillado y afligido; pues la decepción no era para menos, el golpe no podía ser más cruel.

Apresuró ei paso cortando la distancia para llegar presto á su habitación y llorar sus penas.

Empezaba atardecer: el sol declinaba recogiendo su purpúreo manto para tenderlo en el viejo mundo. Legiones de nubes violáceas y blanquecinas, daban un tinte de voluptuosa poesía, formando caprichosas imágenes semejantes á ensueños bordados en una noche de orgía celeste.

Virgilio, en medio del oleaje de su dolor, daba entera libertad á su imaginación creadora, forjándose la idea de vagar asociado en ese torbellino de concepciones fantásticas, donde creía distinguir á su hermosa princesita recibiendo el cortejo de nobles doncellas esfumadas que rinden tributo á la hija del rey.

Llega á su casa y se encierra en su habitación, dejándose caer en un pobre diván desmantelado, como reliquia de un pretérito más feliz que el presente, y no teniendo á la vista el miraje poético que le ofreciera la contemplación del crepúsculo con todas las galas del idealismo, púsose á meditar á cerca del diálogo sostenido con la señora viuda de Tremola. La negativa de ella, era categórica, no encerraba ni siquiera una esperanza; no obstante,

confiaba en el amor firme y sincero de Carmen.

La noche, fué para Virgilio, de continua zozobra: noche de insomnio, de angustias, de pesadumbres y de mil preocupaciones! ¡Triste es amar cuando se trueca en hiel la dulzura del amor bien correspondido.

III

La presentación de la viuda Marcela de Tremola, ligeramente trazada, es como sigue: aspecto enérgico, propio de la soberbia encumbrada en el alto puesto social; los cincuenta y ocho inviernos que llevaba en la perigrinación mundanal, hacíanla ver las cosas ante el prisma del positivismo. Poseía un caudal envidiable, debido á la herencia de sus difuntos padres, lo qué agregado á la adquisición de bienes inmuebles dejados por su finado esposo, constituía una fortuna cuantiosa. Tal era la viuda de Tremola.

La madre de Carmen, preguntóle á ésta, cómo habia podido enamorarse de un mozo pobre; á lo cual, Carmen con aire sentencioso, objetó:

—No es pobre, pues él pertenece á la aristocracia del intelecto.

—Está bien,— respondió con enfado la madre—será un talento; pero esto de nada le vale, porque aquí, en mi patria, no se proteje al hombre inteligente si es uruguayo, salvo raras excepciones.

—Pero, mamá no diga usted eso.

—Eres aun niña. Las personas valen según la posición pecuniaria que ocupan y por eso se dice que «tanto tienes,tanto vales».

—Es una máxima sofística inventada por algún cretino de dinero, pues entiendo qué el valer de las personas, debe estimarse según su conducta moral é intelectual, que son las verdaderas é infalibles medidas del tesoro humano.

—¿De qué vale tener inteligencia ó talento, sabiendo que los grandes hombres de fecundidad genial, han perecido en la indigencia?

—Nada más natural; como no han sido hombres raquíticos ni mezquinos, han tenido almas magnánimas: inmortalizando sus nombres, dejando á la humanidad esplendorosas luces para que la ciega turba humana, pueda seguir el sendero iluminado del progreso en ciencias, artes é industrias.

—Tienes tú—dijo la madre con enérgico acento—teorías contrarias á las mías, y á pesar de tus ideas, te suplico que borres de tu mente el nombre de Virgilio.

—¡Imposible!—Exclamó Carmen con énfasis.

—¡Impongo mi autoridad de madre!

—¡No puedo complacerla en este caso, porque no me es dado dejar de querer á quién tanto amo!

—¡Eres una mentecata! — Objetó misia Marcela paseándose nerviosa.—Tú debes aceptar á Felisberto, joven que posee diez suertes de campo lindero con nuestra estancia!

—Nada me supone la posición pecuniaria que pueda tener un pretendiente mío; lo que me interesa en sumo grado, es qué me inspire amor, único tesoro para constituir un hogar dichoso! Este amor me lo inspira Virgilio, y por tanto, seré de él ó de nadie!

—¡Bien, no hablemos más de esto...Desde ya te prohibo de que te asomes al balcón ó á la puerta!

Carmen quedó sollozando y la madre se retiró á otra habitación. Esta empezó á hacer combinaciones á fin de alejar á esos dos seres nacidos el uno para el otro, y en medio de su agitación febril, no encontraba una solución clara y precisa.

Misia Marcela que siempre había ambicionado las riquezas y soñaba por el mantenimiento del esplendor y aumento del

boato de la casa de abolengo, quería á toda costa impedir el enlace de su hija con un poeta que no sabía más que hacer versos; y por tanto, según ella, la fortuna en manos de Virgilio, desaparecería como espirales nubecillas de humo que se desvanecen en el ambiente. Veía con pesar que su hija desobedeciera su mandato y aunque como madre podía no autorizar el matrimonio, no podía, sin embargo, doblegar la firme voluntad de Carmen por ser tenaz y persistente en sus ideas y propósitos. La madre conocía bien á su hija y abrigaba la persuación de que ella no contraería nupcias violando la sana moral, ni tampoco sin su aquiescencia; esto la tranquilizaba algo.

Despuès de haber forjado innumerables planes de distanciamiento, creyó lo más acertado esperar la llegada de un hermano suyo, tío de la niña, que arribaría en los primeros días del entrante mes, de su apartada estancia de campo, á quien la encomendaría para mandarla á fuera; evitando así, los encuentros de tiernas miraditas y comunicaciones entre Carmen y Virgilio, y de consiguiente, según ella, vendría el olvido motivado por la ausencia, y un posible arreglo con Filisberto. Misia Marcela, tomando esta resolución como fija é inque-

brantable, comunicó á Carmen que, por razones de salud, era conveniente que pasara una temporada de campo, por así exigirlo su delicado estado, según opinión—inventó la señora—del médico de la casa que tal disposición había aconsejado; y para el efecto, se esperaría el arribo de su tío Joaquín, que no tardaría muchos días.

Carmen objetó que su estado de salud era bueno; y no obstante, la obedecería como de costumbre por no faltar á los deberes de moral que imponen obediencia y respeto á los padres, siempre que éstos no traspasen los límites de sus facultades. Y como esto no impide que exista amor cuando dos seres se aman con toda la efusión del alma,—como en realidad ellos se querían—aceptó la voluntad de la madre, pidiéndole que en recompensa á su acatamiento, le consintiera concurrir al baile que en esos días tendría lugar en casa del señor Campo del Olivo. La madre, viendo realizados sus planes, y aunque algo contrariada, otorgó el permiso á su hija para asistir al sarao.

IV

Virgilio, con su peculiar constancia, no dejaba un solo día sin pasar por frente á

la casa de su hermosa virgencita terrenal, la qué no asomábase por disposición expresa de su mamá; y por tanto, Virgilio no podía hallar la alegría de renovar sus sentimientos por medio de la mirada. El ignoraba el motivo de la ausencia de las radiantes pupilas de Carmen, las qué tantas veces habían mitigado su aflicción, dándole consuelo y luces en sus miradas como destellos luminosos, para seguir en el sendero de la esperanza.

Habían transcurrido varios días desde la entrevista con la señora viuda de Tremola; y en una de esas tardes de neblina seguida á intervalos por tenue lluvia en los días invernales, al transitar en dirección á la casa de Carmen, sintió Virgilio el presentimiento de algo inesperado. Vió abrirse lentamente el balcón y aparecer en pos de él, la silueta de Carmen, produciéndole la sensación que puede causar á un creyente la aparición milagrosa de un santo ó de una virgen. Virgilio, llegado que hubo al antedicho balcón, saludó tímidamente reconociendo á Carmen, ésta le entregó un sobre cerrado y se ausentó como un espíritu que desaparece.

Virgilio, siguió de largo. Intrigado, como es natural, por la curiosidad, abre el sobre y halla una invitación de baile en la qué di-

ce tendrá lugar en la noche de ese día en casa del señor Campo del Olivo; y en una perfumada misiva, comunícale su asistentencia á dicho sarao al qué iría acompañada de su tía Lérida, por no poder concurrir su mamá.

Virgilio, guardó lleno de júbilo como tesoro, la esquela y la invitación. El mal tiempo reinante le inquietaba; pues desvanecía su esperanza de ver á Carmen en el baile. A pesar de su desconsuelo, veía á travez de la densa llovizna, relampagueantes imágenes como indicios de presagios. La lluvia, de cada vez, se hacía lenta y tarda, corriendo legiones de nubes hacia otro punto, como á mundos ignotos; y el agua desaparecía como sueños desvanecidos. Unos lánguidos destellos de lumbre, asomaban en el pálido estanque crepuscular como un moribundo en un lecho de nubes violáceas.

V

La noche se presentó clara y límpida y fría, llenando de regocijo el alma atribulada de Virgilio.

Llega la hora tan impacientemente anhelada por quien ama con toda la efusión y nobleza de espíritu, para comunicar sus

sanos sentimientos á la princesita de sus castos sueños de amor; de esos sueños en qué dos almas en consorcio cabalgan en nubes fugitivas á través de regiones ignoradas donde se disfruta una felicidad sin límites.

Virgilio, presentó la invitación y entró. El regio salón con su torbellino de lamparillas eléctricas artísticamente distribuidas, semejando cascadas de luces, ostentaba la transparencia de un sol de Oriente. Perdíase la mirada de Virgilio, como la melodía ondulante de la orquesta, sin distinguir á su virgencita. Eran tantas las bellezas femeninas que, como en un verjel encantado de múltiples rosas, no es fácil á un solo golpe de vista encontrar la qué uno busca.

Carmen se hallaba en un costado semioculto, cual cándida violeta entre esmeraldinas hojas. Conforme la vió, fué á su encuentro, y después de los saludos de estilo, la invitó al baile que ella gustosa aceptó.

Carmen, estaba más hermosa que nunca. Su tez sonrosada, por tenue carmín natunal; sus pupilas risueñas, cual la lumbre de la aurora que nace, simbolizaba la alegría que se experimenta al encuentro del sér querido; sus perfumados rizos, caían con gracia inconocible cubriendo sus orejas, como para no oir los galanteos de

otro cortejador que no fuera su predilecto Virgilio; su cuerpo gentil, era flexible como una débil rama que se columpia á un soplo acariciador. Todas sus líneas, expresaban el lenguaje de la belleza increada, y sus nimios movimientos, la transformaban en una Diosa terrenal.

Después de las ondulantes notas de un vals seductor, comenzaron el siguiente coloquio:

—Tan bella está usted hoy, que en el primer instante, no la distinguí. — Dijo Virgilio con emocionado acento.

—Son elogios inmerecidos que usted galantemente me tributa.—Replicó Carmen.

—¿De modo qué usted llama inmerecido el homenaje á su belleza?

—Dejemos esto para otro momento.—Contestó ella con inefable sonrisa, pues sabía ocultar el dolor.

—Es verdad,—dijo él—tenemos asuntos más importantes de que hablar.

Pasemos al saloncito inmediato, donde sentados, platicaremos amistosamente.—Expresó ella con dejo mixturado de amargura, disimulándolo con sus tiernas miradas.

En efecto, contiguo al amplio salón de baile, había un pequeño saloncito de antesala.

En una butaca confidente, tomaron posesión. Carmen dió comienzo al siguiente diálogo con su voz suave y sonora, cual las notas de una bien pulsada citara.

—Mamá, me enteró de su entrevista y negativa, formulándome ásperos reproches y reconvenciones, y hasta me ha vedado de asomarme al balcón. En estos transcurridos dias, he sufrido horriblemente; pero he llevado con agrado el sufrimiento.

—Agradezco, Carmelita, el haber usted llevado con resignación los tormentos impuestos por mi causa.

—Esta noche podemos conversar de los sentimientos que embargan nuestros espiritus, porque mamá no me acompañó, por hallarse ligeramente indispuesta. Tia vino conmigo.

—Queriéndonos como nos queremos, no habrán obstáculos que no se venzan.—Dijo Virgilio con oculta intención.

—No es tan fácil—observó Carmen disgustada—hay barreras que lo impiden.

—Procuraremos burlarlas.

—¡Imposible!

—¡No me explico su amor!—Exclamó absorvido.—¿Acaso su querer, se desipa como el sol al perderse en Occidente?

—Quisiera yo, que mi amor tuviera la facilidad de apagarse como esa lumbre que

se extingue en el Ocaso.—Replicó ella algo afectada.

—De cada vez — dijo Virgilio acompañando un gesto de tristeza — menos entiendo.

Carmen, sentíase sin valor para comunicarle la última disposición de su mamá, y con gran embarazo, expresó titubeando:

—Mamá,...quiere...que lo olvide á usted; pero eso no es factible... No lo conseguirá: seré de usted ó de nadie.

—Carmen, es usted la luz querida que alumbra mi incierta existencia.

Carmen dejaba asomar una tenue lágrima en sus fúlgidas pupilas, que trataba disimular; pero como eclipsara la luz de su mirada fija en el espejismo de los ojos de Virgilio, éste observó con pesadumbre y ternura:

—¡Cuánto me entristece, Carmelita el verla á usted sufrir, dejando entrever una lágrima de dolor!

—Es la decisión de mamá que me tritura el alma.

—Carmen, Carmelita, deje usted los circunsloquios y dígame, por piedad, que es lo que le sucede.

—La noticia es abrumadora, harto cruel!

—¿Pués qué?

—Mamá—dijo Carmen con ahogado so-

llozo—quiere mandarme á la estancia con tío Joaquín.

—Eso, no impidirá nuestras relaciones amorosas.

—Eso nos separará por largo tiempo.

—Nos escribiremos.

—Sus cartas, tío no me las entregará por mandato de mamá.

—Pues entonces, trataré de ir á visitarla con frecuencia. ¿Dónde queda la estancia?

—¡En el Salto!

Esta locución cayó como una bomba explosiva en el corazón apenado de Virgilio, dejándolo un momento perplejo. Hallándose pobre y sin empleo, carecía de recursos para ir á visitarla en la distante casa de campo. Por su cerebro, cruzaban imágenes turbias, como las aguas de un estanque revuelto; y en esa turbulencia de mirajes, creyó hallar la solución para realizar su propósito matrimonial. Saliendo del mutismo, dijo con acento de triunfo:

—¡El amor, no soporta cárceles; pues rompe los muros más formidables!

—¿Cómo romper los muros que mi madre me impone?—Observó ella afectada.

—¡Huyendo y viviendo como viven las tórtolas en sus voluptuosos hogares!

—¡Jamás!—Objetó Carmen, con energía y aplomo.

Virgilio amaba á Carmen, como el céfiro ama al ramaje del verjel, donde canta su inefable melodía al columpiarse acariciando las esmeraldinas hojas del follaje; y sin embargo, se desvanecia la risueña esperanza de enlazar su destino con el de Carmen.

Quedó apesadumbrado por no haber tenido aceptación su propósito de rapto, que constituía su única idea salvadora; Carmen rechazó tal propósito deshonesto, porque estimaba más la virtud que el amor. Joven, de temperamento moral y fuerte, no transigía con las costumbres viciadas de la sociedad moderna. Si ella no pensara asi, y siendo, como lo era, huérfana de padre y teniendo la hijuela saneada, bien podía huir y contraer luego solemne matrimonio.

Virgilio, con palabra tardída, continuó el diálogo:

—Pero estas contrariedades, seguidas de la ausencia, algunas veces, llegan á extinguir la lumbre del amor.

—En la ausencia, sólo se extingue el amor pequeño: el amor mezquino, como una débil luz de bugía, ante un ligero céfiro; en cambio, el amor constante, el grande amor, no se apaga; lo mismo que el sol no deja de alumbrar por más que duerma en los dias nublados!

—Desde ya, le prometo esperarla, y

aunque la distancia nos separe en el munmundo material, su imagen bella y encantadora, estará siempre cerca de mí, consolándome en mis abandonadas horas tristes, y disfrutando de alegría en mis cortas horas de júbilo; amándola como las plantas aman á sus flores y estas á sus gratos perfumes.

—De mi amor, no debe usted dudar un solo instante, porque lo quiero como el pez quiere al líquido elemento que le da vida. Para mí no existirá mayor gloria que la de verme un día, talvez no lejano, dueña de un corazón noble y lleno de amor como el suyo, con un alma elevadamente sensible y afable. Mientras mamá no retire su oposición á nuestras nupcias, aguardaré á usted, como quien espera al esposo ideal, á la visión por largo tiempo soñada!

—La espera, no será muy larga, porque teniendo usted veintiún años cumplidos, sólo le faltan dos para los veintitrés, edad requerida en la mujer por nuestro código civil para contraer matrimonio sin asentimiento de los padres. La Ley la emancipa á esa edad para tan loable fin.

—Creo que entonces, mamá desistirá de su obstinación, y podremos ir juntos á pisar el dintel de las aras de Himeneo.

—Pero lo lamentable, lo triste, es tener que pasar talvez ese lapso de tiempo sin vernos, y quizás, sin tener una comunicación!

—Ciertamente es harto doloroso tener que pensar en ello. Mas las circunstancias así lo imponen.—Replicó con suma tristeza.

—No sé cómo podré vivir sin el hálito de su aliento, sin su voz suave y galana cual brisa jadeante: la buscaré á usted por todos lados, y sólo encontraré mi obscura sombra; la llamaré á usted en mis brumosas noches de insomnio, y solamente aparecerá usted como visión fantástica, pero sin habla!—Exclamó Virgilio apenado.

—Creo conveniente—dijo ella — que entremos al salón para ahogar en ondas musicales y en el oleaje de insólita poesía, nuestra aflicción.

—Me parece bien. Y en ese ambiente de perfumes en cascadas, nos embriagaremos como el católico en las nubecillas del incienso quemado.

Virgilio dió el brazo á Carmen y se retiraron del saloncito. Hallándose de nuevo en la amplia sala, supieron disimular la tristeza que los embargaba. Bailaron y conversaron de asuntos generales, á fin de ocultar la pena que los apesadumbraba. Con todo, á pesar de la melodiosa música

y de los arrobadores perfumes, las dos almas sufrían: sufrían atrozmente destilando el dolor de la amargura, de la pena para ellos increada, que por primera vez se apoderaba de sus corazones palpitantes de ritmos isócronos, cuyos latidos despedían chispas de amor, como un diamante desprende destellos tornasolados de luz.

Virgilio hospedaba en su serebro de poeta, un mundo de esperanzas róseas, cual creyente que espera y cree en una existencia más feliz de la que lleva.

La noche concluía la misión de su carrera nocturna, consagrada á descanso de los mortales, y que la sociedad la ha destinado desde remotos tiempos, á sus festines y orgías con detrimento de la salud y desobediencia de la ley natural, que nos da ese lapso de tiempo para reposo de las fuerzas materiales é intelectuales degastadas durante el día.

Los dos seres, nacidos para refundir sus almas en una sola, no hallaban alegría en el torbellino de música, de luces voluptuosas, de jaranas entusiastas de las demás parejas, ni en el ritmo del compás cadencioso del baile. Aunque todo, para ellos, era indiferente ante el dolor que los agobiaba, sabían mostrar sus risueñas caras y fingido buen humor á sus relaciones.

Como llegase la hora de retirada, Carmen entregó á Virgilio un ramillete de violetas acompañándolo de estas sentidas frases:

—Deposito en usted, estas pálidas violetas que aunque pierdan sus efluvios, verá usted en ellos el reflejo fiel de la imagen triste y melancólica de mi alma, que sufre en estos momentos la prueba cruel seguida del ostracismo de amor!

—Gracias, Carmelita.—Dijo Virgilio con acento conmovido y recibiendo el *bouquet*.—Ellas perderán sus perfumes y frescura; pero en cambio, mi corazón no perderá su lozanía de amor hacia usted. En mis horas tristes y tediosas y solitarias, pediré á ellas inspiración para mis composiciones poéticas, y no dudo qué aunque mustias, sabrán mitigar mi amargura inspirándome, porque vienen de su seno vibrante de amor.

Los ojos de Carmen quedaron velados por una ligera lágrima, y como hubiera llegado el momento en que la concurrencia retirábase alegre y risueña, talvez por algunas conquistas amorosas realizadas en esa noche tertuliana, Carmen dirijiéndose á Virgilio que se hallaba aun á su lado, díjole con disimulado sollozo:

—¡Ved que felices van ellos! A lo qué Virgilio contestó con sentencioso dejo:

—La suerte no sonríe á todos por igual.

Habiendo hecho una seña, la tía de Carmen á ésta, los dos seres se despidieron formulando solemne juramento de esperarse uno al otro. Virgilio saludó á misia Lérida y después de un breve trueque de gentiles palabras, se ausentó yendo á la puerta de calle para ver salir á su princesita, cual ideal que pasa, y fortalecer su espíritu abatido con un nuevo encuentro de tiernas y confortadoras miradas.

El carruaje aguardaba á dichas mujeres, tía y sobrina, y al llegar éstas frente al cupé, Virgilio adelantó un paso y con una deferente galantería, abrió la portezuela del coche. Misia Lérida agradeció la fina atención de Virgilio, y una vez internadas en el vehículo, el conductor dió la señal de marcha á los briosos troncos, partiendo éstos al trote.

VI

Virgilio quedó solo, triste y acongojado, en esos instantes de suprema angustia, acompañando con su mirada, al carruaje que se perdía entre arreboles tenues de la aurora. Emprendió el camino en dirección á su casa.

El día alboreaba: entre los cielos grises de Oriente, aparecía un sutil rayo flamí-

gero que iba aumentando en fuerza coloreando de púrpura la cumbre del altivo Cerro; y al distribuir la claridad matinal, acariciaba apaciblemente el manto inconsútil de las aguas del mar, dándole un tornasolado matiz.

Virgilio, andaba cabizbajo, apesadumbrado, sin ideas fijas en su agitado cerebro: sus pensamientos hallábanse en híbrido desconcierto, cual ebullición de agua en una pequeña caldera. En esos momentos de suma aflicción, la naturaleza no tenía para él, la voluptuosidad de íntima poesía y encantos que otrora solía hallar en abundancia.

La noticia dada por Carmen de ausentarse por voluntad de la madre de ella, martirizaba el alma candorosa y noble del joven poeta, deshojando sus castos sentimientos, como se deshoja la rama de un arbusto ante las sacudidas invernales.

Llegó á su casa, y el sueño mostrábase rebelde á su invocación. Acudían á su memoria algunas frases de Carmen, que las comentaba deduciendo conclusiones mixturadas de acíbar y almíbar, formando en su mente, una amalgama de amor. Apesadumbrábale la idea de ausencia cruel, que podría traer el olvido, y como consecuencia, el desamor de Carmen.

Vacilaba de la firmeza de amor de ella,

temiendo que otro galán llegara á poseerla por reunir la bella niña cualidades excepcionales y por no haber entre ellos, vías de comunicación; pues las cartas que él le mandara, las recibiría el tío de Carmen, no entregándoselas por disposición de la madre; por tanto, inútil sería escribirle.

Por aquella febricente cabeza, cruzó el pensamiento de ir á visitarla vestido de paisano-campero, pidiendo hospedaje en la estancia de D. Joaquín, y efectuada la visita, platicarían y combinarían planes; pero eso, solo fué una ráfaga de luz que se disipó ante su escasés de recursos pecuniarios.

Transcurrieron los días multiplicándose como los panes de la leyenda bíblica, y Virgilio no tenía noticia de su Carmen amada; ignorando si había partido al campo ó si aun se hallaba en casa de la madre. Apesar de la rígida atribulación, él siempre fuerte y constante en su cariño hacia ella, pasaba por la regia mansión de Carmen, cual si fuera atraido por la tracción de una oculta estrella mágica: el recuerdo. La ilusión de volverla á ver, le alentaba, diciéndose él mismo que, «tras la noche cubierta de espesa sombra, la aurora aparece más fúlgida y hermosa» No obstante, esa aurora, para Virgilio no rutilaba.

Un dia, al pasar por la casa de la viuda de Tremola, vió salir á la mucama, á la qué apersonándose, la interrogó á respecto de la vida de su virgencita Carmen. Como dicha mucama conociera á Virgilio, no tuvo inconveniente en suministrarle datos; entre los cuales, le dijo que Carmen tiempo ha que se había ausentado, y que estaba convencida—la mucama—de qué su predilecta mucho le quería, y que al partir le pidió con lágrimas en los ojos que, dado el caso de verlo, le dijera que «espere y confíe en su amor».

Virgilio se despidió de la mencionada criada. Siguió taciturno, meditando la última locución que su idolatrada princesita dejó surtir de sus carmíneos labios al partir del hogar materno; deduciendo de esa frase, que mucho le amaba. Como la esperanza de poseerla se dilatara á tiempo ilimitado, empezó á madurar el propósito de ausentarse á Buenos Aires, por dos causas: la primera, porque no encontraría en Montevideo alivio á su corazón lacerado por la punzante saeta del amor, acrecentando su congoja al pasar por frente á la casa de Carmen, hallando solamente un silencio do profundo duelo; la segunda, porque comenzaba á persuadirse de que, como dice el adagio, «nadie es profeta en su pa-

tria»; y traía á colación, un buen número de compatriotas distinguidos radicados en la noble y generosa hermana tierra, donde han hallado, debido á la hidalguía del pueblo argentino, espontánea protección sobradamente dada en testimonio de fraternal aprecio.

Comunicó esta resolución á su mamá. Era ésta, una bondadosa anciana, de nombre Brígida, vivía modestamente en una casita que le correspondió por herencia. Un buen hijo suyo que llevaba el nombre Miguel, propietario de una casa de comercio, pasábale una mensualidad á la pobre y cariñosa madre.

La noticia de ausentarse Virgilio, produjo en la anciana señora, una honda impresión de pesar, de angustia cruenta; pues ella, quería con sumo afecto maternal á sus hijos, y por tanto, le era harto sensible desprenderse de algunos de ellos; y mucho más de Virgilio, que endulzaba las tristes horas de su senectud. Después de una deliberada discusión afable y familiar, pudo convencer á su amantísima autora de sus días de que, en Buenos Aires, encontraría trabajo y protección.

Disponiéndose Virgilio á partir, empezó á buscar recomendaciones, y las obtuvo muy favorables de sus amigos. Este capi-

tal moral, llenaba de satisfacción al noble joven de talento indiscutible, que aunque en su patria le faltara ayuda material, conseguía en cambio miramientos de sus sinceras amistades que de buen agrado lo recomendaban de especial manera á personas relacionadas en la vecina orilla.

Teniendo Virgilio el equipaje pronto, al despedirse de la afligida madre, se produjo en el hogar una conmovedora escena entre sollozos y sanos consejos de la pobre anciana, que se desprendía de un hijo, y este á su vez, lagrimeaba, semejando á la hiedra al separarla de un robusto tronco de donde se encuentra asida. Después de una interminable despedida, despedida atroz cuando un agradecido hijo da su adios á su querida madre, subió Virgilio en el carruaje que frente á la puerta de su casa aguardaba.

La tarde, perdía su esplendor: el magno astro solar, huía como un león en fuga que agita su dorada melena saludando á la tierra de donde huye; y Virgilio, se asociaba á ese sublime saludo, enviando pensamientos de despedida y besos de ternura á la madre que le dió el sér y á la tierra que le dió nacionalidad. Difícil sería enumerar los sentimientos que al joven vate le sugerían al partir de esa ciudad encantada, de esa

cuna poética, que las brisas del Plata mecen con cèfiros perfumados; de ese huerto ameno, donde nacen los ensueños de felicidades terrenales; de ese trocito de cielo azul, más diáfano que las turquesas de una real corona; y que todo este conjunto, puede expresarse con una sola palabra: ¡Montevideo!

El vapor, después de un estridente silbato, rompió la senda ondulante tornasolada de matices prestados por el crepúsculo que se perdía entre las brumas de lontananza; rasgando la proa del navío, el ambiente líquido, como el águila cuando hiende el aire al remontar su magestuoso vuelo á regiones extrañas.

SEGUNDA PARTE

I

Virgilio llega á Buenos Aires entre clamoreos del nuevo día, entre salmos que eleva la naturaleza al recibir la magnánima visita del astro-rey; y en ese consorcio de íntimas armonías, el alma grande del poeta vé en la naciente aurora, revelaciones de felices presagios.

Después de internarse en la populosa metrópoli argentina, se dirijió á las personas

á quienes recomendado iba, las qué lo atendieron con todos los miramientos de la fina distinción porteña.

Al poco tiempo de estar en la precitada ciudad, pudo conseguir un empleo en la Aduana, con pocas horas de oficina y regular remuneración. Como dicho empleo le permitiera disfrutar de tiempo sobrado, dedicóse á escribir un poema de amor para dar libre expansión á su atributado espíritu, optando por epígrafe el sustantivo «Carmen».

El carácter ingenuo, jovial, modesto, y á la vez ilustrado de Virgilio, le dispensó granjearse muy buenas simpatías y sinceras amistades. Aunque las horas nocturnas, por lo general, se consagran en las grandes capitales á rendir tributo á Venus, á Tersípcore y á otras divinidades de orgías, el buen Virgilio retirábase temprano á su habitación de soltero para destinar todo su pensamiento y amor á la indeleble memoria de Carmen; este nombre, para él reverencial, lo atraía á su pobre cuarto de poeta, como la aguja imantada es atraída hacia el polo magnético.

Virgilio, algunas noches, percibía en su casa el honor de la visita del agrimensor Diógenes Micoud, persona á quien fué recomendado y que ocupaba una regular posición social; este señor, tenía sumo pla-

cer en visitar al joven poeta. Estos dos seres, habían simpatizado; á pesar de que el uno era idealista y el otro materialista. El agrimensor, se deleitaba en el saboreo de la lectura de que el poeta le diera de sus elevadas estrofas.

Algunas veces, Micoud, le observaba que en tales ó cuales versos, faltaba lógica, y que por tanto, carecían de base sólida; á lo cual Virgilio objetaba qué, los versos no eran obras de ciencias fijas como lo son las matemáticas y que si le diera introducción á la lógica, desaparecería la belleza de la poesía. Por más que el agrimensor fuera hombre de ciencias exactas y no de idealismo, le agradaban las expresiones suaves, delicadas y algunas fuertes formando imágenes voluptuosas y concepciones sorprendentes, nacidas del lirismo de amor de Virgilio, viendo en el poeta, los destellos de un talento claro como estelas luminosas.

Largas noches, pasaba Virgilio en su humilde habitación, depositando en el inocente y mudo papel de las cuartillas, toda su ternura, toda su esperanza, toda su actividad febril y energía poética. Y en medio del silencio inmutable de la noche, silencio imperante en su aposento, como en un claustro monasterial, era relativamente feliz; porque al trazar el esbozo de su poe-

ma, se forjaba la ilusión de hablar con su princesita de quien obtenía respuestas que él mismo se daba consignándolas en las blancas hojas de papel esparcidas en una pobre mesa de pinotea, cual si ellas impacientes aguardaran las caricias de la pluma del joven vate enamorado.

II

Un domingo, Virgilio paseaba tranquilamente por los palmares del suntuoso y magnánimo «Palermo»; iba él absorbido en la preocupación del pensamiento que embargaba su espíritu, y de pronto, se le acerca un señor á quien en el primer instante no reconoció; era el doctor Alfonso Benítez, persona á quien también fué recomendado. Por la influencia de dicho doctor, Virgilio consiguió el puesto que desempeñaba en la aduana. Fueron caminando sosteniendo el siguiente diálogo:

—¡Oh, mi buen señor!—exclamó Virgilio admirado y estrechando la mano del doctor Benítez entre las suyas.—Disculpe usted que en el primer momento, no lo haya reconocido. ¿Cómo está usted, apreciable doctor?

—Ya lo ve usted, querido amigo.—Con-

testó Benítez—¿Qué es de su vida que ha tiempo que no tengo el buen gusto de verlo?—Interrogó el mismo.

—Agradezco, doctor, su expresión de «buen gusto»; y en cuanto á mi vida, diré á usted que es buena y que la mayor parte de mis horas libres, las paso enclaustrado en casa.

—En su casa debe usted aburrirse, si es que lo pasa solo, amén que tenga usted compañero ó campañera de cuarto.—Dijo Benítez con sonrisa maliciosa.

—Diré á usted, caro doctor, que mi compañero de habitación, es mi pensamiento; y mi compañera, la esperanza.—Observó Virgilio con afabilidad.

—Si mi curiosidad no incurre en una indiscreción, deseo conocer qué clase de pensamiento y esperanza tiene usted.

—No hay en ello indiscreción. Mi pensamiento, puede decirse que es «un poema de amor»; y mi esperanza, la posesión de una encantadora niña á quien yo amo con toda la efusión del alma.

—¿Y es usted correspondido?

—Es difícil la respuesta.

—De modo que hay secretos ocultos en usted.

—No tal. He dicho difícil porque soy y no soy correspondido.

—¡Hola, hola! ¿qué contrariedad es esa?

Virgilio le narró al doctor Benítez, todo lo que el amable lector ya conoce. Como no creyera en la firmeza de amor cuando va seguido de una ausencia ilimitada con carencia de recursos para consolidar el propósito de una unión indisoluble, cual lo es el matrimonio, aconsejóle á Virgilio que abandonara esa pasión amorosa por nuevos amoríos cercanos, que fácilmente podía encontrar en la gran ciudad bonaerense.

El doctor Benítez ya entraba en años; en su cabellera, serpenteaban algunos hilos argentados; en su rostro, hallábanse las armoniosas facciones que revelan una fisonomía afable con rasgos enérgicos. Por sus elevadas prendas morales, se hizo acreedor á la estimación que le dispensaban sus amistades; y por su intelecto como abogado, adquirió una brillante posición pecuniaria y social. Siendo padre de una bella y virtuosísima niña, concibió esperanza de poderla casar con Virgilio, que mucho lo apreciaba.

Insistiendo el doctor y haciéndole ver á Virgilio la conveniencia de tranquilizar el espíritu, renunciando al amor de Carmen por uno nuevo de la ciudad en que él habitaba, objetó Virgilio, con disimulado énfasis:

—Jamás, doctor, podré desechar de mi corazón el inmenso cariño que siento por mi Carmelita hermosa.

—Eso usted ahora lo dice porque la herida que le produjo el dardo del amor, es reciente; y por tanto, se halla aun abierta; pero una vez que el tiempo la cierre cicatrizándola, verá usted como inconscientemente la habrá olvidado.—Arguyó el doctor.

—Creo que no habrá tiempo factible que destruya de los repliegues del corazón, las profundas huellas de mi querer hacia Carmen.

—Usted cree eso, pero ės una vana creencia de la juventud inexperta.

—Puedo asegurarle, doctor, que mientras mi voluntad y cordura no flaquee, no la olvidaré.

—Lo de voluntad y cordura — dijo con ironía Benítez—no sé hasta que punto puede llegar, ignorando si son cuerdos los qué aman ó los qué no aman.

—Aunque el amor es subsceptible de cordura y demencia, es una necesidad directa de todo sér humano, y tan indispensable, que nadie puede prescindir de esta dominante pasión que nace muchas veces contra la voluntad de uno mismo, obedeciendo á una ley natural como el astro

Febo que nace por un tenue albor y luego se difunde aumentando en fuerza.

—Yo no entiendo así.—Objetó con sentencioso dejo—Para que en el amor exista cordura, es menester que antes de amar, se haya pensado primero; y antes de pensar, haberse formado una idea práctica de la posibilidad de consumar la unión.

—Pues entonces, seré un loco de amor.

—No me extraña. Le basta á usted con ser poeta para vivir en armonía con el desequilibrio.

—Paciencia. Estoy resuelto á esperar, por más que tenga que marchar por una senda llena de sacrificios y martirios.

Eso suena muy bien; pero produce tan malos resultados, que á veces llega hasta el suicidio.

—Estoy dispuesto á todas las eventualidades del amor hacia Carmen. Yo me siento feliz cuando en ella pienso, y más feliz soy aun, cuando escribiendo hablo con ella en mi poema que lo intitulo con su nombre, y que no tardaré en publicarlo. En los momentos de escribir, parece presentarse mi amada como una grata visión ante mi fascinada vista, inspirándome, ora, cánticos suaves cual perfumado céfiro que entona estrofas de ternura entre solitarias grutas; ora, fuertes y enérgicos como el ma-

gestuoso aleteo del cóndor que remonta su vuelo á elevadas regiones desafiando al sol que pretende herir sus ardientes pupilas.

—Dejemos á su Carmen á un lado. En cuanto al poema de que usted habla, juzgo conveniente que, antes de publicarlo, lo presente á los Juegos florales del concurso literario que tendrá lugar en esta el 30 del mes entrante.

—Reconozco mi insuficiencia y no me atrevo á presentar mi trabajo á un concurso, porque, dado el caso de no ser premiado, me desanimaría en publicarlo.

—He valorado algunas de sus composiciones poéticas publicadas, y declaro desde ya, que habiendo talento creador en usted, su obra será premiada con algunos de los premios que se adjudicarán por el competente jurado.

—Eso, doctor, es mucho aventurarse; usted ignora los trabajos sobresalientes que otros pueden presentar, y de seguro que cualesquiera de ellos, ha de ser mejor que el mío.

—Deje usted la modestia y recobre ánimo en bienestar de su propio nombre, y por hoy, ya basta. No deje de ir á visitarme.

Se despidieron cortesmente. Virgilio se dirijió á su casa. La tarde iba perdiendo la diáfana claridad del día, dejando ver

los arreboles moribundos al confundirse la luz solar en el ocaso de la pampa azul con techumbre cubierta de nubecillas, como ribeteadas de pomposas sederías, semejando más allá, imágenes embozadas bailando un «minué» en un suntuoso alcázar de nobles.

III

Virgilio tomó interés por su poema comenzado y trató de concluirlo, puliéndolo con esmerado trabajo. Y llegada la fecha señalada para el concurso, presentó su composición, sin abrigar esperanza de ser premiada y hasta tenía dudas de que su obra fuera admitida, pues él desconocía la fuerza productora de su mentalidad.

Abierto el concurso á los Juegos florales, previo examen de las producciones que debían figurar en el certamen literario, se aceptaron las mejores y se rechazaron otras que no venían en condiciones de ser admitidas.

La de Virgilio, cúpole el honor de ser colocada entre las buenas, y después de un sensato y deliberado análisis, el Jurado resolvió premiar con medalla de oro el poema «Carmen», por la extraordinaria ima-

ginación, fecundidad de pensamientos, sublimes concepciones poéticas y elevado sentimentalismo de amor. Todo lo bello y sorprendente, se hallaba en esa obra.

El Jurado notificó tal resolución á Virgilio, invitándole á declamar su poema en la velada que la sociedad «Estímulo de Bellas Letras,» diera el prefijado día.

La noticia de que su obra fuera premiada con medalla de primera categoría, produjo en el alma del vate, una vehemente sorpresa de emoción.

En el señalado día, concurriò Virgilio á la velada de Juegos florales y concurso literario, y luego que el maestro-concertista hubo ejecutado la gran marcha triunfal «Profeta», Virgilio se presentó ante un público selecto y numeroso que aguardaba impaciente la declamación del poema. Visiblemente emocionado, recitó sus encantadas estrofas, que motivaron una ovación de ruidosos aplausos. Al concluir la declamación, el Jurado dió lectura del dictamen, por el cual se otorgaba á Virgilio Mendoza, el primer premio, consistente en una medalla de oro con su respectivo diploma. Una prolongación de clamorosos aplausos, aprobó tal resolución.

Siguieron después varios números del programa que no vienen al caso. Al ter-

minar la velada, el bardo oriental con semblante transformado por el éxito, percibía lleno de júbilo y regocijo, las felicitaciones, los plácemes y elogios que le tributaban algunos de sus admiradores asistentes á dicho acto.

Su amigo el doctor Benitez, que también había concurrido á la velada, le dió un efusivo abrazo, colmándolo de palabras encomiásticas por el grandioso éxito alcanzado en esa noche y por no haber defraudado los prejuicios que el mismo doctor tubiera del intelecto de Virgilio. Este oía con inconocible placer, las alabanzas que aquel le prodigaba sinceramente. Como demostración de inestimable aprecio y en honor al triunfo logrado, el doctor acompañó al vate hasta la casa de éste.

Al sucesivo día, las hojas periodísticas al ocuparse de la velada literaria de la noche anterior, dispensaban á Virgilio Mendoza, preferentes espacios con honrosos juicios en homenaje al poema premiado con medalla de oro. El nombre de Virgilio Mendoza, se reproducía por la difusión de millares de voces.

El agrimensor Micoud, no pudo asistir á la antedicha velada, por hallarse enfermo. En el siguiente día, al leer los diarios, se deleitaba con la lectura de los agasajos y

ovaciones que rendían á su caro amigo. Aquel envió los diarios á Virgilio. Este durante todo el día, fué honrado con la visita de sus amistades y de algunos periodistas presentados, quienes no escatimaban en derrochar elogios á granel. El poeta saboreaba con sublime júbilo, las primicias de la gloria que comenzaba á esparcirse por la trompeta de multiplicadores ecos.

Transcurridos algunos días, Virgilio dió á la publicidad su poema en formato de libro. Los diarios, volvieron á ocuparse de él, haciendo resaltar el sentimentalismo que extremece el alma, las bellas imágenes novedosamente creadas, las concepciones revelantes de imaginación esquisita y los pensamientos vigorosos del poema «Carmen».

No faltó también un crítico de un periodiquín, que pretendiera apagar la luz del talento de Virgilio; pero esa vana pretensión de falsa crítica, quedó infructuosa; puesq uerer negar el intelecto de un escritor, cuando en èl existe, se obtiene el mismo resultado que al negar la luz del sol.

La venta de los ejemplares de la obra, era de cada vez más creciente; en poco tiempo se agotó la primera edición, siguiendo después la segunda.

IV

El agrimensor Micoud, cuando se halló aliviado de sus dolencias, fué á hacer una visita á su buen amigo el poeta, y á la vez, á agradecerle el ejemplar del poema con que tuvo la deferente atención de obsequiarle.

Luego que hubo percibido los plácemes del amigo, Mendoza le mostró el periódico en que un crítico malevolente se ocupaba mal del poema, á lo qué Micoud, contestó:

—Eso es muy corriente y natural. Teniendo un escritor valor literario, es lo suficiente para que lo juzguen unos bien y otros mal; prueba de ello encontrará usted en el insigne escritor y dramaturgo francés Victoriano Sardou, á quien una buena parte de la crítica, se muestra dura con él, gritándole y hasta negándole ingenio y conciencia, pero Sardou no hace caso de estos clamoreos, porque son ahogados por el ruido estruendoso de los aplausos teatrales y por la lluvia de monedas que le producen sus dramas, llevaderos de su renombre á ambos mundos.

—Consoladoras, para un novel escritor, como yo, son las sentenciosas palabras que usted acaba de verter.

—Por tanto, no se preocupe usted de la crítica y siga en sus tareas literarias, trabajando en la creación poética, agradando y extremeciendo á las almas sensibles.

—Siendo la producción literaria una necesidad de recreo para mi espíritu, como el sol y el agua lo son para el vegetal, no dejaré de escribir, porque esta clase de trabajo, me deleita, me consuela y me satisface.

El poeta enseñó á su buen amigo, varios esbozos de poemas empezados, de los cuales, el agrimensor aprobaba unos y rechazaba otros, ó hacíale ver algunos defectos de pensamientos que escapaban del talento fantástico de Virgilio.

Después de un amistoso y nuevo cambio de ideas, despidióse Micoud, con la cordialidad de siempre.

V

En los centros sociales, la buena reputación de Virgilio Mendoza, iba de boca en boca, corriendo por el ambiente de la fama sin fronteras. Las elegantes jóvenes damitas, averiguaban si el vate laureado era soltero, y habiendo llegado á saber que no se hallaba unido por vínculo indisoluble, algunas se creyeron con derecho á poseer el corazón palpitante de ritmos del poeta, forjándose quiméricas ilusiones.

En los clubs, los literatos discutían examinando las hermosas y elevadas concepciones sin artimañas, cual sublime vuelo del cóndor; y se complacían en aclamar el nuevo talento que con todo esplendor, como si fuera un cometa luminoso en medio de una constelación, aparecía en la república literaria. En esas reuniones de literatos, no faltó quien dijera que el poema «Carmen», era producto de la demencia.

Y mientras su nombre iba en boga, figurando en reuniones y bibliotecas, el doctor Benítez, organizaba un banquete para obsequiar á su amigo. Los admiradores de Mendoza, al tener noticia del proyectado banquete, trataron de asegurarse una tarjeta, suscribiéndose con tal fin. En la lista de adhesión, encontrábanse nombres de distinguidos personajes, prosistas y poetas.

En el día señalado, la magna comida tuvo lugar en el Royal Hotel. La mesa de banquete, de forma elipsoidal, se hallaba lujosamente ornada con artística profusión de flores vegetales, cuyos efluvios daban el perfume de la poesía real. En un costado del comedor, atraía las miradas de los comensales, una delicada lira, confeccionada con flores de mirto, violetas, jacintos, rosas, junquillos, miosotis y orlas de laurel; y entre las cuerdas, un monograma con las iniciales del poeta agasajado.

Los centenares de lamparillas eléctricas, el torbellino de lujo, la exquisita comida, los aromáticos habanos, el espumante champagne, los cristales tallados en distintas combinaciones de copas, las plantas exóticas de aterciopeladas hojas esmeraldinas y muchos otros detalles que escapan de la pluma, representaban la idea de lo regio, de lo sorprendente y de lo encantador.

En esos momentos de suprema alegría emocionante, Virgilio, hallóse circundado por ilustres personalidades de significación social, artística y literaria. A los postres, se rindió merecido homenaje al vate uruguayo, con laudatorios brindis, á los cuales, Mendoza, contestó con suma modestia de inspiración galana y tono conmovido.

Después de los entusiastas y elocuentes brindis en honor del uruguayo en tierra de la metrópoli argentina, se formó una comisión entre los concurrentes para acompañarlo hasta su domicilio, lo cual, agradeció Mendoza con sinceras y cordiales frases.

Virgilio admirábase de qué el poema inspirado por el amor de Carmen, fuera objeto de tantos elogios y honores, y aumentó el afecto hacia ella al verse rodeado de una aureola refulgente de gloria.

El poema «Carmen» no podía haber sido mejor recompensado; pues colocaba á su

joven autor, en un eminente puesto de celebridad; al que muchos ambicionan subir y antes de llegar á él, descienden á la tumba. Virgilio, en vista del ruidoso éxito alcanzado de la obra fluida del amor puro, casto y noble de su Carmen amada, decidióse á escribirle enviándole unos cuantos periódicos y un ejemplar del poema; pero, como su tío Joaquín tuviera instrucciones de la madre de ella autorizándole para abrir la correspondencia y no entregarle lo que viniera con firma de «Virgilio Mendoza», ó suscrita con el nombre de otro, siempre que refiriérase á amor, resultó que Carmen nunca le contestó á Virgilio por ignorar todo y por no saber el domicilio de éste, que al saberlo, ya le hubiera escrito comunicándole secretos que á las mujeres nunca faltan para entenderse.

Virgilio, con el fin de mantener el resplandor de su fama poética, siguió produciendo; lo mismo que para sostener el fuego de una hoguera, es necesario agregar combustibles. Pero no quiso abusar del favor que el público dispensaba á sus producciones; y por tanto, sólo publicaba semanalmente en la «Revista Literaria», una pequeña composición, que por lo general, consistía en un soneto. Distintos directores de periódicos, le habían brindado las

columnas de sus hojas para que las honrara con las brillantes chispas que arrancaba su fecunda pluma, chispas de tornasolados contrastes sorprendentes; dicho ofrecimiento, Virgilio lo rehusó, pretextando de haber contraído formal compromiso con el director de la «Revista Literaria», para escribir solamente en ese semanario.

El poeta, no descuidó un solo momento en continuar un segundo poema, para presentarlo á un nuevo concurso de Juegos florales.

La transitoria felicidad, le sonreía como sonríe la aurora con acentos matinales al despertar la naturaleza. Las puertas de difícil acceso de la aristocrática sociedad bonaerense, abriéronsele, dispensándole miramientos y consideraciones envidiables. El número de amigos se acrecentaba. Algunas damas solteritas, disputábanse el honor de tratarlo, y de obtener del vate admirado una poesía para el abanico ó pensamientos para la colección del modernismo postaleo; á lo qué Virgilio hacíase rogar, cobrando con súplicas cariñosas sus inspiradas producciones.

A pesar de frecuentar los altos salones donde las bellezas argentinas lucen sus galas con el atractivo del boato, Virgilio

no hallaba una niña que pudiera sustituir en su corazón el amor de Carmen. Y por más que él en algunas jóvenes sorprendiera una pena oculta en un tierno y afable corazón femenino, no le seducía; no encontraba, por el momento, una mujer y un amor igual al de Carmen.

VI

Los meses y los años se sucedían desde la última entrevista con Carmen en el baile dado en casa del señor Campo del Olivo, y la esperanza de unirse en matrimonio con ella, languidecía por no poder comunicarse; y de consiguiente, iba entrando paulatinamente en el corazón de Virgilio, una pequeña frialdad, lo mismo que al separar del fuego una caldera de agua que ha estado en ebullición.

Mendoza, era partidario del hogar constituído, estimándolo como única fuente inagotable de amor, de tranquilidad, de salud y de bienestar; y por más que en la vida matrimonial—decía él—sobrevengan visicitudes inesperadas, se sobrellevan con resignación; lo mismo que cuando el límpido y azulino cielo se obscurece con negros nubarrones anunciando una tormenta, produce sus descargas y luego la serenidad

bienechora, devuelve los alegres matices de antes.

En un sarao que, en honor suyo, tuvo lugar en casa de su amigo y admirador Benitez, pudo contemplar de cerca las bellas cualidades y proporciones escultóricas de la hija de éste. En ella vió el reflejo fiel y candoroso del amor que nace como el suave despertar de la naturaleza letargada después de una noche sin estrellas. Al presentarse en el amplio salón de baile la hija del doctor Benitez, que llevaba por nombre Clotilde, parecía una reina en medio de una corte de aduladores; su cabellera obscura y espesa, semejaba crespones nocturnos; sobre su purísima y aporcelanada frente de niña, lucía en ondas su perfumado cabello, como graciosas agrupaciones espirales que se desvanecen con lentitud; sus negros ojos, llenos de idilio amoroso, chocaba la fijeza de ellos con la mirada tierna de Virgilio, pronunciando un elocuente himno de éxtasis y amor; en sus mejillas, saltaban los matices de una camelia encarnada. Cuando ella sonreía á Virgilio con su sonrisa espontánea, dejaba entrever doble hilera de nacarinos dientes engarzados en coral.

Virgilio, después de seguir con la hija del Dr. Benitez los compases de un seductor vals, fué algo conmovido por su voz

melodiosa, cual rítmicos acentos de mitológica Sirena. La palabra fina, harmoniosa y encantadora de Clotilde, pudo penetrar en el corazón de Virgilio y borrar, por un momento, el nombre de la qué motivó el éxito del poeta.

Clotilde, desde que hubo leído el poema premiado de Mendoza, empezó á sentir una inexplicable sensación de amor hacia éste, y aprovechando ella la oportunidad de tener al poeta entre sus brazos en medio de una ola musical seguida por las embriagadoras cadencias del contorneo de la danza, comenzó á hacerle algunas insinuaciones cariñosas. Virgilio, al principio, tomó esas insinuaciones como galantería corriente de sociabilidad; pues sus oídos estaban habituados á escucharlas y su boca las prodigaba con igual reciprocidad cortesana; pero siguiendo la conversación, se persuadió de qué esas galanterías trocábanse en un anhelo amoroso, del cual, Virgilio empezaba á sentir la necesidad de ser correspondido de cerca y constituír familia; por tanto, se declaró y fué de inmediato aceptado.

La prolongada ausencia entre Carmen y Virgilio, con su correspondiente falta de noticias, dió margen á debilitar la pasión fogosa de éste hacia aquella, lo mismo que una hoguera languidece y se extingue

si no se le agregan materias inflamables. Virgilio al aceptar las manifestaciones favorables de Clotilde, procedió más bien guiado por un acto de conveniencia social y no por amor. Siendo el hombre débil en la cárnea materia, sentía la necesidad de tener una fiel compañera que endulzara sus horas en la peregrinación de esta vida cruel. Para la realización del solemne acto nupcial, contaba desde ya con la protección de su amigo padre de la niña, persona muy estimada en la sociedad bonaerense y de buena fortuna.

Virgilio dijo á Clotilde que, dada la intimidad que ligaba á él con el papá de ella, le hablaría con el firme propósito de visitarla, para más tarde unirse en indisoluble matrimonio; lo cual agradó mucho á ella.

Al determinarse á dar ese paso tan decisivo, lo daba sin vacilar teniendo en cuenta el aprecio y distinción que el doctor Benitez le dispensaba; y al decidirse, obedecía á su amor propio herido por la respuesta que le había dado la viuda de Tremola—madre de Carmen—y en este lance triunfaría mostrando á dicha viuda que su dignidad de hombre, había merecido el amor de una niña de la alta sociedad porteña, con esmerada educación y bienestar envidiables. Dicho sea de paso,

Virgilio, no podía querer á Clotilde tanto como á Carmen, y al corresponder á Clotilde, lo hacía por semejarse ésta á aquella en el cuerpo escultural y en el acento de la voz, dejando á parte el tener las dos la misma inicial, esto es, los dos nombres empezaban con la letra C.

Transcurridos unos días, Virgilio habló al doctor Benítez con objeto de visitar á Clotilde; éste, después de haberle hecho algunas reconvenciones amistosas, recordándole parte del diálogo sostenido en Palermo, y teniendo en estimación la fúlgida aureola de celebridad que empezaba á ceñir la despejada frente del poeta Virgilio Mendoza, accedió gustoso al pedido, señalándole días fijos para tal fin; eran éstos, los jueves y domingos.

Virgilio asistió á las visitas abiertas para él en casa de Clotilde, en las cuales, disfrutaba momentos de gratas delicias al lado de una joven bella y distinguida. A medida de que las horas agradablemente se multiplicaban, como se multiplican las flores en un verjel, iba desapareciendo momentaneamente el amor de Carmen en el corazón de Virgilio, cediendo su puesto al nuevo amor naciente de Clotilde.

Clotilde sabía enternecer el corazón más empedernido del hombre, valiéndose de la

prudencia, virtud y recato que reune toda mujer convenientemente educada en la escuela moral y artistica. Ella, á más de su delicada educación, poseia una bien timbrada voz de soprano y conocia bastante música. Las romanzas que cantara al lado de Virgilio, llegaban hasta el alma de éste, hablándole con el lenguaje ora tierno y luego potente que producen las notas musicales, y habiendo entre la poesia y la música, una intima conexión, resultaba que el poeta sentiase enamorado tan sólo en esos instantes, de la qué provocaba tan grato y embelesador lenguaje.

VII

Un dia, Clotilde, hallándose apesadumbrada, habiase dejado caer en el mullido diván, descansando sus piececitos en fina y aterciopelada alfombra; tenia abandonada una mano como para recoger en ella un beso consolador y en la otra el poema premiado de Virgilio; dicho poema, habia motivado la causa de su anonadamiento, empezando á despertar sus celos y no le faltaron impetus para romperlo, pero reflexionó, que con hacer pedazos el poema, nada remediaria. Siendo ese dia de visita, aguardó con impaciencia la llegada de Virgilio.

El piano hallábase abierto, como aguardando que una mano amiga, deslizara por el blanquecino teclado, las caricias de los suaves dedos femeniles, desprendiendo de las mudas teclas, las harmoniosas notas que forman una ola de voluptuosa melodía. Pero la acariciadora del fiel piano, encontrábase melancólicamente abismada, esperando tambien, la ternura del novio amado.

Después de una larga espera, cuyos minutos de retardo, multiplicábanse por el tormento que acongojaba el alma ardiente y candorosa de Clotilde, llegó Virgilio y saludándola, tomó la mano que conservaba la postura de antes y depositó en ella un ósculo de amor; á cuyo proceder, interrogó Clotilde, asumiendo una actitud adecuada:

—Usted, joven Mendoza, ¿se atreve á besar mi mano, cuando todo su pensamiento está condensado en otra mujer que no soy yo?

A lo cual Virgilio respondió, interrogánla con sorpresa:

—¿Qué mujer es á la que usted se refiere?

—La que está en este libro—exclamó con énfasis, mostrando el poema—¡su Carmen amada!

—¿Y recién ahora ese poema viene á

despertar en usted, sus dudas, sus sospechas, sus celos?

—¡Sí!—Dijo secamente.

—Deseche usted la nube cruel de los celos y vuelva á recobrar la alegre tranquilidad de antes.—Observó Virgilio con suplicante dejo.

Y cambiando Clotilde su imperioso acento de enfado, graduándolo con una lenta transición, dijo:

—Para deshacer la nube de los celos, necesito de usted, una inegable prueba de amor.

—Usted dirá en qué consiste.—Replicó Virgilio con acento condescendiente.

—Pues bien. Debe usted prometerme y cumplir, que en su segundo poema, no se ocupará más de Carmen y si de su Clotilde.

—Doy á usted palabra de caballero de hacer lo que me pide; por más que no había lugar á que usted me lo suplicara, pues ya lo tenía pensado en hacerlo así.

—¿Será verdad que usted me quiere?—Dijo como desvaneciendo una duda.

—¿Y por qué dudar de mi amor?

—Porque su Carmen, me hurta el afecto de usted.

—¿Otra vez con lo mismo? ¿No dije á usted que ya no me ocuparé ni pensaré en ella?

—Es cierto que ya me lo dijo, pero....

—Pero—interrumpió Virgilio—es menester que se olvide de ella, por así exijirlo el bienestar de su salud.

—Bien. Usted también se olvidará de Carmen, ¿no es verdad?—Dijo ella, dando descanso á la pasión atormentadora de los celos.

—Se lo prometí antes y se lo ratifico.

Estas palabras de promesas, atenuaron un poco el rigor de los celos que germinaban por el espíritu de Clotilde. Esta bella, inteligente y delicada niña, había empezado á sentir esa atribuladora enfermedad, despertada por el nombre de otra mujer, á quien atribuía todo su malestar. El mismo amor que Clotilde sintiera hacia Virgilio, hacíale presumir que éste nunca podría quererla tanto como á la Carmen que le dió inspiración admirable de exuberante sentimentalismo, á quien Virgilio debía su reputación, fama y gloria.

Después de una plática convencional entre enamorados, Clotilde impulsada por la curiosidad, propia de su sexo, suplicó tiernamente á su novio:

—Teniendo muchos deseos de leer algo de su seguudo poema, estimaría quisiera usted traerme lo poco ó mucho que usted tenga ya escrito.

—No hay inconveniente; pero, mejor sería que aguardara usted su anhelo para mediados del entrante mes, que entonces, ya estará todo concluído y podrá saborearlo mejor.

—De modo que se niega usted á complacer mi deseo.

—No tal. Si tanto interés usted tiene en leer algo del nuevo poema, le traeré los borradores que talvez no pueda usted entenderlos bien, por campear en ellos un contínuo garabateo; y por eso, es que opino que es mejor aguardar la curiosidad para el mes venidero.

Clotilde, manifestó aparente conformidad con la poca condescendencia de Virgilio; y entre sí ella decía que, «si él me quisiera como á Carmen, complacería mi curiosidad, trayéndome los manuscritos trazados por el rasqueo de su acerada pluma de vate».

Virgilio, en realidad, no sentía gran afecto por Clotilde; pues, aun no se habían arraigado las raíces del nuevo amor en el corazón de él, donde allí el de Carmen luchaba para no dar libre entrada al de Clotilde; el de aquélla, había ya germinado dándole el codiciado fruto del renombre, y como el cariño del poeta hacia Clotilde era convencional á trueque de convenien-

cias sociales, resultaba de aquí la falta de sentimientos tiernos y amorosos hacia esta bella niña; lo cual exasperaba el corazón angustiado de ella que pedía amor, amor sin límites, amor sin condiciones, amor puro, generoso, sincero.

Con todo, Virgilio trataba exteriormente de significarle amor; pues al fin y al cabo, algo sentía por ella, y con tono humilde y cariñoso, le dijo:

—Clotilde, espejo y luz de mis nublados ojos, despreocúpese de sus brumosas ideas que tanto apenan su ánimo, y cánteme una de esas romanzas de que usted entona con tanto gusto y timbrada voz melodiosa.

—Hoy, no me hallo dispuesta á cantar.

—El piano con sus marfilados brazos abiertos, espera de usted sus caricias.

Y como Virgilio insistiera, Clotilde respondió:

—Bueno, por condescenderlo, le cantaré una cansoneta, el dulce *Dime que m'ami.*

—Este rasgo suyo de complacencia, me halaga, me enternece.

Clotilde moduló su agradable voz, entonando con afinación, gusto y sentimiento la canción dicha antes; continuando luego, la plática de pequeños asuntos.

Terminada la visita, Virgilio se retiró como de costumbre. Clotilde siguió fomen-

tando sus celos, que á pesar suyo, habían invadido el lugar más sensible del costado izquierdo del cuerpo.

VIII

El bardo no descuidó su poema. Continuó escribiendo, enmendando y creando concepciones fabulosas para la obtención de un nuevo premio. En este segundo poema, halló dificultades que no encontró en el primero; pues en el ya premiado, había tenido el tipo ideal, la mujer amada con todo el casto sentimentalismo del alma de poeta, su Carmen hermosa que excitó su primer amor seguido de las contrariedades impuestas por la madre de la niña. Y en la nueva composición poética, estábale vedado hacer uso de la exuberancia de amor versificado anteriormente, y aun cuando pudiera presentar el nuevo afecto en distinta forma, resultaba que le era casi imposible darle el sentimiento que no sentía. A más, el tema del asunto elejido, era árduo y de suyo difícil para imprimirle las tonalidades consiguientes; pues siendo el epíteto «Centros Sociales», tenía que hacer con magistral pluma, un trabajo acertado, filosófico y ameno de los diversos componentes que dan vida y realce á esos cen-

tros; estudiar los gustos, costumbres y conducta moral de los diferentes seres que lo frecuentan; presentar disfrazadamente como modelos de virtud y sociabilidad, á los qué estas apetecibles cualidades adornan, haciéndolas resaltar con inspiración fecunda; y tomar como principal factor de la trama del poema, un episodio de amor desarrollado en ellos.

Aproximándose la apertura del nuevo concurso de Juegos florales, Virgilio trabajó con ahinco, aprovechando todos los momentos disponibles para la continuación de tan improba tarea. Por tanto, sus visitas á la casa del doctor Benitez, se acortaron; y como el padre de Clotilde advertiera de que Mendoza no concurría á visitarla sinó los domingos, faltando de consiguiente los jueves, interrogó primero á ella cual era la causa, y habiéndole ésta respondido que el amor de su novio hacia ella no era sincero, puro y noble, decidióse ir á hacer una visita á su joven amigo para amonestarle. Y sin pérdida de tiempo, salió con tal fin. Su andar, era nervioso. Llega á la casa del poeta; y después de los saludos de estilo social, cambiaron las siguientes palabras:

—¿Cómo es eso, estimado amigo y futuro yerno, que los dias jueves no tenemos el

placer de verlo á usted en mi casa? — Interrogó el doctor con dejo afable, disimulando su violencia.

—Es qué, acercándose la fecha señalada para la presentación de temas desarrollados á un nuevo concurso, he querido sacrificar parte del grato tiempo de qué disfruto en compañía social de su dignísima y bella hija, para destinarlo al poema que pienso ofrecer á la sensata consideración del competente Jurado del concurso de Juegos florales.—Replicó Virgilio.

—Eso, mi buen caballero, significa que usted tiene más amor á su composición poética que á mi hija, novia de usted.

—Querido doctor, lo que usted acaba de expresar, es una mera presunción suya, digna de un buen padre que vela por su comprometida hija.

—No estoy satisfecho con su explicación. Si usted quisiera á mi hija, cual se deben querer dos seres que se aman, no olvidaría, como no lo olvida un hombre que corresponde á una mujer que lo aguarda en fijados dias. — Objetó el doctor alzando la voz.

--Pero, apreciable señor, el tiempo de qué dispongo es limitado. Usted sabe muy bien que aun sigo empleado en la aduana y que, por tanto, no quedándome mucho tiempo

para escribir, tengo que utilizar las horas disponibles de la noche.

—Cuando hay amor y voluntad, todo se concilia.—Expresóse algo exasperado.

—No entiendo bien lo que usted quiere decir.—Replicó maliciosamente.

—Pues, quiero decirle que usted no ama á mi hija.

—Pero, doctor, ¿como ha llegado usted á concebir tal cosa? Si yo no hubiera tenido interés por ella ¿cómo se explica que hubiese pedido su asentimiento para visitarla?—Arguyó haciendo uso de un pequeño silogismo.

—Me convence, pero no del todo.

—Créame que la quiero como el jilgero ama á las florestas,—exclamó con ironía—pero con todo, necesito concretar lo más posible mi pensamiento al nuevo poema.

—Dichoso poema que le sirve á usted para salir por la tangente.—Respondió abrigando dudas.

—No dude usted de mis manifestaciones, porque son sinceras las qué acabo de hacerle; y como aseveración de mis palabras, le mostraré el legajo de manuscritos que forman parte de lo que usted llama *dichoso poema*.

Virgilio enseñó al doctor Benítez, un buen número de borradores, en los cuales se ha-

llaban esbozos trazados á grandes rasgos, cual bosquejos de dibujos hechos al carbón para después perfeccionarlos dándoles las proporciones y tonalidades necesarias. En ellos campeaba la imaginación fantástica del poeta, descripciones fabulosas, oleaje de insólita poesía, costumbres aristocráticas, episodios amorosos, vicios censurados, virtudes enaltecidas, personajes disfrazados; y entre sutiles encajes de blancos cortinados como lànguidas brisas que ondulan el manto inconsútil de las aguas del mar, figuraba cual heroina de los Centros, una niña de hermosura virginal con el nombre Clotilde. La lectura de este pasaje, conmovió el ánimo del doctor Benitez, forjándose la ilusión de que Virgilio hallábase enamorado de su hija; pero no se dió cuenta de que faltaban los sublimes sentimientos de amor, coloreados con exuberancia de inspiración en el anterior poema.

El doctor felicitó al poeta por tan improba labor, agradeciendo la parte dedicada á Clotilde; y desechó las dudas de las qué antes abrigara con respecto á los amores de su hija con Virgilio. Desvanecida la nuba de sospechas, cual perdidos cánticos de aves en la atmósfera, se retiró el padre de la niña satisfecho de la entrevista, haciendo votos por el feliz éxito del nuevo poema del futuro yerno.

Mendoza, continuó trabajando con inflexibilidad en pulir el brillante que debía darle nuevo esplendor; por tanto, limaba con esmero y constancia, las asperezas que afeaban la obra.

El tiempo, de cada vez, era más corto; pues aproximábase el fijado día de presentar los trabajos para la admisión ó rechazo de ellos al concurso. Una vez terminado su segundo poema, lo pasó en limpio; como por un matiz, quedando la parte grosera en los borradores. Con letra elegante y clara para la fácil lectura, y después de mostrárselo á Clotilde, presentó su poema al Jurado con las formalidades de estilo exijidas en estos casos; y aguardó la respuesta.

IX

La salud de Clotilde iba quebrantándose por el exceso de amor que ella tenía por Virgilio, y de consiguiente, los celos nacidos de esa pasión ardorosa de la qué ella misma fomentó, la atormentaba aniquilando sus fuerzas y desvaneciendo la esperanza de felicidad soñada con el poeta. Los celos aumentaron al leer ella el nuevo poema de su novio, donde se convenció que á pesar de presentarla como una dio-

sa terrenal, no sentía Virgilio las pulsaciones de inspiración excelsa que sintió por su Carmen amada, de modo que existía una diferencia de amor, diferencia que Clotilde la avaloraba en mucho, en lo más estimable de la vida. Aunque Virgilio trató de persuadirla arguyendo que no era permitido repetir lo dicho anteriormente, ella no se dió por satisfecha y atizó leña al fuego que ardía en su fogoso corazón. Sostenía ella que, siendo Virgilio un vate eminente, podía crear un nuevo amor si no lo sentía, ó inventar distintos giros y formas para expresar el mismo del poema «Carmen». No hubieron palabras para tranquilizar aquel corazón de acelerados ritmos. El brumoso pensamiento de que Virgilio le fuera infiel por la reminiscencia de su Carmen, agravaba de cada vez más su delicada salud hasta que se vió obligada á guardar cama por una incognoscible enfermedad.

Virgilio esperaba con impaciendia el dictamen sobre su trabajo, acariciando la risueña visión de una nueva medalla de oro; y esta grata ilusión, convirtióse pronto en una profunda desagradable sorpresa cuando la comisión del Concurso, encargada de examinar los trabajos, le comunicó el rechazo, por salir del programa y por haber

el Jurado discernido los premios de primera y segunda clase, á otros noveles poetas, que desarrollaron los temas con más fecunda y elevada inspiración lozana.

La decepción percibida, fué atroz; el golpe moral, no podía ser más cruel. Cayó de su elevado puesto de admiración literaria, como cae de las alturas el águila herida en sus poderosas alas. Tropeles de ideas en desordenados torbellinos, se agitaban en su cerebro, buscando la causa de su desacierto; enjambres de pensamientos en continuo laberinto, no le daban una explicación satisfactoria á su desastre. Todo su anterior éxito glorioso, quedaba eclipsado por un fatal momento, como la luz del sol ante obscuros nubarrones. El nuevo triunfo de qué él esperaba, se desvaneció cual ligero sueño. Releyó su composición poética indagando el motivo de su angustia, y creyó haberlo encontrado en el pasaje concerniente á Clotilde, que la describía como á una belleza árabe semejante á una estatua hábilmente cincelada por un escultor griego, pero sin el sentimentalismo que supo dar á Carmen la inspiradora de su anterior poema. Su cerebro ardía en constante ebullición, recriminándose él mismo de haber declarado su amor á Clotilde por la que él no sentía gran afecto, y como

visión áurea aparecía Carmen con una corona de laurel en la mano en aptitud de ceñirla al poeta.

Clotilde, hallábase en cama enferma por lo que ella presumía desamor en Virgilio. Su corazón dolorido, semejaba á una cascada de saltantes penas. Sus luchas íntimas entre el espíritu y la materia, convertíanse en tenacidades violentas como para arrancar de su pensamiento el nombre de Carmen, y de su corazón, el de Virgilio Mendoza, á quien tanto amaba y que por él hallábase en el borde del sepulcro. Ella había sabido el rechazo del poema de Virgilio, por una de esas amigas que nunca faltan para comunicar desagradables noticias; y como es de suponerse, esto produjo en ella una nueva sensación de pesar.

El médico que asistía á la enferma, reconociendo en uno de esos momentos felices en que las dolencias tienen sus descansos para adormecer el mal, dispuso que á media tarde, podía levantarse y dar un paseíto por el ameno y saludable jardín de la casa, á fin de distraer á su abismado espíritu y tomar de paso un poco de sol como para fortalecer las débiles fuerzas degastadas en la enferma.

X

Virgilio, disimulando su malestar, fué á casa del doctor Benitez, por ser domingo y hora de visita, y á la vez, para despreocuparse de su atribulación.

Anunciada la llegada de Mendoza, el doctor Benitez, que hallábase en casa, lo recibió en la sala, dándole el pésame por la desaprobación de su segundo poema, y estimulábale para que no desmayase en la senda literaria, poniéndole como ejemplos confortables, buen número de casos semejantes, ocurridos á insignes escritores, los qué después de un percance de esa índole ó algo análogo, se han levantado, llegando á la cumbre de la eminencia, cual aves que descienden para remontar más alto su elevado vuelo; y agregábale que, hasta el sol que constituye la obra más admirable de la naturaleza, tiene también sus días opacos al lado de otros de refulgente esplendor.

Al preguntarle Virgilio por la salud de Clotilde, respondió el padre de ella:

—Sigue algo mejorada. El médico doctor Sancibar, la halló hoy un poco mejor, ordenándole un ligero paseito por el vergel; y como el día es hermoso, con un sol vivificador, se levantó y por ahí anda.

Ignorando Virgilio la clase de enferme-

dad de Clotilde, interrogó con interés mezclado de acento cariñoso:

—¿Aún no ha diagnosticado el médico cual es la dolencia que aflije á la bella y gentil Clotilde?

—Yo creo, que el médico todavía no ha llegado á entender la enfermedad, porque tan pronto dice que ella presenta síntomas de aneurisma como à lo mejor opina que es principio de anemia.

—Si el médico no entiende la enfermedad, lo más acertado, sería cambiar de facultativo.

—El médico Sancíbar, está bien conceptuado como especialista en las enfermedades de mujeres, y yo tengo fe en él.

Virgilio cambiando de conversación, dijo al doctor Benítez:

—¿Quiere usted doctor, si no hay inconveniente, que pasemos al jardín?

–Inconveniente ninguno, ya sabe que está usted en su casa.

—Muchas gracias.

El doctor Benítez, dió el brazo á su llamado futuro yerno, acompañándolo al jardín.

Allí, paseaba Clotilde, seguida de la mucama, de nombre Isabel. Habían desaparecido de su rostro,—de Clotilde—los purpúreos matices del granado que coloreaban antes sus transparentes mejillas; hallándo-

se tan sólo, la melancólica palidez de la cera virgen. La pobre se consumía cual místico cirio encendido en el altar del sacrificio, vertiendo sidentes lágrimas de consunción. Sus pacitos eran cortos, motivados por la enfermedad. Apoyábase de vez en cuando, en los barrotes del verjado del jardín. En una mano, tenía un pequeño ramillete, hecho por ella misma, con flores que Isabel había arrancado á su indicación; eran ellas, heliotropos, miosotis y violetas, circundadas por un lacito llamado de amor; y dirijiéndose á la fiel mucama, díjole con acento sollozante: «Talvez sea éste el último ramillete que mis trémulas manos hacen para Virgilio!» Isabel trató de consolarla, con palabras tranquilizadoras.

Virgilio se acercó á ella saludándola con cariñosa ternura. El doctor Benítez se retiró encomendando á Isabel que vigilara de cerca á los jóvenes novios.

Virgilio, después de haberla saludado, díjole con afabilidad:

—Mucho celebro verla á usted algo mejorada, tomando el ambiente perfumado que se desprende del verjel florido, con toda su lozanía en medio de un sol primaveral que reparte sus caricias á granel.

—Gracias Virgilio. El médico, ha encontrádome algo aliviada; pero yo, de cada

vez, me siento peor; y tan sólo la presencia de usted, consuela mi enfermedad de amor!

—¿Cómo? enfermedad de amor?

—¡Sí! Su Carmen me ha robado la tranquilidad, turbando mis sueños y disminuyendo la ternura de qué usted debiera dispensarme!

—Se queja usted de falta de ternura en mí, cuando solamente vivo por usted; por usted he permanecido en esta ciudad, por usted escribí un nuevo poema!—Exclamó él con ironía.

—¡Precisamente en el poema á que usted hace referencia, es donde me convencí de que usted no ha sentido el mismo amor que sintió por Carmen!

—¡Son falaces presunciones suyas!

—¡No son presunciones engañosas, no; sino que son hechos claros; y la prueba de ello, está en el distinto resultado de uno y otro poema!

—¿Cuál es el distinto resultado á qué usted alude?—Dijo algo turbado, por tan desagradable recuerdo.

—¿Acaso lo ignora usted?

—No puedo contestar sin saber á lo que usted se refiere.

—Pues bien, replicó ella dando un poco de energía á su débil palabra—¡El recha-

zo de su poema, donde al presentar á su Clotilde como una belleza bajada de lo más alto del empíreo, le faltó á usted la expresión sublime del amor, la cual no pudo usted expresar porque talvez por mí no lo sintiera!!

—Por Dios, Clotilde, deseche usted esos quiméricos celos y piense en los días felices y venturosos que los dos correremos en cercano matrimonio.—Dijo él acariciándole una mano.

—¡Oh, si mi cerebro pudiera pensar en ello, qué feliz sería yo!

—Siendo usted dueña de su libre voluntad, bien puede pensar en los placeres de una unión, de una nueva vida!

—¡Es qué para ello, sería menester no amarle tanto, y aceptar á usted como se acepta un obsequio!

—Pero, querida Clotilde, ¿qué es lo qué usted teme ó qué clase de dudas habitan en su enfermizo cerebro?

—¡Su poema «Carmen»!

—No se preocupe más de Carmen. Conversemos de otras cosas... Ofrézcole mi brazo para ir á sentarnos debajo de las corpulentas frondas de aquella hermosa araucaria.—Exclamó Virgilio con tono de súplica y señalando el precioso vegetal.

Clotilde aceptó el brazo de su novio yen-

do con él á sentarse sobre el manto obscuro y fresco que proyectaba el añoso árbol; el cual, hallándose circundado por un banco de madera, tomaron asiento en dicho.

Una vez sentados, Virgilio interrumpió el silencio, y con palabra afable, dijo:

—Distráigase usted, y mire como revolotean los tiernos pajarillos cantando con sus arpegios siempre puros, sus proezas de amor; y saltando de rama en rama, no saben cual escojer para posar sus delicadas patitas....Y dirija su vista más allá y verá á las palomas arrullando con íntima harmonía ante el palomo que se asocia al admirable concierto de la naturaleza y juguetea con el sol luciendo los cambiantes de su tornasolada gola.

Clotilde, recobrando ánimo y dirijiendo la visual al espacio, contestó con suave acento de admiración:

—¡Qué dichosas son las aves!....¡Cuántas bellezas encierra el globo terráqueo, y en medio de este conjunto excelso, cuántos males se hallan!....--Y aminorando su voz, agregó con tono melancólico:—¡Oh, dorado sol que reanimáis momentáneamente mi atribulado espíritu, no os retiréis, dejad que os contemple; pues voy sintiendo la frialdad de vuestra ausencia: dentro de poco, ya no presentaréis ante mi débil

vista vuestra túnica acariciadora y esplendorosa que cobija las mieses matizándolas de oro, coronando de púrpura la cabellera de esta araucaria que nos dá su apacible sombra; ya no volvéis á visitarme, magno astro solar!.... ¡En lontananza, veo negros nubarrones como presagio de un funerario manto!....¡Estoy presintiendo los rigores de la muerte!!...

Virgilio sumamente conmovido por estas locuciones tan lúgubres, sintió un aumento de amor y exclamó:

—¡Qué ideas aterrorizadoras tiene usted!....¡Qué atrocidad pensar en la muerte!....¡No piense en ello, son fantasmas que aparecen ante su vista alucinada y se desvanecerán como el humo en la atmósfera!....¡Piense en vuestras próximas bodas!....

—En estos últimos instantes, voy creyendo que usted me ama; pero ¡ya es tarde!... Entrego á usted, quizás, mi último ramillete, y si así lo fuera, encontrará usted en estas mudas y elocuentes flores, todo un poema, un poema mucho más sublime que el suyo premiado, un poema de amor casto, sincero, ardiente y mortal en qué una joven muere bendiciendo al sér amado que indirectamente, ha provocado tan funesto fin!...

Corrían por las mejillas de Clotilde, dos frías lágrimas, que siendo vistas por Virgilio, exclamó con ternura:

—Recoja usted esas dos líquidas perlas diamantinas que se desprenden de sus lagrimales, y démonos un abrazo, un fuerte abrazo como símbolo de una unión.

Clotilde enjugó sus lágrimas y los novios diéronse el abrazo; y como Isabel oyera el estampido de un beso, dió la espalda para no ser testigo. Despuès de esto, Clotilde sintió desfallecer sus escasas fuerzas: llamó á Isabel y pidió que la condujeran á su habitación; á cuyo fin, Virgilio cooperó prestando su ayuda y con gran trabajo, la llevaron al aposento. La servidumbre de la casa, se puso toda en actividad. El abogado Benítez, ordenó fueran á buscar inmediatamente al médico, suplicándole la urgencia.

Virgilio, se retiró á la sala. El padre de la niña, la hizo acostar en cama, dándole una toma del medicamento prescrito por el facultativo para los casos de desfallecimientos de fuerzas vitales. Benítez, permaneció á la cabecera de Clotilde, aguardando impacientemente al médico y éste tardaba en llegar.

La pobre é infortunada niña, comenzó á sentir las convulsiones de la parca ciega que disputaba su alma para llevarla á la

mansión celeste y darle allí eterna felicidad; al sentir esto, ella pidió que llamaran á Virgilio y al comparecer, se despidió sollozando y encargándole que no la olvidara; y producida la consiguiente escena desgarradora, solicitó perdón á su afligido padre, y en un gemido de suprema despedida, entregó el alma á la eternidad!... ¡Todo para ella había ya fenecido!... Mendoza que había empezado á quererla con sinceridad, asoció su llanto al del atribulado padre, que lloraba desconsoladamente.

Virgilio permaneció toda la noche en la capilla funeraria, velando á la que su amor había originado tan lamentable conclusión.

XI

Unos días después del fallecimiento de Clotilde, empezó Virgilio á meditar respecto á la triste situación no prevista. El rechazo de su último poema, lo había arrumbado; varios de sus llamados amigos, ya no le dispensaban la misma amistad nacida á raiz del poema anterior y estrechada con laudatorios brindis en el banquete suntuoso dado en su honor. Ellos habían sabido la desaprobación del poema «Centros Sociales» de Virgilio Mendoza, y no le perdonaban ese fracaso; y por tanto, algu-

nos de ellos empezaron á desligarse del bardo que había comenzado á obscurecer su ponderada reputación de eminente vate.

De modo que, los ruidosos aplausos, las delirantes aclamaciones, el éxito arrebatador y expontáneo, habíanse perdido en el pasado como se pierden los perfumes en el ambiente libre. Ya no era Virgilio Mendoza el nombre de «moda» en las reuniones, sinó el de Octavio Garamusa, nuevo vate premiado con medalla de oro en el último concurso de Juegos florales, con quien los inconsecuentes amigos de Mendoza trataron de entablar amistad á fin de figurar al lado del novel poeta; cuyos destellos de una nueva gloria, parecían dar parte de sus áureos fulgores, como un foco de luz incandescente da explendor á los objetos que se hallan cerca de él.

Mientras el nombre de Octavio Garamusa, se discutía en los centros literarios, el nombre de Virgilio Mendoza, que también tuvo su época de apogeo, descendía al olvido. Dejemos á Octavio Garamusa, tranquilo en su casa, porque para la presente novelita, no tiene más que ese ligero pasaje, cual golondrina de paso.

Virgilio, veía con pesar la desaparición de Clotilde y con ella, su malogrado éxito de egregio vate, ensalzador de la belleza

y del amor, que en el poema «Carmen» supo arrancar los más encomiastas elogios y honores, para su proceso de gloria. No tuvo la misma suerte con su segundo poema, donde al hablar de Clotilde, no pudo darle el sentimentalismo de amor, con rasgos encantadores y sublimes, puesto que él por ella no lo sentía, dando dicho poema por resultado, la muerte de esta protagonista y la de la fama del poeta Mendoza.

La casa de Virgilio, tan frecuentada antes, era ahora un claustro olvidado. La campanilla eléctrica, sonaba más á menudo para anunciar la llegada de un acreedor, que para la visita de un amigo. Mendoza que antes quejábase de que los periodistas le molestaran de continuo en solicitarle producciones, ahora nadie le pedía ni leían con agrado sus poesías sueltas; costándole á él gran empeño y súplica para que le dieran publicidad á algunas de sus cortas producciones, donde con todo ingenio y arte poético, daba salida á las penas de su dolorido corazón.

El qué en tiempo no distante, era mimado por el camienzo de la fortuna y miramientos sociales, hoy descendía la escala social, confundiéndose en la esfera de la baja clase, lo mismo que uno de esos refulgentes soles nocturnos que, apagada su

portentosa luz, queda ignorado en la inmensidad celeste. Como poeta, creía que el bienestar le sonreiría siempre y con esa ilusión, descuidó su porvenir.

Su cerebro atormentado, llenábase de tinieblas forjando mil imágenes estrañas y pavorosas; pasando por sus nublados ojos, ondas de angustias como proseción de espíritus en confuso torbellino, posesionándose de él, una idea funeraria: el suicidio. Paseábase cabizbajo en su habitación modesta, con paso inquieto y mirada nerviosa. Abrió la ventana del balcón de su casa y se asomó: el cielo, ostentaba la gallardía de una noche primaveral; y entre un lecho de nubes peregrinas, jugueteaba la luna acariciando con sus opalinas claridades el rostro tristón del afligido vate; esas caricias, cual si fueran pétalos desprendidos de un inmenso ramo de jazmines y deslizados suavemente por la cara del bardo herido en su amor propio, destruyeron la idea aterrorizadora del suicidio, reviviendo en él la esperanza de bienestar y triunfo, como la flor que conserva un átomo de lozanía redivive en agua fresca. Desde esa hora contemplativa en que, al ver surgir el magnánimo astro nocturno claro y límpido, cual un poderoso y refulgente arco voltáico, repartiendo sus celajes argentados,

evocaba las reminiscencias de días más venturosos que los presentes; complacíase en pensar de nuevo en su Carmen amada, elevando su pensamiento en alas de la fantasía creadora hacia el amor primero, de aquel afecto tan noble y tan desinteresado. Carmen, volvía á ser el ideal perseguido del poeta, como la mariposa perseguida por un niño en el pensil; volvía nuevamente á forjar la ilusión querida y serena, cual afecto celestial.

Virgilio recordaba haber sido infiel al amor jurado á Carmen; pues había declarado su querer á Clotilde, y si bien es verdad que por ésta no sentía la misma pasión que sintiera por aquella, lo cierto es que faltó á su compromiso formulado en la noche del baile dado en casa del señor Campo del Olivo, y á no haber muerto Clotilde, es casi seguro de que hubiera contarído sus nupcias con esta dignísima y virtuosa niña; pero, parece que la Providencia dispuso de que Clotilde fuera á ocupar un puesto más elevado del que pudiera ofrecerle Virgilio en este mundo harto cruel.

El pensamiento de su infidelidad, lo inquietaba; pero su poema «Carmen» premiado con medalla de oro, lo alentaba á cobijar de nuevo el amor de la qué le ins-

piró tan excelsa y admirada obra. Decidióse abandonar la populosa y protectora ciudad bonaerense por su pequeña y hermosa ciudad montevideana, su pueblo natal.

El ignoraba de la vida de Carmen; no sabía si ella hallábase aun soltera ó si había constituido hogar ó si lo querría como antes. Esta incertidumbre lo apenaba, y mucho más el encontrarse en estado de pobreza, volviendo á su patria con el mismo capital pecuniario que cuando salió de ella; pero llevaba, como él decía, un tesoro moral representado por su poema y por su medalla de honor al mérito. En cuanto al poema «Centros Sociales» que en mala hora le rechazaron, lo ignoraban en Montevideo puesto que no se publicó ni se publican por disposición del jurado las composiciones no admitidas en concurso. De modo que, en la ciudad montevideana, tornaría á figurar su nombre y vendería una buena cantidad de ejemplares del primer poema.

Por último, se despidió de su infortunado y buen amigo el doctor Alfonso Benitez, del leal compañero el agrimensor Diógenes Micoud y de otros pocos que le permanecieron sinceros y nobles.

TERCERA PARTE

I

Virgilio llegó á Montevideo á correr de nuevo las vicisitudes de la lucha por la existencia.

Después de saludar á su querida madre, á quien le contó los dias felices y los dias aciagos de su permanencia en Buenos Aires, salió á colocar en las librerías algunos ejemplares del poema «Carmen» para su venta al público, pues en el comercio de libros de esta plaza, aun no se conocía dicha obra, por cuanto Virgilio al publicarla, se limitó á la venta de ella en la ciudad que habitaba. Asi es que, para Montevideo, la obra era nueva. Como el autor tuviera la galantería de obsequiar con un ejemplar á cada director de hojas periódicas, resultó que la prensa ocupóse del poema, vertiendo raudales de conceptos elogiosos, tributando merecido homenaje al talento poético de Virgilio Mendoza, entrando nuevamente su nombre en boga; con todo lo cual, Virgilio consiguió buena venta de ejemplares.

Tornaron para el poeta, los dias risueños; pero no tan venturosos como aquellos

que por vez primera disfrutó en la gran metrópoli argentina. La presencia de nuevos dias felices, removia en su memoria el recuerdo esculpido del pasado, de ese pasado glorioso cuyo esplendor extinguido no volverá, como no vuelve el ave que huye.

Al encontrarse en la localidad de su primitiva novia, era muy justo que pasara por frente á la casa de ella con ansias de verla ó saber por intermedio de alguna mucama, algo referente á su Carmen. Así lo hizo. Pasó varios dias por la acera de la mansión de su amada y no vió á nadie, ni una luz, ni un hálito de vida. La casa hallábase completamente cerrada, reinando el silencio sepulcral; ante tal silencio, Virgilio quedó triste, aflijido, no sabia á qué atribuir ese suceso inesperado.

II

En una hermosa quinta de Atahualpa de propiedad de la familia de Tremola, hallábase ésta pasando una temporada primaveral. El dia era encantador, y bajo la fronda de un parque, encontrábase don Joaquin y un sobrino suyo de nombre Atilio, hijo de misia Marcela. La presentación de estos dos nuevos personajes, ligeramente esbozados, es como sigue:

Don Joaquín, un hombre sencillo, de lenguaje campero, escaso de instrucción; criado desde la infancia en la interperie acariciadora de los bosques. En su rostro, las facciones reflejaban su energía y nobleza. Su edad era aproximativa á cincuenta caídas de hojas. Barba entera y cabello negro. Sus prendas de vestir en la ciudad, consistían en traje de saco, botines y sombrero blando de ancha alas, todo negro; y del mismo color, un pañuelo de seda en el cuello.

Atilio, joven de veintiocho veranos; educado en la ciudad y divorciado del trabajo, pasaba su vida en los salones, fiestas y paseos.

Don Joaquín, hablando con su sobrino, expresóse con acento de paisano:

—Caramba, si tu hermana se casara con Felisberto, sería un buen casorio. El pronto va venir.

—¿Vino con usted de la estancia? — Interrogó Atilio.

—Sí, venimos juntos y se güe á la casa de una comadre; pero me dijo que iba venir esta tarde p'a dar una güelta á caballo.

—Yo veo muy obscuro ese casamiento.— Interpuso Atilio.

—Es que vos confundís «retreta con serenata». Yo lo veo claro, porque tu mama está interesada en el partido.

—Se quedará Felisberto con las ganas, porque Carmen no lo quiere.

—Vos que sabés de estas cosas, y Carmelacha tampoco compriende porque tuavía es una ternera mamona.

—¡Vaya una comparación!

—No te dije, pedaso de gurí grande, que vos no entendés nada!

—Carmen, me manifestó que no piensa casarse.

—Todas dicen asina en no encontrando novio á su gusto; y en dispues, se quedan con las ganitas del cosquilleo, como le pasó á su tía Lérida, que á tanto elejir, se quedó p'a vestir al cura.

—Para vestir santos, querrá usted decir.— Objetó Atilio.

—Lo mesmo da vestir al fraile que á los santos, tuito queda en la eglesia. Y vos, decime, ¿cuándo te casás?

—Yo pienso vivir soltero como usted.

—Es lo mejor. Asina, ché, se vive feliz y libre como el potro que relincha de contento en el verdeo del campo.

—Dígame, tío, ¿usted cómo define el amor?

—Yo, como hombre de campo, lo comparo con el lazo, que impiesa por la presilla y acaba en la argolla, quedando uno enlazao... Me voy aser prontar los fletes.

—Yo también voy á hacer ensillar el mío. Lo acompaño.

Don Joaquín y Atilio, salieron juntos con el fin antedicho.

III

Felisberto, en la estadía de Carmen en la estancia de la familia Tremola, se enamoró apasionadamente de ella. El había llegado ese día de su estancia; era un joven de unos treinta y cuatro años, de regular instrucción, muy fuerte hacendado y contaba con el beneplácito de la mamá de Carmen.

La hija de misia Marcela había entrado á pasear en la quinta, y hallándose sola, exclamó, como si preguntara á los brotes de los árboles:

—¡Hasta cuándo esperaré al poeta idolatrado, al sér querido, al ideal tanto tiempo soñado!... ¿Será infructuosa la espera? no lo sé... ¡Tres años há qué no nos vemos y que no tenemos noticias!... Sin embargo, él debe estar aquí, en Montevideo, porque los diarios hablaron hace pocos días de su retorno de Buenos Aires.

Paseábase distraída y pensativa, cuando oye una voz que la saluda diciéndole:

—Buenas tardes.

—¡Ah!—Exclamó Carmen con espanto al ver que no era el que ella aguardaba; en efecto, era Filisberto el que entraba por el portal de la quinta.

—¡Qué es eso! ¿Soy algún toro salvaje?—Repuso Felisberto.

A lo qué Carmen contestó titubeando:

—No....es....que....esperaba....

—¿Qué me presentara yo en otra forma?

—No....si....no sé!

—Siempre despreciativa para conmigo.—Objetó Felisberto.

—¿Y usted piensa seriamente en hacerme su esposa?

—¿Y por qué no lo voy á pensar?

-¿Por qué? Por la sencilla razón de que nos hallamos en dos distintas sociedades; y usted no debe pretender que una niña de ciudad, habituada á oír galanteos y distinciones en los salones, se convierta en una rústica campesina!—Observó con enfado.

—Precisamente los galanteos de los salones, son la ruina de toda joven.

—¡Eso lo dice usted, porque es hombre de campo!

—No crea que porque suelo envolverme con poncho de lana, sea un carnero.

—¡No me importa saber si usted es carnero ó si deja de serlo! ¡Yo nací para vivir en la ciudad!

—Siendo yo rico, poderoso y habiendo recibido instrucción y teniendo regular inteligencia, puedo hacerla feliz en la ciudad ó en el campo, donde usted quiera!—Exclamó Felisberto con tono de indignación.

—¡No necesito de usted ni de sus riquezas! Yo también soy rica!—Repuso Carmen con desprecio.

—¡No es verdad! ¡Es necesario que sepa que la estancia de ustedes, está hipotecada á mi favor, por dinero que he dado á su mamá, talvez para algún negocio de ella.

—¡¡Eso es falso!!—Objetó Carmen colerizada.

—¡No es falso y tan cierto es, que aquí tiene usted la escritura!—Y diciendo esto, sacó de su bolsillo un legajo de papel sellado para dar fe á su aseveración.

—¡A ver, á ver!—Replicó Carmen, y tomando la escritura en sus manos, exclamó:

—¡¡Esto es nulo, no tiene ningún valor!! — Y rompió los papeles, arrojándolos en el césped.

—¡Con qué sí, eh!—Repuso Felisberto cruzando los brazos.—¿No sabe usted que en la escribanía puedo hacer sacar otra copia?

—¡Para martirio mío, puede usted hacer mucho!

—¡No, no es para martirizarla, sino para

que me quiera como yo, que la quiero con delirio!

—¡¡Jamás, imposible!!

—¡A pesar de mi condición de pasaino, esclava de mi choza usted será!—Repuso Felisberto, empezando á sentir la ofensa á su amor propio.

—¡Eso nunca! ¡¡Lo veremos!!—Carmen dejó salir de sus labios estas frases con toda la energía de su pecho y alma.

—¡Bolsas repletas de amarillas tengo para comprarla; y con su mamá, el contrato firmaremos!

—¡Con ella sí, podrá firmarlo y casarse, pero conmigo, NÒ!!

—¡El dinero es el Dios de la tierra que lo puede todo!

—¿¡Cree usted por ventura, que soy una ramera á quien se le compra con el vil metal!?

—¡Yo ya no quiero saber lo qué es usted! ¡Hasta hace poco, la quise por amor; pero ahora, al verla altanera como fiera embravecida, trataré de que pase á mi dominio para tenerla bajo mis amansadoras espuelas!

—¿¡Y así quiere usted hacerse querer, revelando sus instintos de bestia!?

—¡No sé que diferencia hay del hombre ofendido á una bestia!

Misia Marcela, que desde adentro del pa-

lacete había oido tonos exaltados de voces, salió al jardín á averiguar que acontecimiento era ese, preguntando á viva voz:

—¿Qué gritos son esos?—Y apercibiéndose de que se hallaba Felisberto, cambió su acento con afectada cortesía y disculpándose, dijo:—Caballero Felisberto, usted había estado aquí y yo ignoraba su grata presencia; usted me perdonará que haya venido á recibirlo en términos talvez agrios.

—No tiene porque pedir perdón, pues es usted muy dueña de expresarse en los términos que más le agraden.

—Gracias, caballero.

Después del saludo convencional, misia Marcela, habiendo indicado asiento, sentóse Filisberto y ella; y como Carmen intentara retirarse, la madre observó:

—Pero Carmen, ven á atender á la visita, no seas descortés.

—Es qué tengo que hacer adentro.—Repuso Carmen con ansias de retirarse de tan molesto pretendiente.

—Déjalo para luego, hay tiempo para todo.—Objetó la madre.

Carmen, que había empezado á alejarse, retrocedió y sentóse algo distante.

—¿Por muchos días, tendremos el agradable gusto de tenerlo á usted por aquí, joven Filisberto?—Interrogó misia Marcela.

Carmen, en un aparte, dijo muy bajo:— Si lo partiera un rayo, ¡qué feliz yo sería!

—No, misia Marcela; hasta fin de mes, nada más. Pues pienso realizar para esa fecha mi casamiento, ó de lo contrario, pedir el traspaso á mi poder de su estancia hipotecada; que según me dijo usted por carta, no le será posible devolverme mi dinero en el plazo fijado.

—¡Ya ves tú!—Dijo misia Marcela á Carmen.

—¡Yo nada tengo que ver con sus arreglos é hipotecas!—Respondió Carmen bastante disgustada.—¡Los bienes que me corresponden por herencia de mi difunto y querido padre, son muy míos; y nulos son todos los gravámenes que pesen sobre ellos sin mi firma de heredera!

En efecto, misia Marcela había hipotecado la estancia que se hallaba en condominio de la familia Tremola, con el fin de adquirir tres suertes de campo que le ofrecieron en venta por reducido precio, las cuales pasaron á su poder. En cuanto á la escritura de hipoteca, era nula; y bien debía de saberlo el escribano que la autorizó, pero como según el adagio «la necesidad tiene cara de hereje», extraño no es encontrar un profesional necesitado que la formulase dándole apariencia legal.

—¡Basta!—Replicó la madre á la hija.— ¡Eres soberbia, pero todo se conciliará!

Y entrando don Joaquín, se dirijió éste á Felisberto, diciéndole:

—Caracho, ché, que has tardao.

—Es que tuve que hacer en el centro, y por eso no vine antes.

—Los fletes ya están prontos. ¿Vamos, ché, á dar una güelta por estos pagos de Atagualpa?—Murmuró don Joaquín invitándole á salir.

—¿Qué prisa tienes tú en sacar á Felisberto de aquí?—Interpuso misia Marcela.

—No te hagás la política, ché hermana. Mirá que las peras maduran á su tiempo.

—Es temprano todavía.— Objetó Felisberto.

—Dejate de jorobar, mirá que el paseo se puede volver «torta frita»—Replicó don Joaquín.

—Bueno, ya que tenés tanta prisa, vamos.—Contestó Felisberto levantándose y despidiéndose con un «hasta luego». Carmen permaneció indiferente.

IV

Lérida, tía de Carmen, era una mujer solterona y afable á pesar de los cincuenta y dos otoños que llevaba encima como

recuerdos atormentadores. Ella, como todas las que llegan á esa dolorosa edad en estado de soltería, había tenido pretendientes en su lozana juventud, los qué rechazó por no reunir las condiciones exijidas por su propio descontento; y entre elijiendo y esperando, malgastó su preciosa edad juvenil, hallándose, con pesar suyo, sin compañero íntimo de hogar. Una pequeña cantidad de níveos cabellos, han extinguido en proporción, el ardoroso fuego que en otro tiempo abrigaba su candorosa alma. No obstante, conservaba tersas líneas en su rostro, reflejando la pureza de su corazón.

Vino esta al parque frondoso donde hallábanse su hermana y su sobrina, y sentóse cerca de ellas asociándose con toda familiaridad.

Misia Marcela, dirijiendo la palabra á su hija, dijo con pesadumbre:

—¡No sé hasta cuando serás niña para no apreciar la diferencia que hay de Felisberto al aventurero versificador!

—¡Al ofender á Virgilio, usted me ofende directamente á mí! — Exclamó digustada Carmen.

—¡Es menester que salga de tu cabeza ese pobre diablo que no tiene en qué caerse muerto!—Repuso misia Marcela indignada

—¡Soy dueña de mi voluntad, y por tanto, dueña soy de querer al qué mejor me plazca!

Lérida tomando parte en la conversación, se interpuso:

—Eso prueba evidentemente que el amor de ella por Virgilio, es inquebrantable.

—¡Virgilio se habrá casado que tiempo há!—Objetó misia Marcela.

—¡No importa, viviré soltera!

—Es inútil, la matarás; pero no conseguirás tú intento.—Repuso Lérida.

Carmen levantóse, y volviendo la vista á otro lado, lagrimeaba.

La madre de Carmen como advirtiera que su hija llorisqueara, dijo:

—¡Llora, que las lágrimas perlas son!

Lérida, poniéndose también de pié, interrogó á su hermana:

—Pero si Carmen no quiere á Felisberto ¿por qué la mortificas tanto?

—¡Por su propio bienestar!

—¡No veo bienestar faltando amor!—Repuso Lérida.

—¡El amor, se hace con el trato!—Objetó misia Marcela.

—No, el amor nace y no se hace.—Murmuró Lérida.

Carmen enjugándose los ojos.

—Estoy de acuerdo con tía. El amor nace, como los poetas!

—Dichosos poetas ó locos que trastornan á las jóvenes inexpertas! — Exclamó misia Marcela.

—Yo ya tengo veinticuatro años cumplidos.

—¿Y qué me quieres decir con eso?

—¡Quiero decirle que tengo edad suficiente para contraer matrimonio sin su aquiescencia!

—¡¡¡Es un absurdo; sin el beneplácito de una madre, es una inmoralidad!!!—Dijo misia Marcela muy indignada.

—Desde que la Ley emancipa á la mujer á los veintitrés años para ese noble fin social, no hay inmoralidad.—Observó Lérida.

Misia Marcela, dirijiendo la palabra á su hermana:

—¡Mira, mira; hazme el favor de no contrariarme!!—Y volviéndose á Carmen, dijo:
—¡El 30 de este mes, hay que dar una contestación categórica á Felisberto!

A lo qué Carmen, moderando el tono de indignación con objeto de obtener de la madre una complacencia, respondió:

—Está bien; para esa fecha, daré una respuesta concluyente. Ahora, antes de que se haga más tarde, bueno sería salir á dar nuestro habitual paseo al «Puente de las duraznas».

—Es verdad. El día es hermoso, encan-

tador y sería saludable el aprovecharlo.—Repuso Lérida deseosa ella tambien de salir á paseo.

—¡Para tranquilizar los nervios!—Exclamó misia Marcela.

—Ó para tomar el aire y recrear la vista.—Observó Lérida.

—No tengo muchas ganas de salir, pero —á Carmen—dile á Fabio que haya prender el carruaje, cochero y lacayo de librea.

—Inmediatamente, mamá.—Carmen tocó el timbre y dió la antedicha orden.

Misia Marcela y Lérida, retiráronse á sus aposentos para ataviarse. Igual hizo Carmen.

V

Una tarde, hermosa tarde primaveral que jamás la olvida Virgilio; tarde aquella en que el sol prestaba todo su galanura á la naturaleza, dándole color y vida á la que había pasado aletargada durante el agreste invierno. Era esa tarde, de augurios y presagios halagüeños para el alma congojada de Virgilio, el qué, paseando por los alredores de los enverjados de las encantadas quintas de Atahualpa, asociaba su fantástica imaginación de poeta á las sublimidades voluptuosas de la templada es-

tación. Las flores plateadas, coronaban los verdes tallos como las blancas espumas coronan las olas marinas. Los árboles, considerábanse felices en florecer y se contaban, algunos, las ternuras de las hiedras que reclinaban sus pechos sobre ellos, como doncellas en brazos de gigantes legendarios.

De pronto detúvose Virgilio ante la presencia de una suntuosa quinta, que ostentaba el esplendor de un dominio feudal; cuyo bosquejo ligeramente trazado, es como sigue: hacia afuera, grandes verjados de hierro con artísticas combinaciones, circundando toda la parte exterior. La entrada, regia como la de un palacete encantado; hacia dentro, á derecha é izquierda, voluptuosos jardines con infinidad de plantas de diversos gustos y distintos perfumes; y en el centro de cada jardin, una fuente con juegos de agua, que al ser espelida de las fauces de mitológicas figuras, curvábanse en arcos diamantinos, esparciendo un polvillo á semejanza de transparente niebla; en lo más alto de cada fuente, un surtidor que al arrojar el agua como desafío á los rayos solares, formaba coronas diáfanas. El harmonioso rumor de la sinfonía del líquido elemento en continua renovación, parecía contar interminables ternuras de la florida selva.

Al frente, un magnífico edificio con espaciosos escalones de pulido mármol y su respectivo barandaje, y en cada extremo de la baranda, una estatua; subiendo la escala, hallábase un pórtico de columnas sosteniendo delicados arcos, de donde pendían arabescos como ramos de glicinas detenidos en las bóvedas; dando una gracia y belleza seductora. En los corredores abovedados, veíanse desde afuera, esculturas, de donde colgaban bien cuidadas plantas de helechos.

Virgilio quedó extasiado ante la belleza de la esplendorosa mansión señoril.

Carmen, estando arreglada y pronta, salió distraida á la floresta á buscar flores, y reconociéndola Virgilio, clamó:

—¡¡¡¡Carmen!!!!

—¡Este acento, es para mí conocido!—Dijo ella estupefacta, reconociendo en aquella palabra de acento afable, al sér querido, al poeta tanto tiempo aguardado; y acercóse al portal como si fuera movida por un resorte eléctrico.

Su corazón palpitó con precipitados ritmos de amor, á manera de una rama agitada por impetuoso viento; y con transportes de júbilo y sus ojos anegados por una lágrima de admiración mixturada de alegría, exclamó tendiéndole su nivea mano

por entre los barrotes de la portada de hierro:

—¡Oh, Virgilio, qué dicha tan grande cuando una mujer vé al sér amado, después de una larga ausencia!

—¡¡Carmen, reina del casto amor!! ¡Qué placer y satisfacción tan inmensos, cuando se estrecha una mano idolatrada en un encuentro tan feliz como éste; pues yo ignoraba de que usted aquí estuviera!— Exclamó Virgilio dejando entrever sus ojos humedecidos, también por una lágrima.

—Esto es algo providencial, que talvez, el Omnipotente Señor, vela por nuestra dicha, proporcionándonos hoy una alegría tan íntima, como íntima es la alegría que experimenta el verjel florido ante la augusta presencia de la primavera!

—El corazón mío, en este instante de lejítimo é imponderable alborozo, estalla pronunciando un himno profundo de amor, borrando las huellas de aflicciones del pretérito atroz, seguido de la ausencia de sus cariñosas pupilas que consuelan al espíritu abismado.

Después de una ligera pausa y de haber enjugado los ojos, y como Virgilio diérase cuenta de no haberle preguntado la clase de suerte que había corrido en el alejamiento de amor, prosiguió con acento de interés:

—¡Cuántas penalidades se hallan en la separación de dos seres amados! No puede usted imaginarse lo mucho que he sufrido!... Y usted, ¿cómo ha pasado los ásperos días de nuestra ausencia?

—Pensando siempre en usted, buscando su amor, como buscan los pájaros la paz de las campiñas amenas; y tan sólo usted aparecía en fantásticos sueños míos, en los cuales, platicando con los caprichos de la divagación, éramos felices!

—Veo que su querer es siempre igual; y veo, también, que usted aún se conserva soltera, ¿no es verdad?

—¡Me extraña su pregunta!—exclamó con indignación—¿no le prometí esperarlo, jurándole amor?

—Es cierto; pero á veces, hay circunstancias que obligan á romper el compromiso en una niña.

—¡Eso nunca!—Exclamó con énfasis—Cuando se quiere de verdad, no hay fuerza factible que pueda quebrantar el firme propósito que uno se ha formado en amar á una determinada persona!... De lo contrario, preferible sería dejar de existir!

—Me halaga su entereza de carácter. En mi estadía en Buenos Aires, yo también he pensado siempre en usted, buscando su amor, como el sol busca guirnaldas entre

las nubes del cielo; y solamente su bella imagen, presentábaseme como una visión ante mi alucinada vista, inspirándome un canto, ¡un poema de amor!

—Conozco el poema á que usted se refiere, tia lo compró. Al presentarse usted aquí, sentí en mi interior, una agitación como la que siente la tierra cuando una fuerza oculta la conmueve!

—Un sueño me parece á mí, el verme al lado de usted, descubriendo nuevos encantos; viendo nacer en usted nuevas ideas de belleza; y su mirada ardiente, acrece en mí el amor, como crecen las florecillas en sus esmeraldinos tallos cuando el sol las acaricia!

—Su galantería y su presencia á mi lado, llenan de regocijo á mi alma enferma de tanto amarle.

—Cuán grato es, después de tanto tiempo, verse uno de nuevo junto al sér querido en un pensil encantado, aspirando el perfume en olas voluptuosas semejantes á velos de poesía que exhalan las florescencias al rendir su tributo en forma de misteriosa apoteosis á la diosa primaveral!

—Al esperarlo á usted, desechando los pretendientes que hacia mí se dirijían, no hice más que cumplir con mi palabra de amor: «ó de usted ó de nadie.»

—Pasando á otra cosa ¿está usted por salir, que la veo con sombrero puesto?

—Es verdad. Mamá me ordenó que mandara aprontar el carruaje, el cual no tardará.

—Será tal vez uno que hay aquí — dijo Virgilio mirando á un costado—con lacayo y cochero de librea?

Carmen miró por la verja y cerciorada de ser el de la casa, afirmó:

—Es el mismo.

—De modo que están ustedes de paseo.—Dijo Virgilio con acento de pesar.

—Es cierto, y bastante me aflije tener que despedirme de usted porque no tardara en venir mamá y tía... Y lo que más me apenará, serán las recriminaciones que la autora de mis días me hará á fin de que acepte á Filisberto en lugar de usted!

Virgilio asombrado y aguijoneado por un principio de celos, exclamó:

—¿Qué es eso de Felisberto?

—Es un hacendado lindero con nuestros campos, que ha llegado con mi tío Joaquín, y mamá quiere á todo trance que acepte *el amor que él no me inspira.*

- ¡¡Eso nunca!! sostenga usted sus palabras, sus promesas de amor!!

—¡¡Las sostendré!!

—¿Hasta cuándo?

—¡Hasta que usted disponga!

—¡De modo que usted acepta mi voluntad!!

—¡¡Mande y obedeceré!!

—¿Quiere usted que triunfe nuestro amor?

—¡Sí!

—¡Aunque sea violando la moral!?

—¡Por nuestro amor, ahora estoy dispuesta á todo! Harto derecho me da á ello tres años de sufrimientos y espera!

—Pues bien. El carruaje de su casa, nos servirá para nuestro triunfo. Subimos en él y usted dará la orden al cochero para que nos conduzca á la casa de la familia Campo del Olivo, donde quedará usted mientras yo gestiono los trámites legales para nuestra unión.

—¡No hablemos más, vamos!

Salió Carmen acelerando el paso por el portal, y Virgilio entrelazando el brazo por la cintura de ella, la llevó al carruaje, el cual salió al trote después de dada la antedicha orden al tronquista.

VI

Misia Marcela y Lérida, que estando prontas aguardaban en la sala á Carmen para salir á paseo, se resuelven ir á bus-

carla, ignorando el porqué de la tardanza de ella; suscitando el siguiente diálogo:

—Cuanto tarda en aprontarse.—Exclamó Lérida.

—Los dichosos espejos, son los que hacen perder el tiempo.—Repuso misia Marcela.

—Una joven como Carmen, necesita ataviarse bien antes de salir de casa.

—Espérame aquí. Voy á ver que es lo qué hace en su aposento.

Misia Marcela, vase con paso apresurado y quedando sola Lérida, dijo para sí:

—¡Pobre sobrina, cuánto sufre en sus amores contrariados por mi egoista hermana Marcela!

Vnelve asombrada misia Marcela por no haber encontrado á su hija y le dice á Lérida.

—¡Carmen no está!

—Ha de estar por el jardín haciendo algún ramo.—Objetó Lérida tranquilizando á su hermana.

—Se está haciendo tarde, y me parece que hoy no saldremos á nuestro paseo.

—El carruaje, ha de estar ya pronto.

—No sé, preguntaré—clama—Fabio.

Llega éste y pide órdenes:

—Mande usted, señora.

—El carruaje ¿está pronto?

—¡El carruaje! — Contestó Fabio asombrado.

—¿A qué viene esa admiración?—Interrogó indignada la madre de Carmen.

—Señora, el carruaje lo mandó enganchar la señorita y en él subió con un joven á quien llamó Virgilio.

—¡Con el fabricante de versos!—Exclamó misia Marcela con dejo violento y paseándose nerviosa.

—¡Con el propio carruaje de la casa, cochero y lacayo!—Repuso Lérida.

—¡Es una inmoralidad, no tiene perdón!

—¡Adiós paseo!—Exclamó Lérida, y como ésta deseara la felicidad de los novios, se dijo para sí: «Sean felices».

—¡Ah, desfallezco, socorro! — Gritó misia Marcela, cayendo desmayada sobre un asiento del jardín.

Lérida dirijiéndose á Fabio, pide:

—Un poco de agua de azahar, pronto.

Fabio se fué con ligero paso á buscar el agua.

Vuelta en sí de su desmayo, misia Marcela retiróse con Lérida á su habitación, excesivamente emocionada y propensa á que le diera un ataque. Infinidad de recriminaciones proferían sus labios; y la palabra afable de Lérida, le aconsejaba moderación.

Las luces declinaban, retirándose el sol en un crepúsculo resplandeciente de oro y nubes aluminias en el cielo azul; semejando éstas, guerreros antiguos en los bajos relieves del magestuoso y nunca bien ponderado palacio celestial de las divinidades; y por la puerta occidental de dicho palacio, entraba luego el astro rey con todo el esplendor de su alta dignidad y magnificencia.

VII

La familia de Campo del Olivo, era íntima de la de Tremola; así es qué, una vez llegado el carruaje á esa casa con Virgilio y Carmen, dió ésta explicaciones del porqué de la fuga.

La familia del Olivo, opusóse al principio en admitirla, pero dado el aprecio que dicha familia tuviera á Carmen y persuadida de qué se trataba de vencer la hostilidad que la madre de la niña oponía y que Carmen tan sólo quedaría asilada por breve tiempo, mientras Virgilio gestionara ante el registro civil los trámites necesarios á la celebración del matrimonio, accedió con alguna dificultad al hospedaje de ella.

Virgilio, retiróse á su casa; y al siguiente día, presentóse al juzgado de paz á lle-

var los datos para hacer extender el acta preliminar que debe preceder á la realización de matrimonio, y no habiendo ningún impedimento ni siendo menester la autorización de la madre por haber cumplido la edad requirida por nuestra legislación vigente, el oficial del registro civil, mandó publicar el edicto de práctica por el término de ocho días.

Sabedora la madre de Carmen que ésta se hallaba en casa de la familia Campo del Olivo, y queriendo evitar que el escándalo se hiciera público, trató de influir con dicha familia para que Carmen volviera á la casa materna.

La familia de Campo del Olivo no pudo convencer á Carmen de la convenencia de que ésta se retirara á su casa con el perdón y el retiro de la obstinación de la madre.

Carmen suplicó con lágrimas en los ojos, que se le permitiera estar allí por el perentorio plazo de ocho días y que al octavo saldría unida con su esposo aguardado tanto tiempo.

Misia Marcela de Tremola, conociendo la resolución de su hija y disculpándola del quebrantamiento de la moral de haber salido de su lado para contraer matrimonio contra su voluntad, quiso ella que las bo-

das de su hija, se realizaran con todo esplendor en su propio hogar, á fin de desvirtuar cualquier rumor que pudiera caer sobre el bien reputado apellido de obolengo.

Al efecto, hizo arreglar y ornar la casa que ella ocupaba, y que por herencia de su difunto marido, correspondía á su hija Carmen. Mandó avisar á su hija que hallándose arreglada y dispuesta la casa para que ella la habitara una vez efectuado el matrimonio, vería con sumo agrado que las nunpcias se realizaran en dicho hogar.

Carmen aceptó agradeciendo ese rasgo de generosidad materna. Y el octavo día lo pasó en su casa acompañada de su mamá, donde llegada la noche, celebraronse las bodas con todo el boato de esplendor, y ante el representante de la ley, el ministro de Dios, y una selecta concurrencia, los novios juráronse amor y fidelidad sin límites en el solemne acto.

Como se vé, dicha ceremonia matrimonial tuvo lugar en la misma casa en qué fué despedido Virgilio por la señora mamá de la novia, que habíase opuesto obstinadamente á que se llevara á cabo tan noble propósito, por faltarle al poeta los recursos pecuniarios para constituir y sostener un hogar; pero los novios, no carecían del caudal inestimable del amor, sublime

tesoro indispensable para consumar tan casta misión en la tierra y sin el cual, no hubieran salido airosos en este lance de «Triunfo de Amor.»

Inútil resultaron los trabajos de aislamiento impuestos por misia Marcela á su hija Carmen para extinguir la simiente germinadora en el corazón de tan virtuosa doncella, la qué hubiera muerto queriendo á su Virgilio amado, á su esposo ideal, que en sus horas de nostalgias, presentábasele como visión acariciadora. En cuanto á Virgilio, los lectores ya saben que fué desleal aceptando ó declarando amor á otra joven que no era Carmen y qué á no haber fallecido esa niña, de nombre Clotilde, talvez Carmen no hubiese tenido la suerte de estrechar en sus brazos al hombre de sus dorados sueños. Con todo, estos dos seres, habían nacido el uno para el otro, y era de ley providencial su mutua felicidad en unión indisoluble, triunfando así el Amor.

....

....

....

A la fecha han transcurrido varios años sin que Virgilio Mendoza tomase de nuevo la pluma para escribir una pequeña composición poética. Una vez unido su desti-

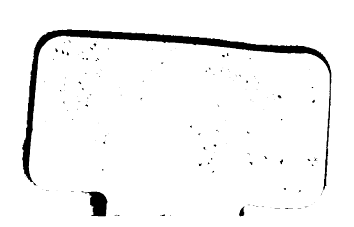
no con el de Carmen, ya no quiso saber nada de poesía. Vive feliz, tiene un hermoso y vivaracho hijito que llena de alegría el hogar, y disfruta de una buena renta de parte de su cariñosa y tierna esposa.

1904.

FIN DE ESTOS RATOS DE OCIO

ÍNDIGE

(1) En la página 55, léase senectud en vez de nictud. Algunos otros errores, el lector sabrá culparlos.



UNIVERSITY OF TEXAS AT AUSTIN - UNIV LIBS

3024241720
0 5917 3024241720